

*you there said. I y  
think you too big to  
what you are pleased  
some good qualities an  
I hope so  
love  
they  
kind you heart to go  
it  
always*

**Estefanía  
Yepes**

**LADRONAS**  
*de* **NUEVA**  
**York**

**1**

LADRONAS  
*de* NUEVA  
York

*Estefanía Yepes*

**LADRONAS DE  
NUEVA YORK.**

Primera edición: Enero 2018

© Estefanía Yepes, 2018

*Safe Creative - Registro de la Propiedad Intelectual.*

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

## **PORTADA:**

**Diseño:** ©Estefanía Yepes

**Imagen:** Pixabay. (Licencia Creative Commons)

**Estefanía Yepes** (Barcelona, 1988). Licenciada en Derecho. Propietaria y directora de Scroom Bcn, compagina su actual trabajo con la escritura y la preparación a una oposición.

Actualmente tiene siete novelas publicadas siendo la primera (“Quiero que conozcas a alguien”, Abril 2014) la que más éxitos ha cosechado. Número 1 en ventas durante 3 meses consecutivos en 2014, superó al poco tiempo los 10.000 ejemplares vendidos y resultó escogida por la red como ganadora del *premio Chick-lit a la mejor novela ebook 2014* y el *Premio púrpura a mejor autora revelación en romántica adulta 2014*.

# SINOPSIS.

La historia que encontrarás a continuación no es distinta a la tuya, a la mía o a la de cualquier mujer que se halle en un momento decisivo de su vida. Aquí no encontrarás misterios que resolver, una trama enrevesada ni mucho menos la respuesta a un interrogante planteado en las primeras páginas. Si buscas eso, esta no es tu historia.

A lo largo de estas páginas, no obstante, encontrarás la historia de tres mujeres, como te he dicho, tan normales como podríamos ser tú o yo. Da igual la edad que tengas, no importa que todavía no hayas cumplido los treinta o bien, que los hayas dejado atrás hace mucho. Estoy segura de que en ambos casos entenderás sus miedos, sus arrebatos, sus locuras y sus momentos de complicidad.

La historia de Sarah, Danielle y Caroline es la de muchas mujeres que, en un momento dado, deben enfrentarse a ellas mismas, a sus deseos y también a sus temores. Por eso se compone de más de un volumen y estos no son independientes. En ellos, tú y yo nos adentraremos en sus vidas, en sus sueños, en sus fiestas y en sus citas. Pero también conoceremos sus miedos, los que ni siquiera se confiesan entre ellas, a pesar de que lleven años compartiendo sus vidas.

Y, ¿sabes qué? Todo empieza como lo hacen muchas de las historias que ya conoces. Con una lista de deseos. Concretamente con tres. Y es que, si estuvieras a punto de cumplir treinta y recuperaras la lista de sueños que hiciste a los veinte...

¿Qué crees que encontrarías en ella?

# ÍNDICE.

PORTADA:

SINOPSIS.

PRÓLOGO.

LA NOCHE DE FIN DE AÑO

LADRONAS DE NUEVA YORK.

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CONTINUARÁ.

EN LA PRÓXIMA ENTREGA...

Para todas las ladronas.  
En especial,  
para las que se adueñan de grandes momentos...  
Y los entregan sin pedir nada a cambio.

# PRÓLOGO.

—¿Qué nos está pasando?

—¿Cómo dices?

—Es treinta y uno de diciembre, Sarah. Hoy es fin de año. Tú llevas puesto el pijama y los calentadores, Elle está trabajando y yo me he equivocado con el tono del tinte. Esto es un desastre.

Caroline se dejó caer en el respaldo del sofá y apoyó en él la cabeza, antes de dirigir la vista hacia el techo y suspirar de forma sonora y visible.

—¿Y qué propones?

—No lo sé. Llevo todo el día aplicando tintes, asándome de calor por culpa de los secadores y haciendo recogidos imposibles. Me duele todo el cuerpo.

La puerta se abrió justo en ese momento y una melena pelirroja, resguardada bajo un gorro de lana con un enorme pompón violeta apareció tras ella.

—Dinos que tienes alguna idea para esta noche —gritó Caroline desde el sofá.

Tras dejar el abrigo y el bolso en el respaldo de una de las sillas que había en el salón, Danielle se plantó frente a las dos chicas, puso los brazos en jarra y se las quedó mirando con expresión ceñuda.

—Más os vale no haberos terminado las tres botellas de vino blanco que traje porque he tenido un día de mierda. Literalmente.

Las tres permanecieron en silencio durante unos segundos antes de compartir una sonrisa cómplice.

—Lorie se ha equivocado con el tono del tinte y a mí no me han cogido en el casting. Abre una maldita botella. Por lo visto, no eres la única que necesita una copa.

Danielle no preguntó sino que lanzó una mirada curiosa y divertida a las otras dos y se dirigió hacia la cocina sin más dilación. Abrió la puerta del frigorífico, buscó abajo del todo, justo al fondo, donde siempre tenían reservadas las botellas para las ocasiones especiales. No era un gran vino, ni siquiera era caro. De hecho, era más bien de los baratos, pese a la reticente insistencia de Sarah. Pero cumplía con su cometido. Cerró de nuevo y abrió uno de los cajones en el interior del cual hurgó hasta dar con el sacacorchos. Lo cerró con un golpe de cadera y se dio la vuelta, apoyó la botella en la encimera y cortó el aluminio que protegía el corcho de la misma antes de lanzar una mirada divertida hacia Caroline.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —espetó aquella.

—Tienes razón, tu pelo tiene un aspecto siniestro.

Caroline volvió a suspirar con energía y las otras dos no pudieron evitar estallar en una sonora carcajada.

—Espero que os acordéis de esto la próxima vez que me pidáis que os arregle las puntas.

—Oh, vamos... —rio Danielle, acercándose a ellas con la botella abierta y tres copas de cristal entre los dedos de la otra mano—. No te enfades. Te hemos visto el pelo de mil colores y formas distintas, ¿crees que alguien se dará cuenta de que este no era el tono que querías?

Se incorporaron y cogieron una cada una. Danielle las fue llenando hasta que las tres estuvieron a la mitad de su capacidad. A continuación, las hicieron tintinear ligeramente antes de darle un silencioso trago, en el que cada una de ellas decidió tragarse aquello que la afligía.

—¿Y a ti qué te ha pasado?

La pelirroja se acomodó frente a ellas y subió las piernas a la mesilla que había frente al sofá, sobre la que se acomodó en posición de indio. Dejó caer las manos y jugueteó con la copa, deslizado un dedo por el borde antes

de responder.

—Odio a mi jefe.

—Eso no es nada nuevo —respondió Sarah, instándola a continuar.

—Estoy harta del cine... Y también de hacer siempre lo mismo. Necesito un respiro y James no hace más que complicarme la existencia —dio un sorbo antes de continuar—. ¿Que qué ha hecho hoy? Nada en concreto. Nada distinto a lo que hace cada uno de los días de su jodida y malhumorada existencia. Pero siento que ya no tengo la misma paciencia que antes y que un día de estos acabaré provocando mi propio despido al decirle todo lo que pienso de él.

La escucharon en absoluto silencio y brindaron con ella cuando levantó la copa. Sarah tomó el relevo.

—Me he pasado los últimos entrenos preparando la coreografía para el casting. Me he dejado la piel en cada paso, en cada salto, en cada giro. Y hoy, cuando por fin he tenido la oportunidad que tanto esperaba frente al jurado, he dado un mal paso y me he caído. Y, obviamente, no he pasado la prueba.

Alzaron de nuevo los brazos e imitaron el mismo gesto que habían hecho tan solo unos instantes atrás. Brindaron en silencio y dieron un largo sorbo justo antes de girar la cabeza hacia la única que faltaba por dar una explicación que justificara su horrible día y lo dejara a la altura del de las otras dos.

—Llevo unas semanas formando a una chica para que me eche una mano en el salón de belleza. Hoy teníamos muchísimo trabajo y apenas hemos tenido tiempo ni siquiera para comer. Cuando han dado las cuatro y yo todavía seguía con el estómago rugiendo, una señora ha venido a hacerse el tinte. Puesto que solo estábamos las tres, he aprovechado ese momento para hacerme el mío también mientras que Kate se ocupaba de ella. Como todas las jodidas cosas que permite el dichoso Karma, una clienta ha llamado para preguntar si quedaba algún hueco disponible para la tarde. Mientras hablaba por teléfono, le he pasado el tubo equivocado a Kate y lo ha usado para el tinte de la señora mientras que yo, después de colgar, me puse el que

deberíamos haber usado para ella.

Sarah y Danielle se miraron sin dar crédito a lo que la otra acababa de contarles y estallaron en una sonora carcajada que esta vez sí lograron contagiarle.

—¿Se enfadó mucho?

—Por suerte para mí no. Resulta que le ha quedado fantástico y sin esperarlo, le hemos quitado unos cuantos años de encima. Pero no me he atrevido a cobrarle. Y para colmo, ahora debo aguantar con este estúpido tono ceniza, al menos durante unos días. Si me aplico otro encima se me quemará el pelo... Y ya acabé escarmentada la última vez que me pasé con uno.

Volvieron a reír y por tercera vez, alzaron las copas para brindar por sus desdichas.

—¿Queréis otra? —añadió Danielle, contemplando el recipiente de cristal, ahora vacío.

—Por favor —respondieron esta vez al unísono.

\*\*\*

Danielle salió del baño con la melena rojiza recogida y un par de mechones contorneando su rostro. Llevaba el cuerpo envuelto en un albornoz y un particular aroma a flores silvestres inundó la estancia tras dejar que una vaporosa nube escapara hacia el pasillo, confiriéndole a su aparición un aspecto de telefilm.

—¿Sabéis? Podríamos hacer algo especial esta noche. Al fin y al cabo, es fin de año y esto es Nueva York.

—¿Qué puede haber más especial que terminarse las reservas de vino hasta caer inconsciente? —respondió Caroline sin apartar la vista del televisor.

—Joder, Lorie, pues no lo sé. Algo especial. Salir, tomar una copa, ir

a *Times Square*, cenar cualquier cosa que no sea una pizza...

—¿A *Times Square*? ¿Ahora? ¡¿Es que te has vuelto loca?!

Danielle exhaló un suspiro y se adentró en su dormitorio sin añadir nada más al respecto. Estaba claro que también era su culpa, pues ninguna de las tres se había preocupado por organizar nada distinto para aquella noche.

—¿Sabes? —escuchó que Sarah se dirigía a la otra—. En el fondo Danielle tiene razón.

La aludida asomó la cabeza por el marco de la puerta y prestó atención a la conversación que parecía iniciarse en el salón, a la que se incorporó alzando la voz mientras recorría el pasillo en ropa interior, pues ni siquiera le había dado tiempo de vestirse.

—Me gusta cómo has empezado, Sarah. ¿En qué se supone que tengo razón?

—Si lo pensáis bien, este es el último fin de año que pasaremos antes de que las tres cumplamos los treinta.

Danielle se quedó perpleja ante la afirmación y el silencio se apoderó de la estancia en cuestión de segundos. Sin importarle haber aparecido únicamente con aquel conjunto rojo de ropa interior que ya había llevado el año pasado, se la quedó mirando con gesto circunspecto. Ni siquiera se lo había planteado.

—Joder... —musitó.

—No, joder tú.

—¿Yo? —inquirió extrañada—. ¿Por qué?

—Porque podrías haberte comprado un conjunto nuevo. Da mala suerte repetir —siguió Lorie.

Danielle esbozó una mueca de burla.

—Tiene razón —la apoyó Sarah—. Pero, al margen de ello, ¿qué es lo que te extraña?

—Pues que no lo había pensado.

Dio un par de pasos más, se agachó y cogió la copa que había dejado sobre la mesa unos minutos atrás para volver a llenarla y darle un largo trago.

—¿Tú tampoco lo habías pensado? —inquirió Sarah, esta vez en dirección a la otra.

—No... y acabas de fastidiarme la noche.

—¿De veras soy la única en esta casa que lo había pensado? —dijo al aire, sin dirigirse en realidad a ninguna de las otras dos en concreto.

—Eso parece.

Danielle se acabó el contenido de su copa y Caroline terminó con el de la primera botella de la noche.

—¿Y qué propones?

—¿Yo...? En realidad no tenía nada pensado.

—Joder, Sarah, no puedes soltar esa bomba y luego decir que no tienes nada pensado. Vamos a cumplir treinta años y míranos... ¡¿En qué nos hemos convertido?! No pienso dar por finalizados mis veinte con este aspecto.

—Elle tiene razón —continuó Caroline—. No puedes dejarlo caer y quedarte tan tranquila. Es nuestro último fin de año con el dos delante, no pienso pasarlo borracha, con *leggings* y una sudadera desgastada.

—Lo de la ropa tiene solución pero si sigues bebiendo, lo pasarás borracha. Lo quieras o no. Y, por cierto, esa sudadera es mía.

—Vale, es cierto que no tengo problemas para pasarlo con más alcohol de la cuenta en la sangre, como también lo es que esta sudadera me queda mejor a mí que a ti... pero hagamos algo distinto. Celebremos este último año como se merece.

—¿Y qué propones?

—¿Yo? ¿Qué propones tú?

—Ya empezamos.

—¡Tengo una idea!

Las dos se giraron hacia Danielle, que seguía plantada frente a ellas en ropa interior y con la copa de vino en las manos.

—Suéltalo.

—¿Os acordáis del primer fin de año que pasamos juntas?

Las tres permanecieron unos instantes en silencio mientras hacían un esfuerzo por evocar las imágenes de una noche que, sin duda, recordaban de forma muy difusa.

—Fue una de las noches más divertidas que hemos pasado.

—Exacto —corroboró Danielle.

—¿Pretendes que la repitamos? —exclamó Sarah esta vez—. Elle, no creo que pueda aguantar una noche como esas. Solo con pensar en llegar a las ocho de la mañana me entran los sudores fríos.

—No me refiero a llegar a la hora del desayuno... ¿Os acordáis de lo que hicimos esa noche?

Volvieron a permanecer en silencio. Entonces, como si comenzara a atar cabos, Caroline mostró una expresión incrédula y se dirigió con gesto interrogativo a su amiga.

—¿Quieres hacer una lista de deseos para los cuarenta? Joder, eso es todavía más deprimente que lo de los *leggings*...

Danielle sonrió maliciosa captando por completo la atención de las otras dos, que aguardaban expectantes para conocer qué era aquello que tenía en mente y que ellas no lograban ver con la misma claridad.

—Podríamos recuperar la lista de deseos que hicimos a los veinte y tratar de repetir esa noche. No me acuerdo de lo que escribí en ella pero estoy segura de que no fue más que una estupidez tras otra. ¿Qué os parece la idea?

Sarah fue la primera en sonreír.

—Yo tampoco recuerdo qué deseaba hacer antes de cumplir los treinta. Sería divertido descubrirlo.

—Yo tampoco... ¿Quién la tiene guardada?

La mueca de Danielle se tornó sospechosa.

—¿De veras no os acordáis?

Sarah enarcó la ceja y trató de buscar una explicación que, sin embargo, no era capaz de encontrar. Caroline, en cambio, comenzaba a impacientarse.

—¿Quieres hacer el favor de soltarlo de una vez?

—Aquella noche, después de escribir nuestros deseos, los metimos en un sobre y los guardamos en una caja que cerramos con llave. Era uno de esos libros metálicos que al abrirlos tienen una caja secreta dentro y que puedes camuflar en una estantería cualquiera. Creo que usamos uno con aspecto de biblia.

—No me jodas...

—Veo que ahora sí lo recuerdas.

—Fue una maldita locura, Elle. Ni siquiera sé quién de nosotras guardó la llave.

—Pues yo sigo sin acordarme de nada —confesó Sarah, incapaz de seguirles el hilo—. Es decir, sé que escribimos una lista con aquellas cosas que queríamos hacer antes de los treinta pero... No recuerdo nada más.

—Sarah, los guardamos en una caja secreta y luego la escondimos.

—En la biblioteca de tu padre —puntualizó Caroline justo antes de romper a reír.

—Oh, no... —Se llevó la mano hacia el rostro y cubrió la mueca de horror del mismo mientras las otras no dejaban de reír a carcajadas—. ¿Mi padre? ¿En serio? ¿No se os ocurrió nada mejor?

—¿Nada mejor? —estalló Danielle—. ¡Fuiste tú la que tuvo la idea!

—Cambió la expresión y trató de imitar la voz aguda de su amiga—: Mi padre tiene una biblioteca llena de libros que jamás consulta. ¡Podríamos esconderlo ahí!

—¡Mi voz no suena así!

Continuaron riendo hasta que Sarah cayó en la cuenta de un detalle en el que no había reparado hasta el momento.

—¿Me estáis diciendo que nos presentamos en casa de mi padre a media noche, borrachas, y que para más inri, nos dejó pasar sin hacer preguntas?

—A mí no me mires —añadió Caroline con las manos alzadas en posición de defensa—, fue idea tuya.

—Joder, con razón estuvo tan raro los siguientes días.

—¿Hasta ahora no te habías dado cuenta?

—¡¿Cómo iba a acordarme?! —trató de defenderse—. ¡Han pasado muchos años y aquella noche bebí más de lo que había bebido en toda mi vida!

—Podríamos repetirlo, ya sabes, por los viejos tiempos —sugirió Caroline.

—No puedo presentarme en casa de mi padre pasada la medianoche. Cada año se reúne con todos sus amigos y hacen una cena especial. Contratan a una empresa de catering y a un grupo para tener música en directo. Ya no soy una niña, no puedo hacerlo.

—¿Por qué tu padre tiene tanto dinero y tú sigues viviendo en esta cueva?

Sarah le dedicó una mirada de reproche pero no pudo evitar disimular en ella una sonrisa. El señor Vaus era un reputado empresario y ella, un buen día decidió seguir su camino aunque jamás se hubiera alejado del que siempre fue su propio sueño: el de convertirse en bailarina.

—Joder, estoy a punto de cumplir los treinta y no tengo nada de lo

que quería.

—Eso no lo sabes.

—¿Cómo dices?

—Si no lees esa lista, no sabrás si tienes lo que deseabas o no.

Le dedicó un gesto lacónico.

—Oh, vamos, ¡míranos! Estamos a punto de cumplir los treinta y seguimos compartiendo piso. No voy a quedarme tranquila hasta que pueda leer esa lista y descubrir que vivir con vosotras era mi sueño.

—¿Sabes que no lo es! —exclamó Caroline.

—¿Y no es más triste todavía que así sea?

—Es una tontería, Elle, y lo sabes.

—¿Acaso no sientes ni la más remota curiosidad por saber qué deseabas a los veinte?

—¡Iba borracha! ¡Seguramente deseaba más alcohol y que nunca se acabara la noche!

—¿Estás segura?

Sarah dudó.

—¿Sarah...?

Volvió a dudar.

—Está bien, ¡tú ganas!

—¡Sí!

Caroline se puso en pie de un brinco y chocó la mano con una Danielle mucho más entusiasmada todavía. Acto seguido, la pelirroja se terminó la copa que se había servido, la dejó sobre la mesa y correteó descalza por el pasillo hasta encerrarse de nuevo en su dormitorio.

—¡Ahora sí promete ser una gran noche de fin de año! —exclamó

justo antes de cerrar la puerta.

Caroline y Sarah se miraron y sonrieron contagiadas por la emoción antes de encaminarse hacia sus respectivos dormitorios en busca de un modelo que hiciera honor a lo que les esperaba esa noche.

**LA NOCHE DE  
FIN DE AÑO.**

Cuando la bola llegó al final de su recorrido, un estallido jubiloso de aplausos y gritos les llegó desde la pantalla. Las tres se pusieron en pie y se fundieron en un caluroso abrazo antes de comenzar a dar pequeños brincos de felicidad.

—¡Brindemos!

Se desprendieron con movimientos torpes y cada una fue a por su copa. Las alzaron y las estrecharon con cuidado.

—¡Por nosotras! —brindó Sarah.

—¡Por los treinta! —celebró Caroline.

—¡Por la lista! —exclamó Danielle.

—¡¡Por la lista!! —repetieron esta vez las tres.

Abrieron las bolsas de cotillón, como si ciertas tradiciones no pudieran ser desechadas y entre carcajadas fueron poniéndose encima todo lo que iban sacando del interior. Había confeti, matasuegras, sombreros y máscaras, lo suficiente para acabar de darle el aspecto festivo que requería la noche.

—Bueno... ¿sabemos ya cómo lo haremos?

—¿Cómo haremos el qué?

—¡La lista! —exclamó Caroline.

—Deberíamos ir en *Uber*. Ninguna de las tres se encuentra en condiciones para conducir —balbució con ciertas dificultades.

—¿Tiene que ser hoy? Habrá mucha gente... Además, mi padre no nos espera.

—¿Tienes miedo de tu padre?

—No tengo miedo de mi padre —se excusó—. Pero, si me pregunta, ¿qué es lo que pretendéis que le diga?

—Pues que querías verle. Le das un abrazo, brindas con él y le dices que tienes que ir al baño. Subes, entras en la biblioteca y buscas el jodido



antigua reformada, dotada de todos los lujos que alguien pudiera imaginar y que había mantenido la estética original. Los jardines eran amplios y durante todo el año, sin importar la estación en la que se hallaran, estos siempre lucían como si vivieran en una permanente primavera.

—Joder... —exclamó Caroline—. A veces se me olvida que eres la hija de un magnate.

—¡No es un magnate!

Al final, Danielle se encargó de pagar al taxista una cantidad muy superior a la esperada, pero en ese momento ni siquiera le dolió. Quizá cuando abriera la cartera al día siguiente en busca de su único billete la cosa cambiara.

—Te esperamos aquí —la apremió Caroline.

—¿Es que no vais a entrar conmigo?

—¿Qué pretendes que hagamos ahí dentro? Vamos, entra de una maldita vez, ¡hace frío en la calle y se están helando partes de mi cuerpo en las que jamás desearías sentir el frío si no es por culpa de un cubito y unos dedos experimentados!

—¡Haberte puesto un pantalón!

Sarah, ahora desprovista de los escrúpulos que el alcohol se había encargado de eliminar, sacudió la cabeza haciendo que su oscura melena ondeara bajo las luces que provenían de algunos de los focos del jardín, que lograban burlar la protección que aquellos altos setos conferían a la residencia familiar.

—¡Espera! —gritó Danielle, haciendo que la otra se detuviera en seco.

—¿Qué pasa?

—¿Crees que estará tu hermano ahí dentro?

—¿Eric?

—¿Quién sino?

—¿Cómo voy a saberlo?!

—Es tu hermano, ¡deberías saberlo!

—¿Y a ti qué más te da que Eric esté en la fiesta?

Una sonrisa pícara se le escapó de entre los labios justo antes de dar un paso, colocarse junto a su amiga y asirse de su brazo con cariño.

—Nada, nada...

—¿Eric? ¡¿En serio...?! ¡¿Es que no hay más hombres en el mundo que tienes que fijarte en mi hermano?!

Caroline dio un paso rápido y las alcanzó justo cuando estas estaban a punto de pulsar el timbre de la gran propiedad.

—¿No tienes llaves de tu propia casa?

—No las llevo siempre encima.

La verja se abrió tras emitir un ligero zumbido. Cruzaron los jardines, decorados con esmero y elegancia hasta llegar a la gran puerta de nogal, que se encontraba entreabierta.

—¡Cariño! —exclamó su padre nada más descubrir el rostro de su hija, terso y enrojecido a causa del gélido frío de la calle—. ¡No te esperaba! Buenas noches, chicas —saludó cortés a las dos amigas—. ¡Feliz año nuevo a las tres!

Tras el saludo de rigor, en el que trataron de mantener la compostura e incluso creyeron lograrlo, el señor Vaus las invitó a pasar. De ese modo, descubrieron que ahí dentro estaba teniendo lugar una gran fiesta, de las de catálogo. Todo en el interior de esa casa estaba colocado para convertir la visión en un verdadero placer, una de aquellas obras por las que algún interiorista debía de sentirse realmente orgulloso. Las paredes eran de mármol blanco, como el suelo, de un tono impoluto y limpio. Había muchísimas personas, ataviadas todas ellas con elegantes trajes y largos vestidos de noche. Parecía la cena de una gala benéfica.

—¿Queréis tomar algo?

—No... —respondieron al unísono y de forma estudiada, como si lo hubieran ensayado antes.

Debían relajarse sin bajar la guardia si no querían montar un espectáculo entre todas aquellas personas que por el momento, parecían ajenas a su presencia.

—¿Qué os trae por aquí?

—Esto... quería felicitarte el año nuevo, papá.

—¿No ibas a venir mañana a comer? Hace años que no pasas por casa la noche de fin de año.

—Ya... esto... No sé, estábamos por la zona y...

Danielle le dio un codazo disimulado para que esta se serenase y recuperara el habla. Sarah parecía nerviosa. Y una Sarah nerviosa y con algunas copas de más no era precisamente la mejor mezcla.

—Papá, necesito ir al baño.

El señor Vaus se extrañó del repentino e inesperado comentario de su hija, tan poco apropiado y desconcertante.

—Discúlpela, señor Vaus... Ha tenido una semana dura en el trabajo —la justificó Danielle, cogiendo las riendas de la situación y pasando por alto que en realidad, el trabajo de aquel hombre consistía en ser el jefe de su hija—. ¿Cómo está usted?

Aguardaron impacientes mientras contemplaban el bullicio de la sala. Todo estaba cuidado hasta el más mínimo detalle. De pronto, un hombre de unos treinta y tantos, alto, apuesto y fornido, apareció ante ellas.

—¿Elle?

La chica se giró y sus miradas se encontraron.

—Eric... —titubeó, con una sonrisa más exagerada de lo habitual.

—¿Cómo estás?

—¡¡Lo tengo!!!!!!

Sarah bajó por las escaleras a gran velocidad, generando una sensación de peligro inminente que solo ellos tres parecieron ver. Por suerte, una mujer reclamó la atención del señor Vaus en cuanto Eric apareció y gracias a eso, este no tuvo que presenciar el inesperado espectáculo de su hija.

—¡¡Lo he encontrado!!

—¿Sarah?

—¡Eric!

La chica se lanzó a los brazos de su hermano y de repente, la visible diferencia entre ambos se hizo todavía más notable. Eran como la noche y el día.

—¿Estás enfermo? —No pudo evitar preguntar ante el cetrino rostro que la observaba.

—¿Y tú has bebido? Apesta a whisky barato.

—Es vino. Pero tienes razón, es del barato. Dile a papá que hemos tenido que marcharnos, ¿vale?

—Pero... ¿no acabáis de llegar?

Sarah cogió a Caroline por el brazo y dio un paso al frente, provocando que la otra se tambalara. Acto seguido, recuperó el equilibrio y la siguió. Danielle, tras despedirse con un extraño gesto acompañado de una sonrisa todavía más rara, dio media vuelta y las siguió, sin importarle lo más mínimo que Eric no comprendiera qué acababa de suceder.

—¿Dónde estaba? —preguntó, una vez cruzaron los jardines y llegaron a la verja metálica que daba a la calle.

—Entre los libros de mi padre, concretamente entre dos colecciones de enciclopedias.

—Eres un genio. En el fondo creí que jamás lo encontraríamos.

—No creáis, tan solo seguí mis pies por pura inercia. Ahí solía esconder todo lo que no quería que mi padre descubriera jamás. Por cierto,

algunos de mis exámenes suspendidos seguían ahí.

—¿Exámenes suspendidos? ¿Tú? Eso no se lo traga nadie.

—Todas tenemos un pasado...

Al llegar a la calle, la realidad les golpeó de nuevo.

—No sé si es por culpa de la brisa, de la emoción o de todo en su conjunto, pero el alcohol me está bajando y empiezo a tener mucho frío. ¿A ninguna se le ocurrió pedirle al taxista que esperara?

—¡Pero si le has pagado tú!

—¿En serio? Joder, ¡¿pero qué me pasa hoy?!

Cuando llegaron a casa los ánimos empezaron a decaer. Las tres se habían acomodado en el sofá mientras que Sarah seguía con el libro entre las manos.

—No lo recordaba tan viejo —musitó Caroline.

—Han pasado diez años.

—¿Qué creéis que escribimos en las listas? —se atrevió a preguntar al fin Danielle.

—No lo sé.

Un extraño silencio se interpuso entre las tres.

—¿No os da un poco de miedo descubrir que no habéis cumplido ninguno de vuestros deseos?

—¿A ti sí?

—No estoy segura.

Se recostó en el sofá con expresión circunspecta y Caroline fue la siguiente en tomar las riendas.

—¿Y si no las leemos?

—¿Después de todo lo que hemos hecho por conseguir las?

—En realidad, queríamos una noche especial y diferente y ya la hemos tenido. ¿Y si leer esas listas solo sirve para hundirnos? Vamos a cumplir treinta y seguimos compartiendo piso... ¿Y qué? Es lo que hay. Es lo que nos ha tocado y lo que hemos querido nosotras. Pero no quiero sentirme mal por ello. Lucho cada día para que mi negocio salga adelante mientras que las facturas siguen eliminando de mi cuenta corriente cualquier vestigio de felicidad que pueda quedar en ella. No quiero que algo del pasado eche más leña al fuego. —Caroline se puso en pie y comenzó a deambular por la estancia, visiblemente alterada—. No quiero saber si esto es lo que deseaba o no. Es lo que tengo... Y sea mi deseo o no, es mi único presente.

—Vaya, no lo había visto así. Tranquilízate, Lorie...

—Estoy tranquila —dijo, aunque fuera evidente que no lo estaba—. Pero existe esa posibilidad, ¿sabéis? Puede que solo escribiéramos una sarta de estupideces en esas listas; es más, seguramente es lo único que debe de haber ahí dentro. Pero, ¿y si en realidad nos lo tomamos en serio? —Hizo una pequeña pausa antes de coger una bocanada de aire, exhalar un suspiro y continuar—. ¿Y si escribimos en esa dichosa lista lo que realmente queríamos hacer antes de cumplir treinta? ¿Y si descubrimos que no somos nada de lo que un día deseamos ser?

—Lorie... cálmate. No tenemos por qué leerlas si no quieres hacerlo. Podemos dejarlo correr. Lo hemos pasado bien esta noche, no hay por qué echarlo a perder.

La observó como si no se sintiera segura ni conforme con esa decisión. En el fondo, a pesar de que ninguna de ellas quisiera ser la primera, la duda se mantenía latente en el ambiente. Habían recordado esa noche, habían ido a por las listas y ahora las tenían en sus manos.

—Y si lo abrimos, cogemos cada una nuestra lista —comenzó Sarah—, ¿y la llevamos a nuestro dormitorio? Ninguna de nosotras sabrá si las demás las hemos leído. No preguntaremos. Y solo la leeremos si queremos hacerlo y cuando queramos hacerlo.

Recapacitaron sobre la propuesta en silencio, calibrando cuáles eran

en realidad los deseos más fuertes: los de conocer sus propios secretos, o los de no hacerlo.

—A mí me parece bien —respondió Danielle al fin, tras unos instantes de desconcertante silencio.

—Tenemos que estar las tres de acuerdo —añadió Sarah.

Caroline dio un par de pasos, se acercó hacia el sofá de nuevo y volvió a ocupar el mismo lugar de antes.

—Si a vosotras os parece bien, a mí también.

Sonrieron, cómplices de su propia travesura. Sarah acarició la caja, que todavía seguía sobre sus rodillas, y Caroline frunció los labios, insegura.

—¿Quién tiene la llave? —preguntó al fin.

—Creo que la guardamos en el cajón de la cocina, junto con todas esas cosas que no sabemos para qué sirven y que seguimos negándonos a tirar a la basura. Voy a ver.

Danielle se incorporó de un brinco y se metió en la cocina. La oyeron remover cosas hasta que la curiosidad también pudo con ellas. De pronto, se descubrieron las tres frente a un cajón lleno de cables USB, móviles antiguos, tarjetas de supermercados que ni recordaban que tenían, bolígrafos sin tapón, cupones de descuento y un sinfín de cosas que no habían vuelto a ver desde hacía muchísimo tiempo.

—¿Quién ha guardado todo esto? —inquirió Sarah.

—Mejor no preguntes.

—¿Será esta? —exclamó Caroline, sosteniendo entre los dedos una llave diminuta, envejecida y roída en parte por el óxido.

—¡Creo que sí!

—Vamos.

Regresaron al salón. Los tacones yacían tirados en algún punto de la sala y solo las medias tupidas negras que cubrían sus piernas silenciaron el

repiqueteo de sus pies contra el suelo, impidiendo que aquello pareciera una estampida. Volvieron a acomodarse en el sofá y Sarah fue la encargada de coger el libro que, una vez más, posó sobre sus piernas ante la atenta mirada de sus amigas.

—¿Preparadas?

Caroline y Danielle hicieron un gesto afirmativo y Sarah abrió la tapa del supuesto libro para dejar a la vista la cajita metálica que había en su interior. A continuación, introdujo la llave en la pequeña ranura que encajó a la perfección. Las tres parecieron detenerse de forma repentina, como si el reloj se hubiera parado y con él, también el presente. Fueron apenas unos segundos en los que solo la incertidumbre logró hacerse con el control. Sin embargo, pasado ese primer momento de estupor, Sarah, todavía con la llave entre sus dedos, tiró con cuidado de ella y la tapa metálica se abrió con un ligero y casi imperceptible chirrido.

Las tres acercaron las cabezas hasta que estas entrechocaron entre sí.

—¿Las metimos en sobres de colores?

—Por lo visto sí —respondió Sarah.

—Esto es cosa tuya, seguro —la increpó Danielle.

—¿Y cuál es el de cada una? No recuerdo qué color usé —prosiguió esta vez Caroline.

—¿De veras no se nos ocurrió a ninguna escribir nuestro nombre en el sobre?

—¿Acaso crees que alguna cayó en la cuenta?

—Cada vez estoy más segura de que no vamos a encontrar más que una estupidez tras otra ahí dentro.

—A ver, pensemos con claridad. Sarah siempre ha sido la más presumida y modosita; el sobre rosa tiene que ser el suyo.

—¡Eh! —protestó la aludida.

—¿Qué? ¿Acaso no lo has pensado tú también?

—Sí...

—¡Entonces por qué rechistas!

—La cosa está entre Lorie y yo. Morado y amarillo. ¿Cuál crees que es el tuyo? —dijo, esta vez hacia la otra.

—El morado sin duda. Jamás escogería el amarillo. Era el color favorito de mi hermana y por su culpa afloró en mí un sentimiento de rechazo hacia ese color. Si lo escogía en cualquier juego de mesa se abalanzaba sobre mí. Creedme, acabé escarmentada.

Cada una cogió su supuesto sobre del interior de la caja.

—¿Y ahora qué...? ¿Lo guardamos y damos la noche por finalizada?

—En realidad, mañana trabajo y estoy agotada —murmuró Danielle en un hilo de voz—. Pero lo he pasado muy bien esta noche con vosotras.

—Yo tengo comida familiar en casa de mi padre... y estoy segura de que tendrá preparadas más preguntas de las que me gustaría tener que responder.

—Pues yo mañana dispongo del día entero para mí, pero lo cierto es que también estoy agotada. ¿Tan mal se presentan los treinta? —prosiguió Caroline—. ¿Qué os parece si brindamos por última vez?

—Una gran idea.

Caroline se puso en pie y corrió hacia la nevera, donde habían guardado la botella que no se habían terminado. Regresó al salón, la dejó sobre la mesilla y se dirigió hacia el mueble de la esquina, en el que había guardada toda la cristalería. Cogió tres copas limpias, cerró con cuidado de no hacer trastabillar las otras y regresó junto a ellas.

Cada una cogió una y Danielle se encargó de rellenarlas con cuidado.

—¿Por un año más? —dijo al fin, alzando su copa a la espera de que las otras imitaran el gesto.

—Por diez años más —respondió Sarah.

Al igual que lo habían hecho unas horas atrás, entrechocaron las tres copas, las sostuvieron durante unos instantes y las llevaron hacia sus labios.

—Buenas noches, chicas... Me alegro de haber pasado un año más con vosotras.

LADRONAS  
*de* NUEVA  
York

*Libro 1*

# Ladronas de Nueva York.

A los treinta todas nos hemos convertido en ladronas.

Robamos cientos de cosas, todas ellas provistas de un valor inusitado para cada una de nosotras. Robamos tiempo al tiempo, caricias a la noche y sonrisas a la madrugada. Nos apropiamos de momentos, de expresiones que nos impresionan y que deseamos hacer nuestras, y también de sueños que hasta ese momento no sabíamos que deseábamos con todas nuestras fuerzas y que ahora, ocupan todos nuestros pensamientos.

Nos volvemos débiles y fuertes a la vez, guerreras dispuestas a no dejarse amedrentar aunque sigamos necesitadas de aquel cariño que, al mismo tiempo, nos debilita cuando lo sentimos lejos. Nos apegamos a los nuestros y nos alejamos de lo que no aporta nada a nuestra vida. Nos miramos al espejo y sonreímos satisfechas, orgullosas de la mujer en la que nos hemos convertido. Sin embargo, en el reflejo somos capaces de ver también nuestros miedos, aquellos anhelos que todavía residen en nosotras y que, aunque no queramos darles importancia, la tienen de verdad.

Soñamos con ser madres, tías, abogadas, policías, amantes, esposas, sexis, fuertes, independientes, soñadoras, viajantes, amigas y tantas otras cosas que no podría enumerar. Pero, en definitiva, lo único que queremos es convertirnos en la mejor versión de nosotras mismas; aquella que no le teme a su propio reflejo, que se enorgullece de las ojeras que hay bajo sus ojos —y de la causa de las mismas— y que es capaz de sentirse realizada, sea cual sea la vida que haya escogido y el camino que haya decidido tomar.

Sin embargo, como os decía, a los treinta, igual que sucede a los veinte, a los cuarenta y a los cincuenta, todavía tenemos mucho por aprender.

Por eso mismo, mientras la mujer que llevamos dentro lo permita, seguiremos robando tiempo, sabiduría, emociones, besos y lágrimas, tan solo para seguir siendo aquellas ladronas dispuestas a no dejarse amedrentar, a no

perder un solo minuto y a vivir orgullosas de quienes realmente somos. Aunque nos dé miedo dar un paso, aunque nos sintamos perdidas o aunque primero tengamos que caer para después, levantarnos todavía más fuertes.

# CAPÍTULO 1

## **Elle.**

Al cerrar la puerta a mis espaldas una extraña sensación recorrió todo mi cuerpo. Aquella dichosa lista ahora me revolvió las entrañas, aunque de entrada me hubiera parecido una idea maravillosa. ¿Qué sería lo que me habría pasado por la cabeza a los veinte? ¿Por qué Sarah había tenido que recordar lo cerca que estábamos de los treinta?

Di un paso al frente y me aproximé a la cama, justo antes de sentarme en el borde de la misma. ¿Qué narices me estaba pasando? Lo había pasado realmente bien esa noche, hacía tiempo que no nos reíamos tanto. Sin embargo, lo cierto es que desde que habíamos caído en ello, no había podido apartar esa dichosa lista de mi cabeza. Ni un solo segundo. Primero, porque quería recuperarla. Y ahora, porque me daba miedo leerla. Sin esperarlo, la realidad cayó sobre mí como una pesada losa, de las que dejan señal si tratas de resistirte a su peso. Iba a cumplir treinta y seguía compartiendo piso con mis amigas, como cuando no éramos más que tres estudiantes que necesitaban compartir gastos para poder pagar el alquiler y una pizza a fin de mes. Era una completa y jodida locura.

Hasta ahora no me había importado. O quizá sí, pero siempre me lo había tomado con humor. ¡Tan solo tenía veinte! ¿Qué prisa tenía? ¿Y a los veintiséis? Me sentía igual de joven que a los veintitrés... ¿Acaso había cambiado algo en este último día de diciembre?

Ahora todo parecía abrumarme. Había conseguido distraerme esa noche y el alcohol había ayudado en ese sentido, pero aquello no alteraba la realidad. Los treinta se acercaban y estaba segura de que no había cumplido ni la mitad de metas que me hubiera podido plantear a los veinte.

Jugueteé con el sobre. Era como si no hubieran pasado los años sobre él, como si aquel libro que los había mantenido a salvo fuera una verdadera cápsula del tiempo, capaz de inmovilizar el presente y mantenerlo intacto. Ese sobre contenía mis sueños, esperanzas y mis —seguramente muy disparatados— deseos. Y me aterraba descubrir que la mayoría de ellos pudieran haberse quedado solo en eso, en una sencilla marca en un folio capaz de resistir el paso de los años. Pero, ¿y si yo no había hecho lo mismo? ¿Y si las circunstancias habían podido conmigo?

Dejé el pequeño sobre amarillo en la mesilla de noche, junto a mi teléfono móvil. Caí entonces en la cuenta. Desbloquéé la pantalla y me encontré con un gran número de felicitaciones. Tenía llamadas perdidas de mi madre y otras tantas de mi padre. También de mi abuela, de mi primo y de algunos amigos. Pero decidí responder únicamente a la que más necesitaba; al día siguiente ya me pondría al día con el resto. Abrí la aplicación de mensajería y seleccioné el chat de Olly. Una fotografía apareció frente a mí y rompí a reír sin poder evitarlo. Llevaba puesto un sombrero y también todo lo que había pillado de las bolsas de cotillón. Sonreía feliz y muy cerca de la cámara. Lo había hecho adrede. Si te acercabas al objetivo tu rostro se desfiguraba, dando lugar a una imagen todavía más divertida. Era un caso y después de tanto tiempo ya no concebía la vida sin él. Bajé un poco deslizando el dedo por la pantalla y encontré bajo la foto un pequeño texto.

*«¡Feliz año nuevo, pelirroja! Espero que a estas alturas ni siquiera te aguanten en pie y te duelan las mejillas de reírte. Sumamos un año más. ¿Cómo he podido seguir aguantándote después de tanto tiempo? ;) En fin, solo quería decirte que te deseo todo lo mejor para este año nuevo que empieza y sobre todo, que deseo poder seguir estando a tu lado para celebrarlo todo contigo. Eres la mejor. Olly.»*

Respondí deseándole también un feliz año, no sin antes meterme un poco con él. Tal y como él hizo conmigo, le envié un primer plano de mi cara, con el maquillaje corrido y los ojos enrojecidos. Nuestra amistad había sobrevivido al paso de los años porque Olly pertenecía a aquella clase de hombres que deseabas tener muy cerca de ti. Siempre.

Al final, sintiéndome un poco culpable, decidí escribir rápidamente a

mis padres para que supieran que yo también les quería. ¿Se consideraría cursi seguir diciendo eso con casi treinta años? ¿Acaso debía empezar a plantearme ese tipo de preguntas?

Dios, odiaba sentirme en esa tesitura. ¿Por qué me asaltaban tantísimas preguntas? ¿Por qué, de pronto, mi cerebro parecía no querer desactivarse?

Me deshice del vestido negro, de los pantalones y lo dejé todo sobre el respaldo de la silla. Lo mismo que llevaba haciendo desde los quince años. Había cosas que ni siquiera los treinta podrían cambiar. Y ese nimio detalle, tan simple para mí y que tantas regañinas me había costado, se tradujo en el motivo de una inesperada sonrisa.

No. No había cambiado tanto.

Fui hacia la cama y cogí el pijama de debajo de la almohada. Un puñetero pijama repleto de unicornios. ¿Dónde había dejado la seriedad? ¿Sería aquello un ejemplo de la evidente inmadurez que imperaba en mi vida? ¿De lo poco preparada que estaba para los dichosos, jodidos y repateantes treinta?

Me lo puse y envuelta en él, en parte me sentí a salvo. Yo no había cambiado... y la barrera de los treinta no iba a cambiarme tampoco. Mi último acto de rebeldía contra la sola idea de que así fuera fue no desmaquillarme antes de meterme en la cama. Siempre lo hacía, era cierto, excepto cuando había bebido tanto que el mero hecho de tener que concentrarme en frotarme los ojos con un algodón untado en un gel capaz de eliminar incluso cualquier vestigio de vergüenza, se convertía en una tarea imposible. Las noches como aquella solo eran reales cuando al día siguiente parecías un mapache. De lo contrario, no podías demostrar nada. Era una ley no escrita, de las que pasan de generación en generación.

Iluminada por la única luz que provenía de la lámpara que siempre coronaba mi mesilla de noche, me acerqué hacia la cama y me senté de nuevo en el borde de la misma. No pude reprimir una sonrisa al ver una de las fotos que había siempre ahí. Salíamos las tres con aquella expresión que solo se posee cuando no le temes a nada, ni al presente ni al futuro; con la felicidad

de tener contigo todo cuanto necesitas, ya sea material o en forma de dos amigas que se habían convertido en mi propia familia. Aquella foto la sacamos la primera noche que compartimos en este mismo apartamento y desde entonces, un sinnúmero de instantáneas la habían seguido; pero ninguna significaba tanto para mí como esa. Ninguna era testigo de un cambio tan grande como el que las tres experimentamos ese día.

Reflexioné unos instantes sobre ello. ¿En qué momento había dejado de percibir cambios en mi vida? ¿En qué momento esta se había estancado?

Cogí aire y lo dejé escapar lentamente, tal y como se suponía que debía hacerse si querías recuperar el control sobre ti misma. En apenas unas horas todo había cambiado para mí. No estaba segura de que Sarah y Lorie pensarán lo mismo, no parecía haberles afectado demasiado la idea de recuperar la lista. Bueno, excepto a Lorie. Ella sí que parecía realmente inquieta ante la expectativa de descubrirse a sí misma con diez años menos.

Volví a jugar con el sobre sin llegar a abrirlo, mientras trataba de imaginar qué había podido escribir mi yo de veinte años. No recordaba qué era lo que más deseaba en ese momento. ¿Sería la típica chica que tan solo pensaba en príncipes azules, bodas de ensueño y bebés rosados y pepones? Me estremecí tan solo de pensarlo. Con el paso de los años había germinado en mí una especie de alergia a la maternidad y tomaba todas las precauciones que había a mi alcance para no tener que enfrentarme a ella, incluso algunas más. Por si acaso. Me gustaba más el papel de tía divertida.

Sarah, en cambio, era todo lo contrario. A ella le encantaban los niños. Seguro que eso salía en su lista. Siempre se había imaginado a sí misma con un par de niños, un marido cuyo uniforme fuera habitualmente un traje de *Hugo Boss* y un ático en el centro. Tenía que descubrir si había leído su lista. La conocía demasiado como para equivocarme en eso.

¿Pero yo? ¿Por qué tenía tan claros sus deseos y tan difusos los míos? ¿Qué podía haber esperado de mi futura yo? ¿Cómo me imaginaba a los treinta?

Estaba claro que solo había un único modo de descubrirlo y no podía seguir retrasando el momento. Necesitaba abrir ese sobre y salir de dudas de

una vez por todas.

Mis dedos comenzaron a temblar con torpeza pero, aun así, conseguí despegar el adhesivo que había mantenido mis sueños a salvo y abrir el sobre. Cogí aire, lo contuve y entonces, saqué el papelito del interior y lo desdoblé con extrema paciencia antes de comenzar a leer.

*Querida Danielle:*

*Si estás leyendo esto significa que has sobrevivido a los veinte. Créeme, no te veía capaz. Debes empezar a establecer rutinas. Si sigues saliendo cada semana, no creo que acabes muy bien.*

*Pero, vayamos al grano. Cuando leas esto, ¿cómo serás? ¿Cómo soy? ¿Nos hemos teñido? Por favor, dime que no. Adoro esta melena de fuego. Quisiera decirte que esto me parece una idea absurda y que me he bebido un par de copas... tal vez algunas más. (¿Ves por qué tienes que cambiar?). Pero trataré de tomármelo en serio. Ya sabes... por lo que pueda pasar.*

*Te dejo con la lista. Sarah dice que tienen que ser diez cosas, pero no sé si estoy en condiciones de encontrar tantas. Así que trataré, por lo menos, de ponerte las que considero más importantes. Aunque son tus sueños. Deberías conocerlos también y no tener que recurrir a tu yo del pasado. Sí, te estoy regañando desde el pasado. ¡Ja! Esa ha sido buena.*

*Caroline me está mirando.*

*Bueno, como te decía, estas son las cosas que me gustaría haber hecho antes de los treinta. ¿Estás preparada?*

- 1. Me gustaría seguir viviendo con estas dos víboras. Se comen todo lo que pillan de la nevera, pero los maratones de Sexo en Nueva York son más divertidos cuando los hacemos juntas.*

Ese primer descubrimiento me robó una inesperada sonrisa y me di

cuenta de que había estado conteniendo la respiración hasta el momento. Así pues, cogí aire y seguí leyendo.

2. *Me gustaría haber hecho esos cursos de fotografía tan chulos que vi —¿viste? ¿vimos? No importa— en internet. Son caros, pero me permitirían aprender nuevas técnicas y sacar fotos más bonitas.*
3. *Me gustaría ganar algún concurso de fotografía. Pero no uno cualquiera. Me gustaría ganar uno con una foto de esas que encogen el corazón y detienen la respiración. De las que no necesitan un pie de foto que las explique. (Caroline me está mirando otra vez, ahora con un gesto extraño. Debo haberme puesto más seria de la cuenta).*
4. *Me gustaría haberme acostado con ocho tíos. Y te preguntarás, ¿y por qué ocho? Y te diré: ¿y por qué no? Acuérdate: ocho.*

De repente, me recordé a mí misma escribiendo esta lista. Fue un flash de los que ni siquiera te conceden unos segundos para grabar el momento de nuevo en tu retina. Pero ahí estaba, riéndome a carcajadas con Caroline por algo que ni siquiera recordaba qué era, justo antes de que cada una se concentrara de nuevo en su lista.

5. *Quiero descubrir la receta de esa tarta de la abuela y quiero que me la cuente solo a mí.*
6. *Quiero... sí, quiero liarme con mi jefe. Siempre he sentido curiosidad por saber qué sentiría al tener la p... del jefe en mi mano. (Mierda, me he pasado, ¿verdad? Es culpa de Lorie, está diciendo demasiadas tonterías). Pero vamos, que si consigues liarte con Lucas, te convertirás en mi heroína. Deja de ser tan mojigata. Eso le pega más a Sarah.*
7. *Quiero tener un coche nuevo.*

8. *Y una moto.*
9. *Quizá sería conveniente que comenzaras a pensar en formar una familia. ¿Tienes novio? ¿Tenemos novio? Tampoco tengas prisa, hay cosas más importantes (si no eres capaz de saber cuáles, retrocede a puntos anteriores de esta lista).*
10. *Por último, quiero ser fotógrafa. Me gustaría pensar que a los treinta habré aprendido lo suficiente como para poder vivir de mi verdadera (y creo que única) pasión. De capturar todos aquellos momentos para los que no existen palabras y de los que nadie más es consciente.*

Y entonces, como si esa lista me hubiera despertado de forma abrupta, la realidad se cernió sobre mí como nunca lo había hecho antes.

## **CAPÍTULO 2**

## Sarah.

Danielle fue la primera en encerrarse en su dormitorio. Las siguientes fuimos Caroline y yo. Casi al mismo tiempo.

Cuando nos mudamos tuve la suerte de ser la primera en escoger dormitorio, no me imaginaba la vida en otro lugar que no fuera entre aquellas cuatro paredes en las que había pasado los mejores —y también los peores— momentos de mi existencia. El mío era el más amplio y espacioso, pero eso jamás supuso una barrera para nosotras. De las tres, yo era la única para la que el ejercicio físico formaba una parte importante de mi rutina, del día a día, de mi forma de ser y también de sentir. Por ello, en una de las esquinas, mientras que Caroline se había puesto un gran tocador y Danielle había aprovechado para instalarse la mesa con el ordenador y todas las cámaras y accesorios que tenía, yo opté por colocar un gran espejo en la pared y algunos objetos con los que poder mantenerme en forma sin necesidad de tener que salir de casa. Cerré la puerta a mis espaldas, encendí la luz y me contemplé en él. La falda de tul negro combinaba a la perfección con aquellas medias tupidas y la blusa con volantes que Danielle me trajo de *Macy's* unos meses atrás. Me acerqué lentamente y me contemplé con mayor atención. No estaba acostumbrada al maquillaje de noche pues en la mayoría de actuaciones y castings, así como también en mi día a día, solía optar por tonos más suaves y elegantes. Siempre había lucido una piel bronceada, incluso en pleno invierno, por lo que los tonos oscuros endurecían mis facciones y se potenciaban con aquellas ondas color azabache que me caían sobre los hombros hacia la espalda. Mi suerte era que Caroline ocupara el dormitorio de al lado, con ella cerca todo era más fácil. Siempre era la que se ocupaba del estilismo en todas mis actuaciones, sabía peinarme y maquillarme como si no fuera más que una muñeca de porcelana delicada y dulce, justo la imagen que siempre me había gustado transmitir.

Siempre me había considerado la más organizada y también la menos impulsiva del grupo. Todo lo meditaba, todo lo estudiaba y todo lo preveía. Hasta el menor de los detalles. La improvisación escapaba de mi control y

hacía que yo me sintiera desestabilizada. Quizá por eso, en gran parte, me daba miedo leer la lista que tenía entre las manos. Me aterrorizaba darme de bruces con la verdad y descubrir que en realidad, ni siquiera tenía el control de mi propia vida. ¿Y si no había cumplido con ninguno de mis propios deseos? ¿Y si no era capaz de cumplir mi única meta en la vida? ¿Y si jamás llegaba a convertirme en bailarina profesional? No podía seguir engañándome a mí misma, iba a cumplir los treinta y no había conseguido nada más que un par de papeles secundarios en un par de obras estrenadas en Broadway.

Me dirigí hacia el pequeño tocador que tenía instalado sobre una cómoda, diminuto en comparación con el de Lorie, y saqué un par de toallitas para desmaquillarme. Antes de comenzar, cogí una diadema que siempre colgaba en una de las esquinas del espejo y me la coloqué para evitar que el cabello me cayera por el rostro y se embadurnara con el gel. A continuación, me recogí el pelo en una coleta y volví a contemplarme unos segundos antes de retirar aquella capa de maquillaje que le impedía respirar a mi piel. La fui arrastrando por todo mi rostro hasta asegurarme de llevarme toda aquella combinación de colores que podían disimular mis ojeras y que se convertía en nada menos que una mancha indefinida de tonos grises, marrones y negros en aquella toallita que segundos antes había lucido de un blanco impoluto. Tal vez la vida consistiera únicamente en eso. En arrastrar la espesa capa de problemas que cada día podían interponerse en tu camino y convertirlos en una mancha de lo que antes fue tu propio lienzo.

Al terminar, volví a contemplarme durante unos instantes. El maquillaje había hecho milagros, así como también esas copas de más que habíamos acabado tomando sin preverlo. Pero ahora era capaz de volver a verme, de volver a ver en mis ojos el pesar que me había producido perder una nueva e importante oportunidad esa misma tarde. Respiré hondo, sintiendo que me temblaba el labio inferior, y me retiré hacia la cama. Me apoyé en ella y con cuidado me saqué los tacones. El segundo mucho más lentamente que el primero. El alcohol, así como también los antiinflamatorios, habían logrado que obviara el dolor de la rodilla. Pero con el paso de las horas, este había regresado y por mucho que hubiera optado por desviar ese pensamiento de mi mente a lo largo de la noche, lo cierto es que

no podía dejar de pensar en ello.

Me saqué las medias y las dejé con cuidado a los pies de la cama. Volví a contemplarme la rodilla. ¿Cómo podía tener un aspecto normal cuando por dentro me producía uno de los peores dolores que jamás hubiera sentido? Tal vez me hubiera confundido; tal vez ese dolor que radiaba por mi cuerpo no proviniera en realidad de mi rodilla sino del pecho, de saber que ya nada sería lo mismo, o del temor a tener que asumir de una vez por todas una verdad a la que no había concedido una sola oportunidad real.

Alargué el brazo y cogí el sobrecito de color rosa que seguía sobre la cómoda. Danielle sabía que era el mío, no lo había dudado ni un solo instante. Cuánto habíamos llegado a conocernos con el paso de los años. Cuántas cosas habíamos vivido, cuántos secretos compartidos, cuántos sueños todavía pendientes de cumplir...

Jugueteé con él mientras pensaba lo diferente que era mi vida a la que podría haber llevado de haber seguido viviendo con mi padre. A su lado todo hubieran sido lujos. Sin embargo, siempre me había considerado lo suficientemente fuerte e independiente como para tomar las riendas de mi propia vida y asumir todo lo que esta tuviera preparado para mí. Sin embargo, ahora tenía aquel sobre entre los dedos y no era capaz de dar el siguiente paso.

Recordaba aquella noche como una de las más divertidas que hubiéramos compartido. Era el primer fin de año que celebrábamos en este mismo apartamento y desde entonces, no habíamos vuelto a repetir una noche como esa. Supongo que en cierto modo todo era nuevo y especial y a pesar de que a esa le siguieron muchas celebraciones, ninguna volvió a ser lo mismo. Sonreí sin poder evitarlo y volví a darle un par de vueltas más. ¿Qué se me habría pasado por la cabeza esa noche? Recuerdo que bebimos hasta casi perder el sentido. Las lagunas que entre las tres tuvimos que ir completando duraron mucho tiempo en alguna parte de mi memoria, que todavía se negaba a recordar. Estaba segura de cuál sería la primera opción, tanto que necesitaba descubrir que por lo menos, en ese aspecto, no había cambiado tanto.

Cogí aire, lo contuve y al final me decidí. Le di una última vuelta y despegué el cierre del sobrecito, rasgándolo sin querer. Un folio a cuadros

apareció en el interior, doblado sobre sí mismo varias veces. Lo fui desdoblando lentamente hasta que mi letra, un poco más grande y redonda pero sin duda mía, apareció. No perdí el tiempo y lo leí con el pulso acelerado.

*¡Hola, Sarah! ¿Cómo van los treinta? ¿Te han salido arrugas?*

*No sé si escribirte a ti, a mí, o a las dos. Esto es un poco confuso. Pero lo de la carta no me ha parecido una mala idea así que, quizá, en unos años esta te robe una sonrisa (o no).*

*Me gustaría saber si has cumplido todos los propósitos de la lista que te dejaré a continuación pero, para ello, debo esperar diez años todavía y la verdad es que no tengo mucha prisa. Tómame tu tiempo, ¿vale?*

*En fin, no quiero alargarme demasiado. Caroline parece concentrada aunque no deja de reírse y Danielle ya lleva la mitad de su lista. ¡Nos vemos pronto!*

- 1. Quiero formar parte del American Ballet Theatre.*
- 2. Deseo con todas mis fuerzas actuar en Broadway.*
- 3. Me gustaría crear mi propia escuela de danza y vivir de lo que realmente me hace feliz.*
- 4. También me gustaría aprender a bailar otros estilos aparte del ballet clásico.*
- 5. Me gustaría bailar con un hombre y sentir algo que creo que todavía no he sentido. No me refiero a mis compañeros de baile, claro. Me refiero a un hombre, uno que consiga cortarme la respiración y me permita volar todavía más alto de lo que puedo hacerlo yo sola.*
- 6. Quisiera conocer un poco más a ese hombre. Ese que, por ahora, tan solo puedo imaginar. Me gustaría enamorarme hasta perder el sentido y casarme con él algún día.*
- 7. En realidad, me gustaría conocer a un hombre como papá*

*(por favor, júrame que no se lo dirás jamás). Deseo conocer a alguien que me respete tanto como papá a mamá; que cuide de mí, que me permita ser, sentir y estar. Que me permita equivocarme. Y que lo haga conmigo. Y luego, me ayude a corregir y volver a empezar. Que me complemente y a la vez me permita serlo todo sin él.*

*8. Me encantaría saber que a los treinta ya tendré piso propio, me habré prometido (¡o casado!) y que estaré probando diminutos vestidos a una pequeña bailarina con el pelo del color del carbón que prometerá desestabilizar todo mi orden. Quiero una familia... Sí, quiero tener mi propia familia.*

*9. Me gustaría pensar que a los treinta seguiré siendo la misma solo que un poco más sabia, más acompañada y con muchos más deseos que cumplir antes de los cuarenta.*

*10. Me gustaría creer que todo esto es posible y que mi vida, de algún modo, tendrá sentido.*

*PD: no sé si se admiten posdatas en este tipo de listas, o cartas... o lo que quiera que sea esto. Pero, si puedo pedir una cosa más, me gustaría que este par de locas que todavía siguen escribiendo (¿qué estarán poniendo en sus listas? Averígualo, ¿quieres?), sigan siendo parte de mi familia.*

Acabé la lectura con una sensación agridulce. De toda la lista tan solo había cumplido dos de los que supuestamente eran mis mayores deseos. Había bailado en Broadway, aunque fuera con un papel secundario, y había aprendido danza contemporánea, un estilo distinto a la danza clásica a la que tantos años de mi vida había dedicado. Pero, ¿qué había pasado con el resto? ¿En qué momento los había olvidado?

Dejé caer las manos sobre los muslos y suspiré. Miré hacia el rincón donde tenía situada la barra y el espejo en el que tantas horas había ensayado algunos de los giros y movimientos y me sentí pequeña por primera vez en todos aquellos años. Volví a pasarme una mano por la rodilla justo antes de

sentir un nuevo y molesto pinchazo. Ahora que los efectos del alcohol remitían y volvía a la vida real, el dolor volvía a hacerse evidente. Abrí el primer cajón de la mesilla de noche y busqué el blíster de antiinflamatorios. Me tomé otro con la certeza de que estos me acompañarían durante bastantes días, pero me obligué a dejar de pensar en ello. No aquella noche. No en ese instante.

Guardé de nuevo el papel en el interior del sobre, lo metí en el cajón y lo cerré. Me tumbé en la cama y antes de apagar la pequeña lucecita, dediqué unos breves instantes para pensar.

¿Qué habrían encontrado las chicas en su lista?

# **CAPÍTULO 3**

## Lorie.

Cerré la puerta casi al mismo tiempo que lo hizo Sarah, todavía con la lista en la mano. La dejé sobre la cama y me puse rápidamente el pijama. Para mí, este siempre había sido uno de los mejores momentos del día. Me gustaba dejarme arropar por su suavidad mientras el aroma a limpio, a flores silvestres y algodón me llegaba a las fosas nasales. Me tranquilizaba. Siempre lo había hecho.

Me acerqué al gran tocador, mi posesión más preciada. Me había costado mucho conseguir darle el aspecto que realmente deseaba pero con la ayuda de las chicas, al final lo logramos. Podría decir que mi dormitorio lucía un aspecto completamente *vintage*. Esa sería la mejor descripción con la que podría definirlo. Todo estaba decorado en tonos blancos, cremas, rosas y verde *mint*, cada uno de ellos en su gran abanico de tonalidades. La cama tenía una estructura metálica blanca y en el cabezal, alrededor de la misma, había enrollado una de aquellas tiras de luces con bolas redondas que tanto me gustaban. A sus pies había acomodado un pequeño escritorio que no había vuelto a usar para nada más que para dejar cosas encima. En una de las paredes principales tenía el tocador, frente al que ahora me hallaba deslizado un algodoncito por mi rostro y llevándome con él una primera capa de maquillaje. Se trataba de una mesa alargada, blanca, pintada con pintura a la tiza que le daba un efecto ajado. Sobre esta, un enorme espejo redondo con el borde dorado en el que si me separaba un poco, podía llegar a verme de cuerpo entero. Siempre que lo miraba sonreía. Quizá porque me ayudaba a verme mejor o tal vez, porque aquel fue el regalo que me hice con el primer sueldo que gané en el salón de belleza que había abierto tres años atrás. El primero en el que obtuve beneficio, claro, pues durante los primeros meses todo fueron pérdidas y todavía me quedaba un largo camino que recorrer hasta lograr recuperar toda la inversión que supuso su creación.

Ahí tenía todos los utensilios de belleza que una mujer pudiera necesitar e incluso, algunos más. Había maquillaje, coloretes, pestañas postizas y también productos para el pelo. Cuando las chicas necesitaban

cortarse las puntas, cambiar de look o hacerse una permanente, venían siempre al salón, pero cuando salíamos de noche, alguna de nosotras tenía una cita o sencillamente nos aburríamos, convertíamos mi dormitorio en un salón improvisado. Su ayuda fue vital en mi formación como maquilladora. Sonreí al pensar en ello. Elle siempre era la más dispuesta y la que casi siempre se dejaba hacer de todo, a no ser que hubiera tintes de por medio, en cuyo caso, huía despavorida. Y no la culpaba por ello; si yo tuviera su melena haría exactamente lo mismo.

Humedecí otro algodón con un gel bifásico de ojos y los cerré antes de colocarlo encima y dejar pasar unos segundos antes de comenzar a frotar suavemente para retirar la máscara de pestañas.

Sabía que estaba postergando la decisión y que seguramente las chicas ya habían leído el contenido de sus listas. Sin embargo, seguía sin convencerme del todo la idea. Había aceptado por ellas porque parecían animadas con el tema pero... ¿Qué más daba lo que hubiéramos escrito o deseado a los veinte?

Cogí otro algodoncito y repetí el mismo procedimiento, esta vez en el otro ojo. Mi infancia no podía considerarse ejemplar, ni tampoco tuve una pubertad como la que siempre relataban ellas. En mi caso, había vivido bajo el yugo de un padre que apenas nos dejaba salir de casa y mucho menos frecuentar compañías que, a su entender, siempre resultaban potencialmente peligrosas. Aunque fuera para ir a la biblioteca. Mi madre, siempre radiante y a la última moda, ejercía un poder hipnótico para el resto de hombres, sobre todo para mi padre; hasta que un jodido y maldito cáncer se la llevó. Desde entonces, cuando no era más que una niña, me quedé en la sola compañía de mi padre, que todavía se volvió más protector y opresor, y de una hermana mayor con la que él siempre me comparaba. «Caroline, mira a tu hermana, ¿es que no podrías aprender de ella?». «Caroline, ni se te ocurra salir así a la calle. Eres una chica. Ponte una falda y péinate. Mira a tu hermana, ¿no podrías aprender de ella?». «Caroline, tienes que cuidarte un poco. Si sigues comiendo así ningún hombre querrá estar contigo. Mira a tu hermana, ¿es que no puedes aprender de ella...?». Y así con todo lo que alguien pudiera imaginar. Daba igual que sus afirmaciones resultaran absurdas e insultantes, o que me dijera que ningún hombre me desearía cuando en realidad, ni

siquiera me dejaba salir y probar suerte. Al salir del instituto, regresaba corriendo a casa y a pesar de ello, siempre acababa encontrando un nuevo motivo para atosigarme y recordarme que no le llegaba a la suela de los zapatos a mi hermana y obviamente, hostigarme a aprender de ella.

Cuando cumplí los veinte y me mudé con las chicas a este mismo apartamento, sentí que por primera vez era yo misma. Ellas no me juzgaban, ni siquiera cuando me metía en el cuerpo más alcohol del que este podía filtrar sin abochornarme después. Daba igual. Se reían conmigo durante toda la noche y al día siguiente, soportaban mis gritos quejumbrosos cuando sus voces retumbaban estridentes en mi cabeza. Era la reina de las resacas, una *drama queen* de las auténticas. Tampoco cuestionaban mis horarios, las comidas, ni la cantidad de patatas fritas que podía meterme en el cuerpo en una noche. En todo caso, me acercaban la salsa de ketchup para que todavía disfrutara más.

Con ellas me di cuenta de que todavía me quedaban muchas cosas por aprender y también viví mi primera adolescencia; aunque esta viniera tarde. Tardé en contarles muchos detalles de la vida que había dejado atrás, casi tanto como tardé en mostrarme desmaquillada por primera vez ante las dos. ¿Ilógico? Tal vez. Pero jamás salía de mi dormitorio sin una capa de maquillaje que cubriera mi rostro, como si de aquel modo pudiera esconder en realidad todos mis miedos, por lo menos fuera de estas cuatro paredes que se habían convertido en mi hogar.

Cuando lo hice me sentí bien. De hecho, no me di ni cuenta. Queríamos ver una película, las chicas ya estaban en el sofá y yo acababa de llegar del salón en el que trabajaba. Decidieron esperarme así que me di una ducha rápida, me puse el pijama y regresé corriendo sin darme cuenta de que mi rostro se hallaba tan desprotegido como mi alma.

Recuerdo perfectamente la sensación que experimenté en ese momento cuando Elle, que se giró para pedirme que antes de sentarme le acercara las palomitas, se me quedó mirando y sonrió. «Eh, ¡estás muy guapa!» dijo, con aquella jovialidad con la que siempre lo decía todo. Sarah se giró, me miró y entonces, caí en la cuenta de que no me había maquillado. Ambas sonrieron y me sentí más querida de lo que nunca me había sentido.

Desde que mi madre se fue, era la primera vez que me aceptaban tal y como yo era.

Esa misma noche, cuando terminamos la película y también una botella de vino —creo que nuestra adicción al vino barato se remonta más o menos a esas fechas—, les conté gran parte de mi vida. Les conté que desde que me había mudado había dejado de hablarme con mi hermana y con mi padre. Y también les confesé que, a pesar de que les quería con todo mi corazón, no les echaba de menos. Y de nuevo, no me cuestionaron sino que intentaron ayudarme a entender mis propios pensamientos, aquellos que por las noches me apretaban el estómago y hacían que me escociera la garganta.

Esa noche fue la misma en la que les confesé que mudarme a ese apartamento y tenerlas cada día tan cerca me había cambiado la vida. Reímos, lloramos y nos abrazamos, seguramente mucho más de lo que lo hubiéramos hecho en condiciones normales. Cuando me metí en la cama me sentía ligera, como si mi cuerpo ya no pesara tanto o tal vez, como si mi consciencia hubiera liberado al fin el ancla.

Los días iban pasando y mientras ellas estaban en la universidad yo me pasaba el día entero en la academia de belleza. Al salir, acudía a un pequeño salón que había aceptado contratarme, aunque era consciente de que lo hizo únicamente porque acepté el miserable sueldo que me pagaban por cada hora que pasaba ahí. Pero no me importaba. Hacía lo que me gustaba, estaba aprendiendo muchísimo y me dejaban practicar con las clientas a las que no les daba miedo que una simple aprendiz les cortara las puntas o les hiciera unas mechas, aun a riesgo de calcinarles el cabello en el proceso.

Ahorré todos y cada uno de los centavos que iba ganando, cada dólar conseguido con el sudor de mi frente y de las ojeras que surcaban mis ojos. Y ya no hablemos de los cortes que me hice en las manos cuando todavía no había aprendido a manejar las afiladas tijeras con la destreza suficiente. Abrí una cuenta de ahorro siguiendo el consejo de Sarah y ella me ayudó a crear un plan de negocio a medio plazo. Casi siete años después, abría las puertas de mi humilde salón de belleza. Mi propio negocio. Mi propio mundo.

Me sentía bien haciendo que otras mujeres se vieran radiantes cuando se miraban al espejo y sonreían sin poder evitarlo. Esa había sido mi mayor

arma durante muchos años, mi aportación al mundo de muchas personas que todavía no estaban preparadas para enfrentarse a él y a sus desdichas. Lo único que le debía a mi hermana, pues fue ella la que me enseñó a maquillarme para, según sus palabras, esconder todos mis defectos.

Con el tiempo aprendí a canalizar mis emociones a través del maquillaje. Al principio lo hacía por requerimiento de mi padre, casi por obligación. Debía ser femenina, debía querer gustar a los hombres. Después, aprendí a esconder una expresión entristecida tan solo delineando mis ojos, los miedos tras un colorete y a darle luz al pesar de mi mirada con un *eyeliner* clarito. Todos los estados de ánimo podían disimularse a través del maquillaje y la peluquería. No fue hasta pasados unos años cuando entendí cuán valiosa podía resultar aquella especie de habilidad que descubrí que poseía. Podía hacer que otras mujeres volvieran a sonreír frente al espejo y sobre todo, que recuperaran la confianza en ellas mismas. Aunque yo todavía no supiera dónde se hallaba la mía.

Cuando regresé a la realidad después de haberme perdido en mis propios recuerdos, me di cuenta de que me había sentado en el pequeño taburete, mullido y recubierto de una tela aterciopelada en tono menta. Elevé la cabeza y la giré hacia la izquierda. Junto al espejo había una foto que Elle me sacó la primera vez que abrí la puerta del salón —¡mi salón!— a una clienta. Sonreí. La sacó en blanco y negro, uno de sus estilos favoritos. El rostro de la mujer quedaba difuminado al fondo. El objetivo principal, no obstante, era yo. O más bien mi sonrisa, radiante, sincera y natural. Brillaba con luz propia, sin necesidad de filtros.

Elle tenía un don excepcional para sacar fotos cuando no sabías que estabas siendo observada por su cámara. Sin embargo, siempre se excusaba y decía que no era cierto, que tan solo registraba momentos para la posteridad y que el mérito, en realidad, era del modelo. Pero yo había visto cientos de fotos y había pasado por muchos escaparates de estudios fotográficos y sabía reconocer la magia que había en sus manos. Me gustaba contemplarla cada vez que me olvidaba un poco de mí misma y de lo feliz que había sido durante estos últimos años.

Volví a bajar la vista hacia el sobrecito, que seguía sobre la cama. No

quería abrirlo. ¿Para qué volver atrás cuando en el presente te sentías feliz? ¿Para qué regresar a una época en la que el miedo y la inseguridad todavía estaban muy presentes?

Soplé y volví a desviar la mirada, esta vez hacia ningún punto en cuestión. Recordaba esa noche de fin de año, o por lo menos, el inicio de la misma. Estábamos realmente felices porque aquel iba a ser el primer fin de año que pasábamos juntas y en algún momento, nos juramos que vendrían muchos más. Y lo habíamos cumplido. Sonreí de nuevo sin poder evitarlo. El resto de la fiesta tuvimos que reconstruirlo entre las tres durante los siguientes días.

Lo cogí y le di un par de vueltas, inspiré profundo y exhalé lentamente. También existía la posibilidad de que la Caroline del pasado se lo hubiera tomado a broma. De hecho, las probabilidades de que así hubiera sido eran realmente elevadas. Era absurdo seguir alargando el momento. Así pues, resoplé, giré el sobre y lo abrí para sacar el folio y desdoblarlo de forma precipitada.

*Querida Lorie:*

*Tienes treinta tacos.*

*Deberías empezar a asumirlo.*

*Quizá se te haya caído el culo y tus tetas sucumban a los efectos de la gravedad. Menudo palo, ¿eh? Hazme un favor, levántate y mírate al espejo. Necesito que compruebes que todo sigue en su sitio.*

*Dime que sigues cuidándote el pelo como si fuera tu mayor tesoro. No me imagino como una de esas mujeres con melena canosa y despeinada, como si ya no me importara el mundo... como si hubiera dejado de querer verme bien.*

*¿Sabes qué? Elle está súper concentrada, seguro que está escribiendo cuánto desea montárselo con su jefe. Si es que no hay quién*

*entienda por qué no lo ha hecho ya. Si fuera yo la que estuviera en su lugar, me hubiera durado un telediario y medio. Ja, ja, ja. Cuánto la envidio, siempre con la mente en las nubes, siempre feliz. Da igual cuál sea el plan, ella siempre está dispuesta a todo.*

*¿Y Sarah? Seguro que está escribiendo todas las cosas con las que debería contar su casa de Barbie y Ken en los Hamptons. Bueno, quizá también esté escribiendo algo de Broadway, lleva toda la semana parloteando sobre ese dichoso casting al que se presenta el mes que viene y en el que espero que demuestre todo lo que sabe. Se lo merece. Y también se merece bailar con alguno de esos tipos que el otro día entraron con ella en la academia. ¡Qué cerca estuve de colarme en su clase! ¿Cómo debe de ser bailar con uno de esos hombres? Empiezo a pensar que en el fondo no es tan mojigata como nos quiere hacer creer. Maldita Sarah, ¡qué suerte tiene!*

*Por cierto, ¿sabes qué? El otro día me lo monté con Arnold. Sí, el del supermercado. Estas dos no tienen ni idea porque no se lo conté, pero tú y yo sabemos que fue un polvo increíble. Y si no, te lo recuerdo. Porque lo fue. Palabrita. En el mismo almacén. Ya puedes borrarlo de tu lista de los sitios en los que te lo montarías con un tío.*

*En fin, a ver si acaban con esta pantomima y nos ponemos al lío... que no todas las noches son fin de año y el vino se está calentando.*

*¡Nos vemos! (Espero que no muy pronto).*

Dejé la carta —porque estaba claro que de lista de deseos tenía más bien poco — sobre mis muslos y perdí la mirada en la distancia. Todos los recuerdos regresaban de golpe, a trompicones, precipitándose los unos sobre los otros. Pensé en mi hermana, en mi padre y en todos los años que hacía que no les veía. También pensé en mí, en todo el camino que había recorrido hasta convertirme en lo que hoy era. Sin embargo, no podía desprenderme de esa extraña sensación que me poseía. ¿En qué pensaba a los veinte? ¿Por qué no fui capaz de escribir ni un solo propósito? ¿Es que no deseaba nada?

Volví a leerla para asegurarme de no haberme saltado ninguna línea o bien, de no haber comprendido el mensaje que quizá se escondía entre

aquellos escasos párrafos. Pero en ellos no había nada más que lo que había leído. Entonces, sin haber podido preverlo, los miedos comenzaron a aflorar. Ni siquiera en mi propia carta, en mi supuesta lista, la mía... ni siquiera en ella hablaba de mí. Tan solo de ellas y del dichoso Arnold, del que solo recordaba que era moreno, espigado y con el pelo ligeramente aceitoso.

Regresé a aquella época que había dejado atrás hacía ya mucho tiempo. Todas las inseguridades flotaban en esa carta y a pesar de que hacía años que ya no sentía lo mismo, por un momento volví a odiarme por no ser capaz de anteponerme a nada, ni siquiera en lo que se suponía que debía de ser la lista de mis deseos y objetivos.

Lo que más deseaba antes de los treinta.

Jodidamente genial. Así es como terminaba la noche de fin de año para mí.

# **CAPÍTULO 4**

## Elle.

—Serán dieciocho con cincuenta, por favor —dije a través del micrófono que había incrustado en el cristal que separaba la taquilla del exterior.

—Debe tratarse de una broma... ¿no? —replicó el joven que me observaba con el ceño fruncido.

—Lo siento, pero no soy yo quien marca los precios —contesté con hosquedad, tal y como siempre hacía ante aquella repetitiva pregunta—. ¿Siguen queriendo las entradas?

El joven miró a la tímida morena que lo acompañaba y con una sonrisa forzada, pagó el importe de las entradas que les permitirían acceder al cine y ver la última película que se había estrenado y, quizá de paso, conseguir aquel beso que de lejos se veía que tanto ansiaba.

—Aquí tienes —contestó entregándome una tarjeta de crédito a través de la ranura del cristal—. Espero que, como mínimo, sean asientos para la zona vip...

Cogí la tarjeta e hice ver que tecleaba en el ordenador algo que en realidad me sabía de memoria.

—Para poder tener asiento en la zona vip deberán abonar dos dólares más por cabeza. ¿Quieren un par de ellos?

Atónito, negó con la cabeza y evitó dirigir la mirada hacia su acompañante. Estaba segura de que aquella era su primera cita y no deseaba quedar mal con la chica pero en el fondo no podía culparle, ir al cine se había convertido en un verdadero lujo, y más todavía en los tiempos que corrían para los jóvenes, en los que encontrar un trabajo decente se convertía en una verdadera hazaña. Pero aquel era el mío y no podía permitirme el privilegio de regalar entradas a jóvenes enamorados a riesgo de que el próximo despido fuera precisamente el mío.

—De acuerdo. Entonces dejamos las dos entradas que les había asignado de inicio. ¿Desean algo más?

—No, gracias.

El chico tecleó su código en el aparato que le acerqué a través de la ranura y esperó hasta que le entregué las entradas correspondientes para desaparecer de mi vista a paso ligero. Les observé con disimulo y me quedé absorta en mis pensamientos, tratando de recordar la última vez que había ido al cine acompañada por un chico. Uno que no fuera Olly, claro. Solíamos ver juntos muchas películas, pues esa era una de las grandes —y casi únicas— ventajas de trabajar allí; pero no era lo mismo hacerlo con los compañeros de trabajo que con un chico por el que sintiera un mínimo de atracción.

Me perdí en esa última idea. ¿Atracción? Mi estómago se contrajo sin poder evitarlo. Apenas podía evocar un par de imágenes de la última ocasión en la que sentí algo parecido. ¿Desde cuándo esa desidia había hecho mella en mi interior? Claro que me gustaba estar con chicos pero, por lo visto, a lo largo de los últimos meses, años tal vez, eso dejó de ser algo importante —o primordial— para mí.

—¿Puedo perderme contigo en donde sea que esté tu cabeza? —inquirió un joven con un leve tono chulesco, sin dejar de mirarme fijamente a través del cristal que nos separaba. Había logrado de forma efectiva su propósito: ahora tenía toda mi atención puesta en él.

—Lo siento —contesté tajante—. No me había dado cuenta. ¿Qué película quieres ver?

—¿Cuál verías tú si me acompañaras? —contestó, de nuevo socarrón.

—Las he visto todas. Y lo de repetir no va mucho conmigo —añadí sin dejar de mirarle a los ojos, dando una entonación especial a esas últimas palabras, pues no pretendía que pasaran en absoluto desapercibidas.

—Entonces, me veré obligado a volver la semana que viene y probar suerte con los nuevos estrenos.

Me guiñó un ojo acompañando el gesto de una sonrisa radiante, a la que me negué a corresponder del mismo modo. Le dediqué una mueca de

indiferencia, como si no me importara lo más mínimo la insinuación que acababa de dedicarme. No había nada más efectivo que atacar directamente al ego de un hombre que tuviera un elevado concepto de sí mismo.

—Entonces, ¿vas a querer una entrada para hoy? La gente de la cola empieza a impacientarse.

Me sostuvo la mirada, frunció los labios y me estudió con pose analítica. Calibraba los márgenes de su posible éxito y resultaba más que evidente que no tenía ni idea de cuáles eran estos en realidad. No estaba muy acostumbrado a que alguien se resistiera a sus encantos y yo me estaba divirtiendo de lo lindo con ello.

—Dame dos para la sala cuatro.

Volví a teclear en el ordenador durante un instante y a continuación, dirigí la vista hacia él, que seguía observándome con gesto curioso.

—¿Prefieres que las butacas estén centradas o mejor hacia el fondo de la sala?

—¿Cuál es el mejor sitio? —persistió en tono meloso.

Su forma de decirlo todavía me hizo más gracia y tuve que hacer verdaderos esfuerzos por no preguntarle si realmente creía que esos trucos baratos iban a funcionarle conmigo. Volví a buscar su mirada y opté por suspirar con impaciencia. Al fin y al cabo, debía ceñirme a las normas de la empresa.

—El mejor sitio depende de cada uno. Los hay que prefieren estar centrados en la sala y por otro lado, los que quieren ver la película desde atrás. Sea cual sea, necesito que tomes una decisión cuanto antes o tendré que volver a empezar la asignación de asientos desde el principio.

En ese preciso instante sentí la penetrante mirada de James, mi jefe, clavada en mi nuca. Se acercaba a paso lento, con un disimulo fingido nada favorecedor lo cual, solo podía significar una cosa: si no quería recibir una amonestación debía empezar a tratar de otro modo a aquel chico que comenzaba a ponerme de los nervios. Como si lo hubiera intuitido, este, que pareció percatarse de ese dichoso detalle, se aprovechó aún más de la

situación para cumplir como fuera con su único propósito.

—¿Puedo saber cómo te llamas?

Sentí el fuego en mis pupilas al dedicarle una mirada de odio que no pude prever. Sin embargo, no conseguí nada más que avivar su sonrisa, ahora más resplandeciente si cabía. Así que decidí cambiar de estrategia. No podía decirle lo que pensaba, no con mi jefe delante. Ladeé la cabeza, fruncí el ceño y mostré una de las sonrisas más falsas de los últimos tiempos a la que respondió poniéndome ojitos de cordero degollado. Me estaba poniendo a prueba y se lo estaba pasando realmente bien ahora que sabía que tenía que mantener las formas.

—No creo que sea relevante esa información —respondí, tratando de salir del paso sin provocar que mi jefe sospechara de algo que realmente nada tenía que ver con la realidad. Desde fuera, estaba segura de que la imagen debía de percibirse de un modo muy distinto.

—Sí lo es si pretendes recibir la felicitación de un cliente.

Abrí los ojos como platos, incapaz de creer lo que me estaba diciendo con semejante descaro. A pesar del mohín gracioso que conservaba intacto en su rostro, a mí no me hizo ninguna gracia. Empezaba a ponerme nerviosa aunque ya no supiera si era por su insistencia o más bien por culpa de James, que ahora percibía a mis espaldas como un policía que controlara todos mis movimientos. Era denigrante.

—Disculpe, caballero —dijo entonces dirigiéndose a James, que tenía toda su atención puesta en él.

—Usted dirá.

—Me gustaría poder dejar por escrito lo agradecido que me siento por el trato que me ha brindado esta amable señorita. No sé si aceptarán cartas de felicitación en el establecimiento, pero me gustaría hacerle constar mi grado de satisfacción con la atención recibida por parte de...

Dejó la frase a medias y volvió a buscarme con la mirada. Quise matarlo, pero me hallaba entre la espada y la pared y no pude obviar que había oído el comentario por lo que me vi obligada a revelarle la información

que me pedía.

—Danielle. Me llamo Danielle.

Me ardían las mejillas de impotencia. ¿Por qué demonios seguía aguantando todo aquello?

—Lo dicho —añadió entregado a su papel, esta vez en dirección a James—. Quisiera hacer constar mi satisfacción por la atención recibida por parte de Danielle.

—Muchísimas gracias, señor. No se preocupe, Danielle será recompensada por su excelente trabajo.

Tras una sonrisa que a mí me heló la sangre, me dedicó una última mirada de reojo, dejando plena constancia de que no terminaba de creerse aquella pantomima. Mantuvo durante unos tensos segundos esa misma postura y sin pronunciar ninguna palabra más, desapareció por el mismo lugar por el que había venido.

—Espero que haya servido para algo.

—No vayas a pensar que acabas de regalarme un ascenso con semejante treta —añadí a regañadientes.

—Entonces tendré que volver y repetirlo más a menudo.

No pude evitar suspirar. Estaba harta de todo aquello. Harta de sentirme inútil, de saber que no tenía ningún futuro y de tener que aferrarme un día tras otro a la idea de que necesitaba ese estúpido trabajo que tanto detestaba. Miré al frente y volví a encontrarme con los ojos del chico en cuestión.

—Entonces... —comenzó zalamero mientras me tendía la tarjeta de crédito—. ¿Querrás acompañarme a ver la película?

—Lo siento, no me está permitido acompañar a los clientes. Tendrás que aprovechar esa segunda entrada y probar suerte con otra —respondí tajante.

Volvió a sonreír, todavía con la tarjeta entre los dedos, como si le

diera cierto morbo la situación, o quizá solo mi persistente negativa que, por lo visto, no estaba dispuesto a aceptar. Al final, la cogí a través de la pequeña ventanilla, tecleé los números correspondientes y cuando las entradas se imprimieron, se las entregué junto con la tarjeta.

—Espero que disfrutes de tu elección. Buenas tardes.

—Gracias, Danielle. Te prometo que lo intentaré, pero te aseguro que sería mucho mejor si fueras tú la que me acompañara en esta ocasión.

Cuando terminó con su breve espectáculo, me guiñó un ojo, como si con ello fuera a caer rendida a sus pies y desapareció en la distancia, esta vez sin volver la vista atrás.

Totalmente ajeno al hecho de que yo todavía le estuviera observando, o quizá simplemente le daba igual, anduvo con tranquilidad unos metros más allá, donde se acercó a una chica morena que aguardaba a su llegada, centrada únicamente en la pantalla de su teléfono móvil. Al verle llegar, guardó el dispositivo en su bolso y con una sonrisa casi exagerada en el rostro, se asió de su brazo y le acompañó hacia el interior del vestíbulo principal.

Exhalé un sonoro suspiro y lancé una mirada al techo. Todavía faltaban más de dos horas para que pudiera abandonar la dichosa taquilla y el reloj parecía haberse detenido por completo.

# **CAPÍTULO 5**

## Elle.

—Wright, a mi despacho. Ahora —ordenó James en tono tajante a través del teléfono interno.

Cerré la ventanilla de la taquilla aprovechando que en ese momento no había nadie esperando y me dirigí hacia el lugar indicado. Atravesé el vestíbulo central, que era donde estaban colocadas las zonas de venta de palomitas y refrescos, así como también la entrada a cada una de las salas. De camino me crucé con un par de compañeros que me saludaron sonrientes, como si trabajar ahí dentro resultara de por sí un motivo de felicidad. Pobres ilusos.

—*Tsss, tssss.*

Me giré en busca de Olly hasta que al final lo encontré. Aguardaba en una esquina, controlando que no hubiera ningún problema en la sala.

—Jennifer Aniston —dijo entonces, y esperé la pregunta que venía a continuación—. ¿Justin Theroux o Brad Pitt?

Dudé unos instantes sin detener mis pasos.

—Esta tengo que pensarla bien.

—¿Adónde vas con esas prisas?

—James me ha llamado a su despacho... A saber qué quiere esta vez.

—Luego me cuentas.

—Descuida.

Subí las escaleras que había situadas detrás de la tienda. Allí había un pasillo estrecho que conducía a tres espacios diferentes: el vestuario de los chicos, el de las chicas y el despacho de James. Llegué a su puerta poco después y antes de llamar, respiré hondo un par de veces.

—Pasa.

—Tú dirás...

—Siéntate. Tenemos que hablar —continuó el joven mientras hacía un gesto con la mano señalando la silla que tenía enfrente de su escritorio.

Sentí un vuelco en el estómago. Creía plenamente en mi inocencia, aunque no supiera de qué iba el tema. Pero si algo tenía claro era que no había hecho nada en contra de las normas de la empresa.

—¿A qué ha venido el numerito de fuera?

Abrí los ojos tanto como estos dieron de sí antes de contestar lo primero que me pasó por la mente.

—¿Perdona?

—Sabes perfectamente a lo que me refiero. Dile a tu amigo que la próxima vez que quiera montar un numerito, no escoja mi cine para hacerlo.

Me quedé perpleja. La rabia se apoderaba de mí, aunque fuera plenamente consciente de que no me hallaba precisamente en condiciones de contestar a sus estupideces del único modo en el que me gustaría hacerlo.

—James, no conozco a ese chico. Me ha sorprendido tanto como a ti, te lo aseguro.

—Si tú lo dices... De todos modos, sabes perfectamente que no está permitido el flirteo con los clientes. ¿Es que tengo que repetirme las normas?

Estuve a punto de estallar y contestarle un par de palabras nada adecuadas teniendo en cuenta que era mi jefe. En cambio, me obligué a repetirme mentalmente que no sacaría nada con ello. De nuevo, respiré hondo sin apartar la vista de sus ojos y respondí a su provocación lo más calmada que pude.

—No es necesario. No volverá a suceder.

—Espero que así sea. De lo contrario, me veré obligado a tomar medidas. Puedes volver a tu puesto.

No respondí, ni siquiera me despedí de él. Me levanté de la silla y corrí hacia la puerta, a través de la cual desaparecí. Me ardían las mejillas

mientras regresaba de vuelta a la taquilla. Olly se percató de mi presencia y acudió a mi encuentro con la intención de averiguar qué había sucedido.

—¡Eh! ¡Espera, Elle! —Le oí correr hacia mí.

—Déjame, no estoy de humor ahora mismo.

Me di la vuelta con el propósito de regresar a mi puesto.

—¿Qué ha pasado?

Su preocupación era real.

—¡Estoy harta de ese tío! ¿Me oyes? —estallé, elevando la voz más de lo debido al tiempo que señalaba el pasillo que conducía hacia el despacho—. No lo soporto, te lo digo de verdad. ¡No-lo-soporto!

—Vayamos a hacer un descanso, anda, la próxima sesión no empieza hasta dentro de una hora y nos da tiempo a tomar el aire. Nathalie te cubrirá sin problema. Voy a hablar con ella. Espérame fuera.

Olly se encargaba de comprobar que todo funcionara como era debido, es decir, hacía el trabajo que le correspondía hacer a James aunque, obviamente, con un sueldo muy inferior al de aquel. Pero, a cambio, se permitía ciertas prerrogativas, pues a James no le interesaba perderle y tener que asumir de repente todo el trabajo que él le quitaba de encima. Con Olly a mi lado todo era mucho más fácil y hablar de cualquier cosa era posible.

Le vi dar el aviso a Nathalie, que accedió a cubrir mi taquilla sin ningún problema. Olly era así, conseguía los favores que necesitaba sin apenas despeinarse.

—A ver, cuéntame —comenzó, una vez cruzamos la puerta de cristal.

—Deberías dejar de fumar —dije al verle sacar un mechero con el que encenderse el cigarrillo que se había llevado a los labios. Seguimos andando a paso lento hacia la esquina.

—Te prometo que algún día de estos lo dejaré.

—No prometas cosas que sabes que no vas a cumplir.

La gélida brisa se hizo notar. Con las prisas, habíamos salido sin abrigos ni nada con lo que protegernos y el uniforme que estábamos obligados a vestir no era suficiente para desafiar el frío de un enero cualquiera en las calles de Brooklyn. Nos resguardamos en un portal, lo suficiente como para evitar por lo menos el impacto de la brisa. Crucé los brazos bajo el pecho y comencé a dar pequeños saltitos para mantener mi cuerpo caliente.

—A ver, cuéntame.

—Antes ha venido un chico que, según James, no era más que un amigo mío dispuesto a montar un numerito.

—¿Y lo era? —preguntó dándole una calada al cigarrillo.

—¡Ni siquiera le conozco! Te juro que no tengo ni idea de quién es. James ha pensado que le estábamos tomando el pelo, o algo por el estilo, supongo.

—¿Se lo has explicado?

—Ya sabes cómo es. No me ha dado opciones. Además, con él no puedo hablar, su sola presencia me intimida y me desordena las ideas. Consigue que reaccione más lenta y que me quede en blanco cuando le tengo delante. ¿Es que ni siquiera el primer día del año puede dejarme en paz?

—Elle, debes empezar a ser más fuerte. No puedes dejar que te pisotee cada vez que le dé la gana.

Su expresión, tierna y apacible, irradiaba toda la tranquilidad que yo parecía necesitar. Seguía fumando de forma calmada, como si el mundo acabara con aquel pitillo y se viera obligado a saborearlo como si del último placer de su vida se tratara. Entonces, necesitada de un poco de serenidad, alargué el brazo y le quité el cigarrillo de entre los dedos, para llevarlo a mis labios y darle una última calada. El efecto, no obstante, fue muy distinto en mí y comencé a toser sin poder evitarlo.

—Joder, ¡qué asco!

Rompió en una sonora carcajada.

—Eso te pasa por robarme la última calada. Te lo has ganado a pulso.

Le dediqué una mueca burlona y anduve unos pasos hacia la papelería más cercana, donde había un pequeño cenicero en el que tiré la colilla, mientras trataba de recuperarme sin demasiado éxito. Después regresé a su lado mientras él seguía contemplándome divertido.

—No puedo contestarle, Olly. No puedo perder este trabajo. Lo necesito... Tú lo sabes. Aunque sea una mierda.

—No se acaba el mundo detrás de este cine... Hay más vida ahí fuera. Y tú también lo sabes.

—Sí, pero no para mí.

—¿A qué te refieres?

—Llevo años con los estudios terminados y lo máximo que he conseguido es un contrato en prácticas a media jornada que todavía mantengo. En prácticas, Olly —puntalicé, como si no lo supiera.

—Trabajas en una de las mejores empresas de publicidad y marketing del estado —añadió con firmeza.

—Es cierto... pero con el sueldo de prácticas apenas me da para cubrir una parte de mis gastos y por eso necesito este dichoso trabajo en el cine para poder pagar el alquiler del piso y el resto de cosas... si es que quiero tener vida social, claro. Al menos por ahora.

Me senté en el bordillo que daba al portal y me saqué la dichosa y horrible gorra, dejando que unos mechones escaparan rebeldes hacia mi rostro.

—No tardaremos en cambiar de rumbo, ya verás. Pero no te martirices, mientras tanto, dedícate tan solo a disfrutar del momento. Además, si James es un amargado es su problema. No le concedas el honor de poder contigo. Eres mucho más fuerte de lo que ahora mismo crees.

Levanté de nuevo la vista hacia él y sonreí por primera vez en el rato que llevábamos ahí fuera. Luego volví a colocarme la gorra al tiempo que me ponía en pie.

—Gracias por el descanso, lo necesitaba. —Hice una leve pausa antes de recordar una cosa y sonreír, esta vez de forma más visible—. Por cierto, Justin Timberlake.

—¿Cómo dices?

Con la ayuda de los dedos metí un par de mechones a cada lado de la gorra para que mi rostro volviera a quedar despejado antes de continuar.

—Antes me has preguntado por Jennifer Aniston. No me gustaba con Brad Pitt y a Justin Theroux... le falta algo. Sin embargo, siempre he pensado que hubiera hecho buena pareja con Justin Timberlake. Por lo menos si todavía vivieran en la época de *Friends*.

—Sabes que Jennifer Aniston no es Rachel Green, ¿verdad? —añadió divertido—. Además, le saca unos cuantos años a Justin.

Seguimos el camino en dirección al cine.

—No me lo recuerdes... Me gusta demasiado esa serie como para tener que asumir que nunca fue ni será real. Todavía duele.

Le abracé, una vez más por el simple hecho de tenerle en mi vida y porque sin hacer nada, había conseguido volver a equilibrar mi respiración para que pudiera regresar a mi puesto antes de explotar. Sentí sus labios sobre un costado de mi cabeza antes de que me susurrara muy de cerca del oído.

—No te agobies, ¿vale?

Me besó en la parte superior de la mejilla antes de separarse de nuevo y sentí el cosquilleo que su barba produjo en mi piel. Asentí, sonreí y con él a mi lado, crucé la puerta de cristal antes de encaminarme hacia la taquilla en la que Nathalie seguía cubriendo mi puesto.

# **CAPÍTULO 6**

## Sarah.

Cuando salí del dormitorio Elle ya estaba desayunando.

—¿Cómo puedes tener hambre nada más despertar?

—¿Cómo puedes no tenerla tú? —respondió después de coger una cucharada de aquellos cereales de colores que la volvían loca y dedicarme una mirada desconcertante—. Hay café hecho... Todavía debe estar caliente.

—Eso sí que es un regalo para empezar el día —agradecí presa de una emoción contenida.

Me giré y lentamente me dirigí hacia la cocina, justo cuando la rodilla me falló por primera vez esa mañana.

—¿Qué te pasa? —murmuró desde su sitio.

—Nada... Por lo visto mis piernas han decidido no despertarse todavía —mentí, más por mí que por lo que ella pudiera pensar.

—Cojeas...

Le hice un gesto de despreocupación con la mano y seguí mi camino. Cogí la cafetera y llené una taza hasta la mitad. A continuación, le eché un pequeño chorrito de leche, espolvoreé canela y terminé con una gotita de esencia de vainilla. Uno de mis caprichos favoritos en el mundo.

—No es nada —respondí al regresar.

Elle echó un vistazo al interior de mi taza y pude vislumbrar en sus ojos la chispa del deseo. Era como una niña. Con la melena rojiza despeinada, los cereales de colores en el bol que tenía entre las manos y la luz radiante en sus ojos. A su lado era fácil regresar a otra época en la que los problemas no tenían cabida en nuestro día a día.

—Toma... —dije, alargando el brazo y entregándole mi taza—. Eres una envidiosa.

—Y tú tienes ganado el cielo —respondió con expresión risueña y pizpireta.

Y para mi sorpresa, cogió la taza y la atrajo hacia sí en vez de declinar la oferta. No tenía remedio.

Volví a ponerme en pie y me dirigí de nuevo hacia la cocina en busca de la cafetera. Esta vez, curada de espanto y previsoramente de lo que sucedería a continuación, serví dos tazas idénticas y las llevé conmigo a la mesa. El destino me dio la razón cuando la puerta de Caroline se abrió y esta llegó arrastrando los pasos desde el fondo de la estancia. Su cabeza era un amasijo de mechones revueltos. Ocupó su silla y le tendí la taza sin ni siquiera preguntar.

—Joder, Sarah... Ahora mismo te quiero más que a mi propia vida.

No pude más que reír.

—Elle se te ha adelantado.

Las dos se miraron y la imagen me pareció de lo más estrambótica. Era como si hubieran vuelto de un campo de batalla, o de algún sitio mucho peor.

—Ni se te ocurra pedirme que te arregle el pelo —le soltó Lorie, mientras la otra seguía engullendo cereales de colores—. Eso no hay quien lo apañe.

—¿Qué vais a hacer hoy? —preguntó la aludida pasados unos instantes.

—Yo iré a comer a casa de mi padre.

—Cualquier cosa es motivo para montar una fiesta en la residencia Vaus —espetó Lorie, con la cabeza sostenida sobre el brazo que había apoyado en la mesa.

—Puedes venir si quieres.

—Te lo agradezco... Pero hoy es el día mundial de pasarse las horas tumbada en el sofá sin preocuparse por el hecho de que mañana, la vida

seguirá igual que siempre.

—Es un domingo cualquiera.

—Pues eso he dicho.

—¿Y tú?

—Tengo turno largo en el cine —respondió sin poder evitar una mueca de aversión.

Fruncí los labios y le dediqué una mirada cómplice. Sabía cuánto detestaba ese trabajo pero por mucho que lo deseara, no podía hacer nada por ella. Así que preferí no echarle más leña al fuego.

—¿Llegarás para cenar?

—Supongo que sí...

—Podemos hacer algo las tres, si os apetece.

—Vale.

Miró el reloj y se incorporó de un brinco.

—Mierda —soltó como única respuesta.

Se acabó el resto de café de un solo trago y desapareció en dirección a su dormitorio.

—¿Estás segura de que no quieres venir hoy a comer con nosotros? —dije, esta vez en dirección a Lorie.

—No... gracias, de veras. Prefiero quedarme en casa. Empiezo a sentirme mayor para noches como la del viernes. Además, ayer también fuiste a comer con tu familia y os veis cada día en el trabajo, ¿qué clase de problema de dependencia tenéis?

Sonreí y me puse en pie. Cogí mi taza y también las cosas de Elle y las llevé hacia el fregadero.

—¿Sabes qué? —dije al regresar al salón—. Tienes razón, me quedo contigo. La verdad es que no me aguanto en pie. Voy a darme una ducha y

vuelvo. Ve buscando alguna película.

Ni siquiera se levantó. Me hizo un gesto afirmativo y me encaminé hacia mi dormitorio con el mismo pensamiento que ella. Apenas me quedaban fuerzas y las pocas que tenía las estaba concentrando en mi rodilla, haciendo todo lo posible por evitar que esta me volviera a fallar.

\*\*\*

Cuando al día siguiente llegué al despacho me sentí desfallecer. Por un momento, dejé el maletín sobre la mesa y eché un vistazo a las cuatro paredes en las que durante los últimos años había pasado más horas que en mi propia casa, y lo hice de un modo distinto. Seguían decoradas con la misma elegancia de siempre y sin embargo, había algo distinto en ellas. O tal vez lo único distinto proviniera de mi interior. Unos pasos acelerados captaron mi atención y me giré hacia la puerta donde me encontré con la inocente mirada de Edward, expectante.

—Feliz año nuevo, Sarah —dijo a modo de saludo con esa infantil expresión de enamorado que tan lejana se me antojaba ahora.

¿En qué momento los hombres perdían esa inocencia? ¿Lo hacían solo algunos? Edward, a sus apenas veintitrés años, se mostraba transparente y entregado, a pesar de que jamás me hubiera confesado abiertamente el inadecuado deseo que sentía por mí desde el primer día. Pero no había llegado todavía una ocasión en la que eso hubiera supuesto un menoscabo en su carrera y por eso mismo le había tratado con todo el respeto y educación que merecía.

—Feliz año nuevo para ti también, Edward. Adelante, pasa —dije, haciéndole un ademán con la mano—. ¿Lo pasaste bien?

—Sí, estuve en Nueva Jersey visitando a mi familia. Pasé la noche vieja con ellos.

—Me alegro, pues.

—Espero que tú también pasaras una bonita noche —dijo, sin poder

contener aquella ilusión que tanto envidiaba en él.

—Gracias, Edward. —Hice una leve pausa en la que no pude más que dedicarle una sonrisa—. Dime, ¿necesitas algo?

—En realidad, me he tomado la libertad de traerte un café —añadió, alzando una mano en la que todavía sostenía uno de los dos vasos de cartón con los que había llegado—. Volver al trabajo después de las fiestas siempre es duro.

—Gracias.

Alargué el brazo para cogerlo y un pequeño cosquilleo me removió el estómago ante el inesperado rubor de sus mejillas. Era como contemplar la adolescencia desde otra posición, aunque los dos hubiéramos dejado atrás esa etapa. Estaba segura de que la chica que lograra robarle el corazón —y que esperaba realmente que fuera cuanto antes— sería muy feliz a su lado.

—Por cierto. —Se giró y volvió a aparecer por el hueco de la puerta por el que acababa de marcharse, llamando de nuevo mi atención—. Lleva canela y vainilla. Y sé que maldecirás las calorías de más... Pero también he pedido que le pusieran un poco de nata.

Desapareció antes de que el rubicundo color de sus mejillas le traicionara y le pusiera en evidencia frente a mí, o quizá solo un poco más.

Destapé el largo vaso y eché un vistazo al interior. Un intenso aroma a café recién molido llegó hasta mí y mi estómago reaccionó gustoso al instante. Olía a maravillas, a promesas y a cielo. Miré la etiqueta, aunque no me hizo falta para reconocer el origen de aquel vaso en color verde pastel tan característico: era de *Maddy's Cupcakes*, como no podía ser de otro modo. Amaba aquella cafetería y todo lo que su propietaria preparaba con una dulzura única. No había nadie en todo Manhattan que lo hiciera como ella. Y Edward conocía perfectamente mi adicción a cualquiera de las cosas que provinieran de ese pequeño edén.

Me senté en la gran silla de cuero, con las vistas de una parte de la gran manzana a mis espaldas y encendí el ordenador. Elle y Lorie sentían verdadera pasión por mi despacho, siempre les había gustado. Y no podía

quitarles razón, era realmente bonito.

Aunque la Economía y el Derecho en un principio nunca fueron mi verdadera vocación, en algún momento decidí seguir la de mi padre y terminé los estudios en la prestigiosa Escuela de Negocios de Harvard. Siempre se me había dado bien y mi padre rebosaba felicidad cuando hablaba de que algún día, todo lo que él y su socio habían levantado con tanto esfuerzo, sería nuestro. Cogí los archivos que tenía a un lado y me fijé en que Edward los había dejado ordenados por fecha de prioridad sobre mi mesa. Ese chico era un regalo del cielo. Miré la pantalla del ordenador y abrí el correo electrónico. Demasiadas notificaciones, alertas y asuntos pendientes acumulados en apenas cuarenta y ocho horas. No pude evitar dejar escapar un suspiro.

Me perdí por completo en todas las tareas que tenía acumuladas y fui poniéndome al día a lo largo de la mañana. Estaba tan inmersa en mi trabajo que ni siquiera me di cuenta de que Edward volvía a estar frente a mi puerta.

—Sarah, tienes una reunión en diez minutos. No te has olvidado, ¿verdad?

Levanté la cabeza y le miré con expresión delatora.

—¿No era a las doce?

—Son las doce menos diez.

—Oh... rayos. Sí, vale... —comencé a murmurar a toda prisa—. Vale, no pasa nada, lo tengo todo listo.

—Tengo todas las carpetas preparadas, no te preocupes —continuó, sin sonar condescendiente ante mi desconcertado rostro—. Solo faltan los archivos de la compra de acciones. Deberían estar en tu correo.

Ahora en pie, me agaché un poco y busqué en el ordenador. Ahí estaban. Abrí el archivo e imprimí el contenido adjunto. Por suerte, estaba perfectamente enterada del transcurso de los acontecimientos y me bastó con confirmar por encima que nada había cambiado; las condiciones de la

adquisición eran exactamente las que habíamos pactado para nuestro cliente.

Mi padre ya estaba dentro cuando asomé la cabeza. El cliente todavía no había llegado.

—Buenos días, papá.

—Hola, cielo. ¿Tienes todos los documentos? —preguntó desde la silla que presidía la gran mesa acristalada.

—Sí. Traigo la copia de los contratos, el archivo con el valor total de la venta y las condiciones particulares pactadas por las partes —dije, tomando asiento justo a su lado y mostrándole el contenido que había en el interior de las carpetas que llevaban el logo de *Vaus Sepencer & Co* en la parte frontal—. Las han respetado todas.

—Perfecto. Será rápido entonces —añadió con esa sonrisa que solo reservaba para mí—. ¿Has descansado? Pareces agotada todavía.

—Sí... Aunque creo que sigo un poco atontada desde la noche de fin de año. Me temo que ya no estoy para estos trotes.

Sonrió de medio lado, con todas aquellas cosas que como padre callaba pero que como hombre parecían divertirle.

—La edad no es condicionante de nada, Sarah. No debes perderte ningún plan simplemente porque te hagas mayor.

—No es por la edad, papá... Todo es culpa del vino barato y de Elle por seguir comprándolo —solté, sin que mi cerebro hubiera tenido tiempo de procesar antes lo inadecuada que era la respuesta.

Sin embargo, aquello pareció divertirle todavía más.

—Por fin hablamos el mismo idioma, cielo. No sabes cuánto me alegro. Por cierto, cuando necesites una copa... en mi despacho tienes whisky. —Justo en ese momento, un hombre de mediana edad, ataviado con una elegante gabardina, apareció por la puerta. Mi padre, que había dejado la frase a medias, se acercó un poco más a mí y a modo de confidencia, cerca de

mi oído, la terminó antes de dirigirse al recién llegado—. Y no es del barato. Buenos días, señor Moore.

Ambos nos pusimos en pie, en mi caso algo más lentamente que mi padre, lo que disimulé con un estudiado y femenino descruzado de piernas con el que volví a darle tiempo a mi rodilla para reaccionar. Le tendimos la mano con educación.

—Le presento a la señorita Vaus. Ella es la que ha estado al cargo de toda la transacción —dijo entonces, presentándose formalmente ante el cliente sin mencionar, pese a la evidencia de mi apellido, que era su hija. Siempre me había gustado la profesionalidad con la que me había tratado y también que desde el primer día me hubiera dado ese voto de confianza tan solemne y que tanto me había permitido crecer como mujer pero también como profesional—. Cualquier duda que tenga, antes de que llegue la otra parte, podrá resolvérsela sin ningún tipo de inconveniente.

—Un placer, señorita Vaus —respondió educado, ahora en mi dirección—. Me gustaría ver los documentos por última vez antes de firmarlos.

—Por supuesto.

Le invité a sentarse en la silla que había frente a la mía, justo al otro lado de la espaciosa y ancha mesa, y le tendí los papeles que necesitaba ver y en los que más tarde, ambas partes estamparían su firma, dando por finalizada la operación en la que uno absorbería la mayoría de acciones de la empresa del otro, convirtiéndose así en el nuevo socio mayoritario de la misma. Para nosotros, una de tantas que componían nuestra rutina; para ellos, seguramente uno de los pasos más grandes e importantes de toda su carrera.

# CAPÍTULO 7

## Lorie.

—Buenas tardes, Caroline.

—Buenas tardes, doctora Olsen.

Cerré la puerta de forma delicada y anduve hacia el rincón, donde había colocada una enorme estantería repleta de libros, enciclopedias médicas y algún que otro retrato.

—Hacía tiempo que no nos veíamos.

—Sí... es cierto.

Me senté en el mismo sillón de siempre, frente a ella. La doctora Olsen era una de aquellas mujeres con las que hablar resultaba una tarea fácil. No lo fue tanto al principio, hasta que descubrí que ella no estaba ahí tan solo para llevarme la contraria sino que, lejos de eso, deseaba ayudarme. Además de verdad.

Su consulta estaba situada en Brooklyn Heights, el mismo barrio en el que vivíamos y también en el que había establecido mi pequeño salón de belleza.

—¿Cómo has pasado todo este tiempo?

Lo pensé antes de responder. Supongo que podría decir que bien. Tenía trabajo, seguía viviendo con mis amigas, había contratado a una ayudante y todo parecía seguir prosperando.

—Bien.

—Esa es una maravillosa noticia, Caroline.

—Sí...

Permanecimos unos instantes en silencio y me sentí estúpida por haber regresado a la consulta, pues lo único que hacía con eso era darme la razón y recordarme una vez más lo débil que llegaba a ser en realidad.

—Caroline, sabes que no me gusta andarme con rodeos y menos después de todo este tiempo. Dime, ¿cómo te sientes?

Me lo repetí mentalmente. Me sentía estúpida. Verdaderamente estúpida. Me había dejado llevar por una dichosa lista y desde entonces, algo había vuelto a cambiar en mi interior, como si todo lo que había sentido unos años atrás ahora regresara para hacerme sentir de nuevo culpable.

—¿Qué es lo que te ha traído aquí? —inquirió de nuevo, con aquel habitual tono suave que siempre usaba conmigo.

Cogí aire y lo mantuve en mis pulmones durante unos instantes. Al final, mientras expiraba lentamente, metí una mano en el bolsillo y saqué la lista para tendérsela.

La doctora se inclinó sobre su silla, la cogió y volvió a reclinarse. Se colocó las gafas que le colgaban del cuello y la leyó en completo silencio, sin hacer ni una sola mueca conforme avanzaba en la lectura. Me mantuve a la espera, mientras me castigaba mentalmente por ser tan incapaz de avanzar por mí misma sin necesidad de ayuda.

—¿Esto es lo que te aflige realmente?

Hice que sí con la cabeza, evitando su mirada.

—Está bien.

Dobló la lista sobre sí misma de nuevo y escribió un par de notas en el bloc que sostenía sobre las piernas cruzadas. Era una mujer elegante y sofisticada, como todo lo que había en el interior de aquel despacho. Llevaba el pelo recogido en un moño cardado, de un color blanco violáceo precioso. Era difícil mantener sano y brillante un tinte como el que lucía, detalle que decía mucho de ella. En la solapa de la americana llevaba un pequeño broche dorado con diminutas incrustaciones de colores y anudado al cuello, un pañuelo en tono burdeos conjuntaba a la perfección con el atuendo completo. Ojalá llegara un día en el que yo me sintiera igual de segura que ella.

—Veamos, Caroline. Háblame de Sarah.

—Ya la conoce... Sarah es...

—No —cortó con suavidad—. Imagina por un momento que jamás he escuchado hablar de ella. ¿Cómo la definirías si quisieras describirmela?

Respiré hondo y me tomé unos instantes para pensarlo. Desvié la mirada hacia un cuadro que había colgado en una de las paredes, forradas con un papel verde botella antiguo que combinaban a la perfección con las columnas de obra vista.

—Sarah es la perfección personificada —comencé, esta vez con la vista perdida en la pequeña ventana, a través de la cual se veían las copas de los árboles de la calle—. Es obstinada, perseverante, ordenada, meticulosa y analítica. Si hace algo, puedes estar seguro de que sacará un diez. Ella no falla; para ella no existe el error.

—Cuéntame más —añadió cuando me detuve.

—Está bien... —Volví a pensar unos instantes, sin entender muy bien qué sacaría yo de todo esto—. Sarah estudió en la Escuela de Negocios de Harvard. Tiene un título enorme colgado en la pared de su despacho, con vistas a todo Manhattan. Debería verlo, es precioso.

—Ajá... —murmuró mientras tomaba un par de notas. Volví a perder la vista en la ventana.

—Se graduó con honores y es una de las dignas herederas del imperio de su padre, un empresario de éxito que se ha pasado la vida trabajando de sol a sol. No existe nadie que pueda hacerlo mejor que ella, se lo aseguro. Si esa empresa está a salvo, tenga por seguro que será gracias a Sarah.

—¿Cómo es Sarah? Físicamente, me refiero.

—Es... preciosa. Como puede ver, lo tiene todo. Su pelo es oscuro, muy oscuro, y su tez luce siempre morena, como si permanentemente estuviera bronceada por los rayos de sol. Es delgada, estilizada y cualquier cosa que se ponga le queda bien. Absolutamente todo. Da igual si es una sudadera de chico, ancha y desvencijada, como cualquiera de los trajes de firma con los que acude cada mañana al despacho. No importa, todo le queda bien. Le gusta maquillarse, pero no para esconderse. En absoluto. Sarah se maquilla con la convicción de que con ello realza su belleza natural. Y lo

consigue... además, sin ser consciente de ello.

—Muy bien, Caroline —añadió, deslizando el lápiz por la página de forma apresurada antes de volver a alzar la mirada—. Ahora hágame de Danielle.

—Elle... Elle es todo lo contrario a Sarah. En el buen sentido. Es impulsiva, soñadora, desorganizada, infantil y vive con la eterna esperanza de que al final, todo saldrá bien. No le preocupa el presente, se limita a vivirlo, y siempre lo hace por todo lo alto. Elle siempre ha sido el alma de la fiesta. Es capaz de convertir la cena más aburrida en una fiesta improvisada. Y siempre le sale bien. Su magnetismo es fuerte.

—¿Y cómo es ella?

—¿Físicamente?

Hizo un movimiento afirmativo.

—Es la más bajita de las tres. Es delgada, a pesar de todas las guarrerías que come. Aunque también le gusta cuidarse. A pesar de no poseer la belleza natural de Sarah, Elle tiene algo que la hace única. Su pelo es del color del mismísimo fuego. Es pelirroja, pero no de aquellos pelirrojos anaranjados, de tez pálida y mirada triste. Elle tiene un pelo rojizo que impacta y que provoca que te gires al pasar. A eso, añádale unos ojos claros y un rostro redondo cubierto de diminutas pecas que terminan de darle un aspecto exótico envidiable.

—¿Envidiable?

—Sí. Debería verla. Espere. Se lo enseñaré.

Metí la mano en el bolso que mantenía sobre mis piernas y busqué el teléfono. Al sacarlo, accedí a la galería y busqué una foto en la que pudiera verla bien. Cuando la encontré, le tendí el teléfono y se la enseñé. La doctora se inclinó hacia delante y la observó durante unos instantes por encima de las gafas, antes de mostrar una pequeña sonrisa.

—Tienes razón, es un color realmente llamativo.

—Sí, le aseguro que lo es. Se lo digo yo que llevo toda la vida

trabajando con tintes y jamás he conseguido emular ese tono.

—¿Algo más?

Pensé durante unos instantes. No estaba segura de que fuera buena idea confesarlo todo, absolutamente todo. Pero, si no lo hacía, la doctora tampoco podría ayudarme y al fin y al cabo, se ganaba un buen pellizco de mi sueldo con esa única finalidad.

—También está Olly.

—¿Olly?

—Sí, Olliver. El mejor amigo de Elle... —me detuve un instante—. Olly es la suerte hecha hombre. Es atento con ella, la mimó, demasiado incluso, la acompaña a todo lo que ella le pida y tiene la virtuosa capacidad de hacerte reír con solo una mirada. Es de pelo claro y siempre lo lleva peinado hacia atrás. A veces lleva sombrero —dije sin poder evitar sonreír—. Y le queda realmente bien, ¿sabe? No como aquellos tipos que parecen disfrazados, en absoluto. Los sombreros forman parte de Olly, igual que los chalecos, las camisas o los tirantes. Es como un modelo de pasarela, solo que sin ser el típico musculitos y con una expresión canalla que no puede evitar. Es mayor que nosotras y trabaja en el cine con Elle. —Sin saber por qué no podía detenerme. Hablar de Olly me aliviaba, me liberaba de la presión contenida en el pecho—. Es divertido, atento y dulce, aunque tiene un punto travieso que no puede evitar dejar salir. Y tiene una moto preciosa, de esas enormes, ¿sabe? Me encantaría montar un día en ella y recorrer toda la ciudad a su espalda...

Me detuve en seco al contemplar el atento rostro de la doctora. Me observaba con una expresión extraña y sentí que se me hacía un pequeño nudo en la garganta. Aguardé impaciente su próxima pregunta y temí por mí y por el miedo que me daba tener que responderla, pues ni siquiera sabía cómo hacerlo. Me había pasado. La doctora carraspeó sin dejar de mirarme, entornó los ojos y bajó la cabeza para centrarse unos instantes en el bloc de hojas, en el que anotó algo a toda velocidad.

—Muy bien, Caroline. Ahora, descríbete a ti misma.

—¿Yo? Pero si a mí ya me conoce —respondí sin comprender, aunque en cierto modo aliviada.

—Lo sé, pero quiero saber cómo te ves tú.

—Ah... Bien... Pues... —Me detuve unos instantes a pensar antes de comenzar, desviando el rumbo de mis pensamientos que seguían puestos en Olly—. Pues, yo... regento un pequeño salón de belleza, como ya sabe... Aquí, en Brooklyn. *Mmmm*, he contratado a una ayudante porque a lo largo de estos últimos meses me sentía agotada. Trabajo muchas horas, ¿sabe? —Hizo que sí con la cabeza mientras me escuchaba con atención y seguía tomando algunas notas sueltas. Desvié la mirada antes de continuar—. Es un salón modesto, no crea. Pero es bonito. O a mí me lo parece. Es pequeñito, pero tampoco puedo permitirme más. Tiene las paredes blancas y sobre ellas pusimos un papel con unas cenefas negras y plateadas que le dan un aspecto moderno y retro al mismo tiempo que me encanta. Las chicas me ayudaron a ponerlo. Aunque creo que jamás conseguiré darle ese aspecto tan glamuroso que tiene el salón que ha abierto unas calles más allá. Me da rabia verlo tan lleno cada vez que paso por delante.

—Cuéntame más cosas sobre ti, Caroline.

Anotó algo más.

—Sí, oh... claro. Pues... bien, yo... Me considero trabajadora y también ordenada. Desde que Sarah me enseñó a hacer las cuentas de la empresa, las hago religiosamente una vez a la semana. Creo que soy metódica, aunque no estoy muy segura, pues a veces me dejo llevar por el caos. Me gustaría ser un poco más como Elle en ese sentido. Siempre organizada dentro de su aparente desorden.

—¿Qué más me dirías de ti si no te conociera?

—Pues... me gusta pensar que soy entregada. Me encanta echar una mano y no suelo esperar nada a cambio.

—Eso es realmente bueno, Caroline.

Sonreí.

—También me considero una persona tímida. Me cuesta abrirme fácilmente.

—¿Con ellas también?

—No... llevamos muchos años viviendo juntas. Son como mis hermanas. Nos conocemos demasiado.

—Entonces, ¿saben que estás hoy aquí?

Durante unos instantes permanecí en silencio.

—No —respondí al fin apenas en un murmullo—. Esto es algo personal.

—Entiendo. —Llevó la vista hacia el bloc y anotó algo más—. Bien, Caroline, ahora quiero que me cuentes sus defectos.

—¿Sus defectos?

—Exactamente.

—De acuerdo —dije, antes de volver a quedarme en silencio unos instantes—. Como le he dicho, Sarah es muy organizada.

—Pero eso lo has valorado antes de forma positiva.

—Sí...

—Entonces, ¿crees que es una virtud o un defecto?

Lo pensé.

—Caroline, quiero que hagas un esfuerzo. Esto no saldrá de aquí. Pero quiero que seas sincera conmigo y también contigo. Cuéntame sus defectos —añadió con paciencia y dulzura.

Exhalé un suspiro y dudé unos segundos. No me gustaba tener que hablar mal de ellas. Todas teníamos nuestras cosas, pero eso no debía de convertirse en un impedimento para nuestra amistad.

—Vale, Caroline, hagamos una cosa. Cuéntame tus defectos.

—¿Los míos?

—Exactamente.

—*Mmmm...* pues creo que soy una persona.... mediocre. Sí, esa sería la palabra.

—¿Mediocre?

—Sí. Ya sabe, una más, normal, sin nada a destacar. No soy la mejor en nada.

—Sin embargo, hace años que regentas un negocio propio que, además, funciona.

—Sí... lo sé, pero... No es eso. Es decir, se me da bien todo lo que tenga que ver con la belleza, ya sea peluquería, maquillaje o manicuras. Pero no soy la mejor. Me da para vivir, es cierto, pero no soy la opción predilecta de la mayoría de mujeres que viven en Brooklyn.

—Y a pesar de ello, has tenido que contratar a una ayudante porque no dabas abasto.

—Sí... pero... Bueno, usted ya me entiende. Ni fui la mejor en el colegio, ni lo soy ahora en el trabajo. Bueno, en mi salón sí, claro, porque es mío y solo faltaría... pero no lo soy en el sector.

—Ajá... Vale, cuéntame algo más.

—Más defectos... Sí, mire. Hace un tiempo que pillé unos quilos de más y no soy capaz de sacármelos de encima. Pero no porque no pueda, sino porque soy incapaz de cumplir mis propios objetivos. Me propongo hacer ejercicio y desisto a los pocos días. Y lo mismo sucede con las dietas... Puede aplicarlo también al resto de mi vida.

Sus labios se curvaron ligeramente en una mueca divertida.

—Cuéntame otro. Solo uno más.

Esta vez lo pensé mejor. Podría contarle más de uno, pero si me hacía elegir, me lo ponía más difícil. Al final, tras unos instantes de incertidumbre, me decidí.

—Creo que soy una de aquellas personas que prefiere dejarse llevar

antes de verse en la tesitura de tener que tomar la iniciativa.

—¿Eso te molesta?

—No siempre... —añadí, volviendo a concentrarme en la ventana—. Pero a veces sí.

—¿Me pondrías un ejemplo?

—En ocasiones... las chicas parecen decidir por las tres. Supongo que están acostumbradas a que yo acepte cualquier plan o decisión. Siempre lo he hecho porque, en realidad, suelen parecerme buenas ideas y si hubiera sido yo quien las hubiera tenido, también me hubiera gustado contar con su apoyo. Pero, otras veces, también me gustaría poder ser yo quien tomara las riendas.

—¿Y por qué no lo haces?

—Porque todas tenemos un rol.

—No estoy de acuerdo, Caroline. Vivís juntas porque sois amigas. Y eso implica igualdad de condiciones.

—Somos iguales, no crea —rebatí rápidamente para que no se hiciera una idea equivocada de lo que en realidad quería decir—. Sencillamente, ellas suelen tomar las decisiones y yo las acompaño. Me siento más cómoda así.

—De acuerdo. Ahora, volvamos atrás. Quiero que hagas un pequeño esfuerzo y me cuentes alguno de sus defectos. El que más te moleste o el primero que te venga a la mente. No importa. Pero debe ser algo que no hayas catalogado como virtud.

—Está bien... —dudé una vez más—. Supongo que Sarah... —comencé, sintiendo que en parte las estaba traicionando—. Sarah es incapaz de aceptar la derrota. Hace años que intenta dedicarse a la danza. Va a cumplir treinta y todavía se niega a aceptar que esa oportunidad dejó de existir para ella mucho tiempo atrás.

—¿Y eso te molesta?

—Mucho.

—¿Por qué?

—Porque no se da cuenta de lo realmente buena que es en su trabajo y es como si se resistiera a aceptar que esa, por mucho que lo niegue, es su verdadera vocación.

—¿Crees que lo es?

—Por supuesto. Todos lo sabemos.

—¿Y por qué no se lo decís?

—Porque es su vida.

—Entiendo. —Hizo una pequeña anotación—. Bien, ahora, ¿qué puedes decirme de Danielle?

Desvié el pensamiento de una a la otra y traté de dar con algo que me molestara de ella.

—Elle está dejando que los años pasen frente a ella sin centrarse en nada. Nosotras dos tenemos un trabajo estable, pero ella sigue con un contrato de prácticas y un trabajo en un cine más propio de adolescentes. Se excusa siempre en los gastos y facturas pero yo creo que, en realidad, tiene miedo de dar un paso más importante.

—¿Y por qué te molesta eso?

—Porque, a pesar de ello, le sigue yendo bien.

—Y eso...

—Supongo que me da envidia —concluí, adelantándome—. Llevar un negocio es complicado. Yo sí que tengo gastos, facturas, proveedores y obligaciones fiscales. ¿Pero ella? Se dedica a cobrar un sueldo normal, sin pensar en qué sucederá mañana e incluso así, es feliz.

—¿Y por qué no debería serlo?

Me detuve ante aquella última afirmación y sentí miedo de mí misma. Lo dije casi sin meditarlo y me avergonzaba pensar de ese modo. Elle se

merecía ser feliz, con lo que fuera que quisiera hacer con su vida. Y yo no tenía ningún derecho a menospreciarlo, ni siquiera a cuestionarlo.

—Vamos a hacer una cosa, Caroline.

Alcé el mentón y me concentré en ella.

—Quiero que durante estos días, te dediques a fijarte en todas las cosas que te gustan y en todas aquellas que puedan molestarte. Da igual cuál sea el origen, si son cosas del trabajo, de ti, de las chicas o de la vida en general. Haz una cosa: Cuando te sucedan, anótalas.

—¿Me está pidiendo que escriba un diario a mi edad?

—Algo así —dijo, sin ningún titubeo en la voz.

—De acuerdo.

—En la próxima visita hablaremos de ello. ¿Te parece bien?

Hice que sí con la cabeza mientras le daba vueltas a la idea. Realmente escribir un diario a mi edad, ¿me ayudaría a sentirme mejor?

# **CAPÍTULO 8**

**Elle.**

—Muchísimas gracias y disfruten de la película.

Observé cómo aquella pareja de tortolitos se alejaba hacia el interior del vestíbulo y hundí la cabeza entre las manos mientras me recordaba a mí misma que aquel era mi único medio de subsistencia.

—Buenas noches. Quiero dos entradas para la sala cuatro.

Levanté la cabeza al escuchar su voz y descubrí con cierta sorpresa que era el mismo tipo del otro día.

—¿Otra vez tú?

—¿Así es como tratas a tus clientes? —contestó con desparpajo.

—Tienes razón. Buenas noches, caballero. La sala cuatro está disponible. Dos entradas serán dieciocho con cincuenta.

—Así me gusta más. ¿Qué tal la película?

—No la he visto.

—Eso tiene fácil solución —respondió socarrón. Aprovechó que no había nadie en la cola y se apoyó en la pequeña barra que hacía de mostrador, dispuesto a continuar hablando conmigo así que me afané en cortar por lo sano cuanto antes.

—Estoy trabajando.

—¿A qué hora terminas?

—No es de tu incumbencia.

—Puedo hacerte compañía.

—En ese cao, llegarás tarde a la película.

—Bueno, puedes retrasar mis entradas.

—No hay ninguna sesión pasadas las diez. En días laborables, esa es la última.

—Vaya, me siento como Cenicienta ahora mismo —añadió mientras se rascaba la barbilla con un mohín con el que fingía interés.

—Cenicienta tenía margen hasta medianoche —le recordé.

—¿A qué hora termina tu turno? —insistió una vez más.

—No te lo voy a decir.

Un sombrero que conocía a la perfección me llamó la atención a las espaldas del chico y sonreí sin poder evitarlo. Olly, mi superhéroe particular en aquel cine del infierno apareció al fondo, desprovisto del uniforme y con un cartel de salvación escrito en la frente. No me hizo falta suplicarle ayuda. Con el paso de los años habíamos desarrollado ciertas habilidades comunicativas entre nosotros. En ese instante, consciente de que la presencia del chico comenzaba a incomodarme, se acercó a la taquilla y fingió hacer cola para comprar una entrada. La suerte estuvo de mi parte pues, entre semana, dejábamos abierta una única taquilla —la mía— puesto que no había tanto movimiento como lo había los fines de semana.

El chico tardó unos instantes en darse cuenta de que había alguien esperando tras él y ya no pudo postergar mucho más la situación.

—Me temo que vas a tener que darte prisa. ¿Vas a querer las entradas? —insistí, ahora con gesto triunfante.

—Sí, por favor.

Sin mediar más palabras le cobré las dos entradas, se las entregué y le contemplé alejarse. Igual que en la anterior ocasión, se acercó a una chica, le pasó el brazo sobre los hombros y juntos comenzaron a caminar hacia el interior del cine, como si nada de todo aquello hubiera sucedido.

—¿Qué os pasa a los hombres? —musité cuando Olly se asomó a la ventanilla.

—¿Cómo dices?

—Ese era el tipo del otro día, el del numerito por el que James me metió en el despacho.

—¿Ese? —añadió en tono despectivo. Acto seguido se apoyó con ambos brazos sobre la repisa.

—Sí, ese. Te juro que estaba flirteando conmigo y luego... ¡coge a esa chica por los hombros y se va tan tranquilo! Pero, ¿en qué maldito mundo vivimos?

—No es tan grave...

—¿De veras? ¿Tú también?

—¡No! No nos metas a todos en el mismo saco. Tan solo digo que, en el fondo, no es tan grave.

—Ya lo sé que no es tan grave... Pero a mí me molestaría.

—Tú no saldrías con un capullo como ese.

—A este paso no saldré con nadie. Pero ese ya es otro tema.

Sonrió de medio lado, con una mueca que me llegó demasiado adentro para tratarse de Olly, y aparté la mirada de su rostro.

—¿A qué hora terminas hoy?

Miré el reloj de nuevo con la extraña sensación de haber perdido la noción del tiempo.

—En quince minutos.

—¿Te apetece que vayamos a tomar algo?

—¿Tú y yo?

—Vaya, no sabía que tú y yo —puntualizó con recochineo—, de repente no fuera una opción viable.

—¿A qué te refieres?

—Vamos, últimamente apenas nos vemos fuera de estas dichas paredes. Hagamos algo distinto. Te invito a una cerveza.

—¿Qué es lo que pasa? Hay algo que me estás ocultando... No hace ni una semana que fuimos a cenar juntos.

—Está bien... No me apetece regresar a casa todavía.

—¿Y eso?

—Cintia y Theo... están desatados. Parecen dos adolescentes y te juro que una noche más entre hormonas desatadas acabará conmigo.

Sonreí sin poder evitarlo. Me gustaba ese Olly sincero y tan... natural.

—¿Cuántos años tienes, cuarenta y ocho?

Recibí su mirada cargada de reproche con otra sonrisa y le guiñé un ojo divertida. Me pasaba media vida metiéndome con él y cuando no lo hacía, él hacía todo lo que estuviera en sus manos para provocarlo.

—Está bien. Iré a tomar una caña contigo. A mí también empiezan a pesarme los años.

—¿Y eso a qué viene?

Tras cerciorarme de que no había más posibles clientes merodeando por la zona, comencé a recoger todas las pertenencias que tenía esparcidas sobre la mesa. No quería regalarle ni un solo minuto de más a la empresa. No porque no fuera una buena trabajadora. Jamás me había importado hacer horas extra. Pero la llegada de James había acabado con todo. Nos debían horas, nos hacían trabajar unos turnos agotadores sin los descansos reglamentarios y para colmo, nos exigían una sonrisa radiante para cada cliente. Estos no tenían la culpa, era consciente de ello, pero estaba harta de que pisotearan mi dignidad un día tras otro.

—¿Vas a explicármelo?

—¿Explicarte el qué?

—Lo de que empiezan a pesarte los años.

—Ah... eso. Nada, Sarah... tuvo la gran idea de amargarme la noche de fin de año al recordarme que era la última antes de los treinta.

—¿Y eso es importante?

—Supongo.

—Entonces podemos hablarlo mientras tomamos una cerveza... y también unas patatas fritas.

—Eh, ¡eso es casi una cena!

Miré de nuevo el reloj. Apenas faltaban tres minutos para las diez. Me puse en pie y me pasé las manos por la dichosa falda para eliminar los pliegues que se habían marcado en ella. Odiaba ese uniforme, pero odiaba mucho más las dichosas arrugas en la ropa.

—No te quejes, invito yo. A ambas cosas.

—Entonces me parece una buena idea.

—Vamos. Ve a cambiarte, te espero aquí.

—No puedo salir de la taquilla hasta que no sean las diez en punto, si ficho unos segundos antes puedes darme por muerta.

—¿Sabes? Estoy pensando en que podríamos dejar este estúpido cine. Ambos lo detestamos. ¿Qué me dices? ¿Nos vamos a dar la vuelta al mundo en plan mochilero? Podrías hacer miles de fotos, de esas que tanto te gustan.

—¿Tú y yo? —respondí lacónica, aunque me gustó que mencionara el detalle de las fotos.

—Es la segunda vez que pones en duda mi amistad en menos de tres minutos. Quizá debería plantearme la idea de invitarte a esa cerveza.

—Tienes razón... —Miré el reloj impaciente. Estaba inquieta, quería irme y mis pies lo sabían, por eso no dejaba de dar pequeños saltitos que detuve en seco cuando fui consciente de ello—. ¡¡Las diez!!

Pasé la tarjeta por el lector, abrí la puerta y la crucé a toda velocidad.

—¡Salgo en cinco minutos! —grité desde la distancia sin girar siquiera la cabeza.

Crucé la gran puerta de cristal cuando todavía me estaba subiendo la cremallera del abrigo. Era uno de aquellos plumones ligeros que tanto abrigaban. Me lo regalaron las chicas las pasadas navidades y desde entonces, este se había convertido en una de mis prendas favoritas. Además, a esas horas hacía muchísimo frío y el cambio de temperatura ya había sido el culpable de numerosos resfriados en las últimas semanas. Y no me apetecía pillar otro catarro.

—¿Has pensado en algún sitio en concreto?

—¿Qué te parece el *Mcbar*?

—Sus patatas fritas están para llorar de la emoción...

—¡¡Lo sé!!

Seguimos andando el uno junto al otro hasta que a lo lejos, entre el vapor que ascendía por una de las alcantarillas, divisamos un taxi. Olly fue más rápido y lo paró con un movimiento de la mano. Cuando el coche se detuvo, rodeó el vehículo y yo entré por la puerta que quedó justo frente a mí. El brusco cambio de temperatura fue agradable, a pesar de que en apenas unos segundos comenzaron a sobrnos algunas prendas de abrigo.

—A la tercera con *Union Street* —le indicó.

El conductor puso en marcha el taxímetro y pisó el acelerador.

# **CAPÍTULO 9**

## Elle.

Un par de mechones, que en la penumbra de la noche parecían más oscuros que rojizos, se me pegaron al rostro al salir del vehículo pero con un movimiento de la mano los aparté para volver a enfundarla rápidamente en aquellos guantes capaces de mantener mis dedos calientes incluso en plena Antártida. El *Mcbar* no estaba lejos. De hecho, el cine estaba situado tan cerca de casa que cada día iba y regresaba andando. Y el bar en cuestión se hallaba apenas a unas cuantas manzanas del mismo. Me colgué el bolso en el hombro, me recompuse la melena y busqué a Olly con la mirada. Me esperaba sobre la acera con la vista puesta en su teléfono móvil.

—Nos han vuelto a cambiar los turnos —dijo justo cuando sintió mi presencia, sin apartar los ojos del aparato.

—¿Bromeas?

—En absoluto. Mañana tú y yo tenemos el primer turno, Nathalie hace el cierre.

—¿El primer turno? Oh, ¡venga ya! ¡Sabe que no lo soporto!

—Eh... no te agobies, ¿vale? —En la leve pausa en la que estudió mi gesto de absoluto desdén, guardó el teléfono en uno de los bolsillos traseros de sus pantalones y luego hizo lo mismo con su mano—. No vale la pena.

Me pasó el brazo que le quedaba libre por encima de los hombros e iniciamos el paso en dirección al fondo del callejón. Desde fuera ya se escuchaban las débiles notas de la música de fondo. Siempre me había gustado aquel lugar y su capacidad de transportarte a otra dimensión, aunque nunca hubiera acudido con Olly. La música jazz te empapaba los oídos, llevándose en cada nota todos los malos pensamientos que pudieran poseerte. Llegamos sin apenas darnos cuenta a la gran puerta de madera y cristal. Estaba situado en el bajo de un edificio y para acceder debíamos bajar unos pocos escalones, cubiertos a esas horas de una fina capa de escarcha. Me así a la barandilla de hierro para evitar resbalar y bajé seguida de Olly hasta quedar

frente a la puerta. Estaba empañada a causa de la brusca diferencia de temperatura y los huecos de cristal lucían ese aspecto invernal que siempre me había maravillado. Contemplar el interior a través de ellos era como observar desde el objetivo de la cámara. Podías ser testigo de lo que sucedía al otro lado, sin oír lo que en realidad estaba pasando. De ese modo, tenías la oportunidad de imaginar las historias que aquellos rostros sonrientes se contaban, de regalarles una vida mientras capturabas en la retina momentos robados que no te pertenecían. Me sentía como una pequeña ladrona. Además, en invierno, aquel círculo producido por el vaho dotaba a la escena de un toque todavía más especial.

—¿Por qué sonríes? —Escuché su voz en una especie de distancia. Alcé la mirada y entonces me topé de frente con su gesto curioso que me observaba con atención.

—Por nada. Me había distraído...

—Pues parecía interesante.

Así la maneta metálica y tiré hacia mí para abrir la puerta. El calor del interior nos recibió como el mejor de los abrazos. De los altavoces, la música acompañaba el rumor de los diferentes grupos que ocupaban cada una de las mesas del abarrotado establecimiento, extendiéndose por encima de forma acompasada. Miraras donde mirases, las expresiones eran de felicidad y despreocupación. Esa era una de las cosas por las que me gustaba ese lugar y por las que estaba segura de que no era la única que se había convertido en una habitual del mismo.

Cruzamos lentamente el local con cuidado de no molestar a los ahí presentes. Las mesas eran metálicas y todas diferentes, como si ninguna hubiera sido traída del mismo lugar. Con las sillas sucedía exactamente lo mismo. Cada una de un color, de una forma y de un material distinto. Y eso era lo que realmente le daba tanta personalidad. La barra era ovalada, en forma de isleta y de tocho rojo. Sobre ella, colgadas de una estructura idéntica que pendía del techo, cientos de copas reposaban boca abajo. Dos camareros se ocupaban de servir cada uno de los extremos del local. Todo estaba aprovechado, hasta el más remoto de los rincones estaba dispuesto para que alguien pudiera ocuparlo y tomar una copa en compañía.

—¡Olliver!

Uno de los camareros saludó con una jovialidad familiar a mi acompañante, que se acercó a él para entrecuchar las manos en un afectuoso saludo.

—¿Cómo estás? Hacía días que no te dejabas ver el pelo por aquí. ¿Cerveza?

—Por favor —respondió, aceptando gustoso la oferta—. He tenido lío estas navidades, ya sabes, los turnos en el trabajo y las visitas familiares. Mira, te presento a Danielle —dijo, señalándome e introduciéndome en la conversación—. Es una buena amiga.

Saludé con una sonrisa y me sentí agradecida de que Olly hubiera dado el paso pues, a pesar del tiempo que hacía que visitaba aquel lugar, jamás había llegado a hablar con ninguno de sus propietarios más que para pedir nuestras respectivas consumiciones.

—Por fin nos conocemos —respondió a mi saludo, después de que seguramente el mismo pensamiento hubiera cruzado su mente.

—¿Por fin? —preguntó Olly sin comprender.

—Una melena como la suya es difícil que pase desapercibida —respondió sin ningún tipo de malicia ni dobles intenciones. Sonaba sincero y me gustó que así fuera—. ¿Hoy no vienen tus amigas?

—No... esta noche me he dejado secuestrar por él.

—¿Qué querrás tomar?

—¿Todavía tenéis en carta aquellos gin-tonics de fresa tan buenos?

—¡Por supuesto! Marchando un *Gin* y una cerveza, pues —resolvió sonriente, mientras elevaba ambos brazos para coger una copa y una jarra de la estructura metálica que pendía sobre su cabeza—. Lamento deciros que no hay huecos libres hoy.

—No te preocupes, aquí en la barra estamos bien. Por cierto, ¿nos pondrás también unas patatas fritas?

—Claro.

Desapareció en busca de nuestras consumiciones y Olly aprovechó para sacarse el abrigo, gesto que imité al momento.

—Bueno, entonces, ¿vas a contarme de una vez qué es lo que te preocupa tanto?

Le observé con cierto recelo. Me gustaba su manera de no andarse demasiado por las ramas cuando quería saber algo.

—¿Preocuparme?

—Vamos, llevas unos días en los que parece estar permanentemente perdida en otro mundo. Algo te pasa. Es como si el cambio de año se hubiera llevado con él gran parte de tu energía.

—Eso no es cierto. Sigo igual que siempre —rebatí, no dispuesta a darle la razón y en cierto modo sorprendida de que se hubiera dado cuenta de que no era la misma de siempre.

—¿Es por James? Puedo tratar de hablar con él si quieres.

—No —aseveré más deprisa de lo que incluso fui consciente—. No... no te preocupes. No es necesario que te metas en esto. James es... una etapa de mi vida. Nada más.

—En ese caso, hay algo más que te preocupa.

—No sabía que me habías invitado a un interrogatorio servido en una elegante copa de ginebra —dije, cogiendo precisamente la copa de balón que el camarero acababa de dejar frente a mí sobre la barra de madera robusta.

—Ya sabes cuánto llega a gustarme verte con una copa en la mano.

—Oh, vamos... ¿Ya empiezas?

Sonreí cuando otro camarero dejó junto a nosotros una ración de patatas fritas que no tardamos ni medio segundo en atacar.

—Patatas fritas con un gin-tonic de fresa... Lo tuyo son las mezclas raras, ¿no?

—¿Por qué crees que somos amigos?

Le guiñé un ojo y hundí una patata en el pequeño compartimento lleno hasta arriba de salsa de ketchup antes de llevármela a la boca.

—Oye —comenzó después de pasarse una servilleta por los labios. Tenía las manos finas y los dedos alargados. Siempre me había gustado su elegante y grácil movimiento—. Antes, cuando te he preguntado... no pretendía convertirme en un intruso en tu vida. Tan solo creí que necesitabas desconectar un poco del cine. Nada más. No tenemos por qué hablar de ello si no quieres.

Di un sorbito a mi copa y lancé una mirada distraída hacia el interior del concurrido establecimiento. El invierno en Brooklyn era duro. Cerré los ojos de puro placer cuando el contenido se deslizó por mi garganta. Ese chico tenía unas manos de oro para elaborar cócteles. Estaba delicioso y en su justo punto. Ni fuerte ni corto.

—Lo que necesito es olvidarme del cine de una vez por todas — resolví entonces, tras unos instantes en los que cada uno permaneció perdido en sus propias cábalas.

—Y... ¿pretendes olvidarte de mí también?

Me traspasó con la mirada. Era un caso perdido, no podía evitarlo. Y como siempre, consiguió su propósito. Alargué la mano y le golpeé con suavidad el brazo. Su expresión mudó y entonces se llevó la jarra hacia los labios antes de darle un largo trago. A continuación, volvió a dejarla sobre la barra y esta vez perdió la mirada en el interior del establecimiento, en ningún punto en concreto en realidad.

—¿Qué te gustaría hacer? —dijo entonces, todavía con la mirada perdida.

—¿Cómo?

—Si dejaras el cine. —Sus ojos me buscaron—. ¿Qué es lo que harías entonces?

No contesté. En realidad no tenía ni idea de cuáles eran mis opciones.

—¿Elle?

—No lo sé.

—No me lo creo.

Arqueé una ceja y le contemplé perpleja. ¿Qué era lo que sabía que yo desconocía por completo?

—Si tú lo dices...

—Vamos, Elle. Habrá algo que desees hacer por encima de todas las cosas.

—Evidentemente lo hay. Pero eso no significa que pueda dedicarme a ello. Ni mucho menos convertirlo en una fuente de ingresos, segura y estable.

—Vamos, no me jodas, Elle. Tienes conocimientos más que suficientes de publicidad como para tirar adelante lo que te venga en gana.

—No es cierto.

—Estás trabajando en una de las mejores empresas de publicidad de Nueva York.

—Sí, con un contrato de prácticas.

—¿Y qué?

—¿Cómo que “y qué”? ¿Acaso me ves vestida de ejecutiva y paseándome por la ciudad con un traje de alta costura y un maletín de Prada?

—No.

—Pues...

—Pero no porque crea que no puedes hacerlo —cortó de forma brusca—, sino porque jamás vestirías un traje de alta costura. No va contigo. Eso es más propio de Sarah.

Con la copa sostenida frente a mi rostro, elevé la mirada y busqué sus ojos grises como el atardecer de un callejón. Una mueca traviesa se apoderó

de sus facciones y una sonrisa juguetona dejó a la vista su blanca dentadura. No pude más que darle la razón.

—Vale, es cierto. Jamás llevaría uno de esos trajes de ejecutiva aburrida. Pero eso no quita que no disponga de los medios suficientes para dedicarme a lo que me gustaría.

—¿Y qué es lo que te gustaría?

Volví a quedarme en silencio, un silencio que refugié en un sorbito largo y continuo de aquel gin-tonic que sabía tan dulce como cítrico. Con la otra mano, cogí el bastoncillo y saqué una de las fresas que había en el interior y me la llevé a la boca. Estaba helada y al masticar estalló crujiente, provocándome una explosión de sabor.

—Elle...

—Supongo que sería fotógrafa —dije al fin, ante su persistente insistencia.

Tardó unos instantes más de lo que me hubiera gustado en responder. Ladeé la cabeza comenzando a impacientarme hasta que al final, adoptó un gesto de aprobación y se dirigió de nuevo hacia mí.

—Me parece lo más lógico.

—¿Y ya está?! —exclamé, sin saber realmente muy bien el porqué.

Sin añadir nada más, sus cejas fueron las que me dedicaron un gesto interrogante que entendí a la perfección.

—No sé... después del rato que llevas preguntando... pensé que te lo tomarías diferente.

—¿Diferente?

—Sí, diferente.

Di un nuevo sorbo a mi copa.

—Diferente, ¿por qué?

—No lo sé, ¡¿vale?! —

Dejó la cerveza sobre la barra y se inclinó hacia atrás. Cruzó los brazos sobre el pecho, enarcó una ceja y ladeó la cabeza. Me observaba sin perderse ni un solo detalle, estudiando mi rostro. Al final desvié la mirada para evitar cruzarme con sus ojos.

—¿Sabes lo que me hubiera sorprendido? —dijo entonces. Regresé a él.

—Tú dirás.

—Me hubiera sorprendido que hubieras dicho que deseabas ser florista. —Esta vez fui yo la sorprendida—. O camarera, secretaria, dependienta, economista, abogada...

Escuché toda la retahíla de oficios sin interrumpirle.

—Pero no, no me sorprende en absoluto que desees dedicarte a lo único que despierta tu verdadera pasión y para lo que creo que tienes un gran talento.

—Todo eso es muy bonito, Olly, pero la realidad es otra muy distinta.

—No es cierto. Lo que pasa es que te has acostumbrado a tu vida y te da miedo dar un salto.

Entrecerré los ojos calibrando si su comentario me había molestado o bien, si lo decía sin ánimo de ofenderme con ello.

—No me he acomodado... es que no tengo más fuentes de ingresos ahora mismo. Y dudo que los del supermercado acepten como excusa el no tener empleo para permitir que me lleve la compra sin pagarla antes.

—No me lo trago, Elle. Engaña a quien quieras; a ti misma si eso hace que te sientas mejor, pero yo no me lo trago.

Vale, ahora sí que comenzaba a molestarme su tono.

—Muy bien —dije, y esta vez fui yo la que se cruzó de brazos, adoptando una posición más cerrada—. Según tú, ¿qué es lo que se supone que debería de hacer entonces?

Me observó paciente antes de responder. Olly me conocía y sabía

perfectamente que estaba adentrándose en terreno pantanoso. Desde siempre había sido una de aquellas chicas a las que les costaba horrores disimular ante aquellos que me conocen, y él lo hacía muy bien. Olly sabía que el siguiente paso sería decisivo y que podía hacer que la conversación quedara ahí o bien, recuperaríamos sin más el tono jovial que habíamos mantenido hasta el momento. Su cuerpo aligeró la tensión, sin embargo, yo me mantuve igual de firme.

—Podrías comenzar a pensar realmente qué es lo que deseas para ti y empezar a luchar por ello.

Calibré sus palabras durante unos instantes. Nada en él indicaba que estas hubieran sido lanzadas como un dardo envenenado. Pero escocían del mismo modo. ¿Acaso era eso lo que pensaba realmente de mí? Rebajé la tensión y descrucé los brazos. Me apoyé sobre los muslos y le contemplé en busca de toda su sinceridad.

—¿Crees realmente que me he acomodado?

—Tan solo es un punto de vista.

—¿Y qué me dices de ti? —contraataqué entonces, sabedora de que esa no era precisamente la mejor opción.

—¿De mí?

—Sí, Olly... de ti. Tú también estás en el cine. Y permíteme que ponga en duda que esa sea tu mayor ambición en el mundo.

Rio y eso me gustó. Pero fue una sonrisa distinta. No me sentía bien discutiendo con él. A lo largo de todos esos años jamás lo habíamos hecho. Pero la sola sensación de discutir por algo que no fuera nuestra opinión acerca de una película me erizaba la piel y me producía una sensación de asfixia. Sin embargo, en el tiempo en el que se dedicó a pensar una respuesta, me di cuenta de otra realidad que de pronto, estalló frente a mis ojos. Abrí los labios y lo escruté sin poder eliminar la mueca de sorpresa de mi rostro.

—¿Qué...? —preguntó al fin, sin comprender qué me pasaba.

—No me lo creo...

—¿Qué es lo que no te crees?

—¿Sabes? A lo largo de todos estos años, nunca me has contado en qué trabajas cuando no estás en el cine.

Sus labios se curvaron. Volvió a echarse para atrás, giró el cuerpo y dio un largo y muy lento sorbo a la jarra de cerveza.

—¿Olly...?

—¿Sí...? —respondió imitando mi voz.

—Oh, ¡vamos! ¡¡Cuéntamelo!!

—¿Sabes? Empieza a ofenderme tu facilidad para olvidarte de ciertas cosas.

—¿A qué te refieres?

Me giré un instante y me di cuenta de que el garito cada vez estaba más lleno. La música sonaba de forma ininterrumpida por los altavoces y nosotros teníamos que alzar más la voz para poder escucharnos. El ambiente, no obstante, resultaba acogedor y agradable. No le perdí de vista en ningún instante. Olly tenía unas facciones bonitas. No eran muy anguladas, sino más bien redondeadas en todo su contorno. Siempre lucía una barba perfectamente recortada pero nunca lo suficiente rasurada como para dejar al descubierto la piel de sus mejillas. Sus ojos eran grises y cuando sonreía, se alargaban hasta achinarse de forma divertida, dándole a su rostro aquel aspecto travieso y juguetón del que tanto partido sabía sacar. Tenía el cabello rubio y siempre lo llevaba perfectamente peinado con aquel pequeño tupé que le daba un aspecto moderno y casual tan propio de *Instagram*. Olly podía pasar perfectamente por uno de aquellos modelos que lucen siempre con un ordenador *Apple* de última generación y una taza de *Starbucks* en la mano. Tan solo le faltaban las gafas de pasta redondas para completar el atuendo.

—¿Me oyes?

No, evidentemente no le había escuchado.

—Decía que ya te lo conté una vez y que, como buena amiga, deberías acordarte de ello.

Cogí mi copa y le di un último sorbo. Ya no quedaba nada del gin-tonic. Traté de recordar el momento al que estaba haciendo alusión pero, por más que lo intentara, no lograba dar con él.

—¡Tú tampoco te acuerdas de todo lo que te cuento! —estallé en mi defensa.

—Ponme a prueba. —Y la forma en la que lo dijo me contrajo el estómago de forma inesperada. Fue un murmullo, o más bien un tono ronco y rasgado. Estaba segura de que ni siquiera se dio cuenta de ello pero algo en mi interior todavía aleteaba, cada vez de forma más lenta hasta desaparecer de nuevo.

—De acuerdo. ¿Cuál ha sido la mejor fiesta de cumpleaños que he tenido nunca?

—La de tus veintiséis, cuando os fuisteis las tres a *Atlantic City*.

Touché.

—¿Y la peor?

—Tus veintidós —dijo, sin dudarlo ni un solo segundo—. Eric trató de besarte en medio de la noche, os echaron del garito y Lorie vomitó en el taxi y echó a perder tus zapatos que en realidad eran, obviamente, de Sarah.

Mierda. Tenía que ponérselo más difícil. Ahora, crecido por la sensación de victoria, cruzó de nuevo los brazos y me obsequió con una mueca de suficiencia.

—¿El primer cigarrillo?

Pensó unos instantes.

—Esa es trampa —soltó al fin—. Nunca te has fumado uno entero.

No podía ser. ¿Siempre había sido tan atento? De ser así, como intercambiáramos papeles iba a quedar realmente mal. Tenía que pillarle, como fuera. Aunque tuviera que entrar en terrenos personales.

—¿Mi primera vez?

—¿Tu primera vez? —repitió, con un gesto tan sugerente como juguetón.

—Sí, Olly, mi primera vez.

—*Mmmmm* —murmuró con los labios apretados, lo que volvió a revolverme las entrañas de un modo desconcertante—. Esto...

Contuve una sonrisa triunfal. Le había pillado por fin y estaba dispuesta a regodearme con ello.

—¡Ja! Sabía que...

—A los diecisiete —dijo entonces, dejándome a medias—. John Bayle. En la fiesta de graduación —hizo una leve pausa—. ¿De veras te lo montaste en la fiesta de graduación?

Abrí los ojos como platos, Olly estalló en una sonora carcajada y yo continué exactamente igual de perpleja.

—¿Pensabas que ibas a ganarme con una pregunta así?

Seguí sin poder responder. No porque no tuviera nada que decir sino porque acababa de darme cuenta de cuánto tiempo llevaba Olly en mi vida y de lo mucho que sabía de mí misma.

Acercó su rostro al mío, sin dejar de reír, y me besó en la mejilla de forma cariñosa. Al separarse, sentí un ligero hormigueo en la zona en la que sus labios habían entrado en contacto con mi piel y decidí aferrarme a la simple idea de que una vez más, era por culpa del roce de su barba.

—Podías haberme preguntado no sé... por tu última regla o qué se yo.

—Eso resulta muy estúpido por tu parte, que lo sepas.

—Lo siento, Elle, tienes razón... —y lo dijo en serio—. Pero hace mucho tiempo que eres un libro abierto para mí. No hay nada de ti que me sorprenda. De hecho, hemos llegado a un punto en el que me atrevería a decir que sé leerte incluso cuando callas.

Y esa simple afirmación, hecha sin ningún tipo de intención, me caló

en lo más profundo, arrollando con lo que fuera que pillara a su paso. ¿Qué había querido decir con ello? ¿Desde cuándo resultaba tan predecible para él? ¿Desde cuándo me conocía con semejante profundidad? Elevé la mirada y me encontré con el plomizo color de sus ojos, observándome a una distancia que se me antojó realmente corta. Los desvié de nuevo y me concedí un pequeño respiro.

—¿Qué me dices entonces? ¿Recuerdas o no recuerdas cuándo te lo conté?

Y en ese momento, sin saber ni siquiera por qué, me puse en pie y ante su atenta mirada, di media vuelta y desaparecí en dirección a la puerta.

—¿Elle? —le escuché llamarme ahora a cierta distancia—. ¡Elle!

Me puse el abrigo mientras atravesaba el establecimiento, no sin ciertas dificultades, y volví a colgarme el bolso del hombro justo antes de empujar la puerta y salir al exterior. El frío me heló los pulmones y aquello fue lo único que necesité para detener en seco todo lo que estaba removiéndose en mi interior. Me detuve un instante y di una bocanada del gélido aire que me envolvía. Estaba segura de que esa noche volvería a nevar. El cielo se intuía blanco incluso a pesar de la oscuridad de la noche. Mis pulmones trabajaban de forma costosa y mi cerebro dejó de funcionar. Escuché el tintineo característico de la puerta y Olly salió apresurado, todavía sin la chaqueta puesta.

—¡Elle! Joder, estás ahí —dijo, acercándose hacia mí apresurado. No me moví de donde estaba. Se puso el abrigo y subió la cremallera hasta arriba—. ¿Qué es lo que te pasa? ¿Acaso te ha molestado algo de lo que he dicho? —dijo, mientras una nube de vaho acompañaba cada una de sus palabras—. Lo siento, Elle. Sea lo que sea, lo siento. Pensaba que estábamos jugando y... —se detuvo unos instantes—. En serio, Elle. No sé qué he dicho que te haya hecho salir como un cohete, pero lo siento.

Con la mente despejada y mi cuerpo completamente helado, por fin pude pensar con claridad. Y me sentí culpable al hacerlo. Ni siquiera podía decirle por qué motivo había salido disparada porque ni yo misma lo sabía.

—No te preocupes, Olly, tan solo necesitaba un poco de aire.

—¿De veras?

—Sí.

Permanecimos el uno frente al otro. Se llevó las manos hacia los labios y trató de calentarlas con su aliento. Habían vuelto a bajar muchísimo las temperaturas.

—¿Estás en esos días...?

Le golpeé con la mano en el brazo, esta vez más fuerte, y estalló en una carcajada que me tranquilizó. Sabía por qué lo hacía y aunque encontré totalmente inapropiado el comentario, le agradecí que no tuviera en cuenta mi repentino arrebato.

—No lo decía en serio —afirmó, y no lo dudé—. Anda, ven aquí.

Abrió los brazos y dio un paso al frente para envolverme en ellos. Me dejé abrazar y me sentí cómoda arropada por él. Era como estar en casa... o una sensación muy parecida.

—Lo siento, ¿vale? —dijo, bajó la barbilla y me besó en la cabeza con el mimo con el que solía hacerlo todo—. Intentaré no ser tan idiota la próxima vez.

Sonreí, esta vez segura de que desde su posición, con su cabeza por encima de la mía, no podía verme y aunque solo fuera por unos segundos, decidí que ese era uno de mis lugares favoritos de Brooklyn... o quizá del mundo entero.

—¿Me lo vas a contar entonces? —tanteé melosa.

—No —afirmó rotundo desde arriba—. Tendrás que hacer un pequeño esfuerzo por recordarlo. O ponerme un detective privado, claro.

Y de nuevo, volví a sonreír.

# **CAPÍTULO 10**

## Sarah.

—Sarah. —El rostro de Edward asomó a través de la puerta—. Michael Spencer quiere hablar contigo.

—Pásamelo por la línea dos.

Dejé el lápiz sobre la mesa y esperé la llamada. A pesar de que la empresa llevaba los dos apellidos, cada familia nos habíamos dedicado a una rama en concreto, multiplicando así el alcance global de la empresa. Los Spencer eran abogados de gran reconocimiento y ellos ocupaban las plantas treinta y cinco y treinta y seis. Los Vaus nos dedicábamos a transacciones empresariales, siempre que estas no implicaran la necesidad de pasar por un juicio en cuyo caso, lo derivábamos a los Spencer. En ambos casos trabajábamos a nivel corporativo, con grandes empresas principalmente, pues eran las únicas que podían permitirse los honorarios que nuestro trabajo requería. Vaus tenía sus oficinas en las plantas treinta y tres y treinta y cuatro. El resto de plantas del gran edificio pertenecía a otras empresas que nada tenían que ver con nosotros.

El señor Spencer y mi padre habían estudiado juntos en Harvard, la misma universidad que después pisamos cada uno de los cuatro hijos que trabajábamos al servicio de nuestros apellidos. Eric y yo nos encargábamos de la contabilidad empresarial, compraventas de acciones y cualquier tema que tuviera que ver con activos financieros y números globales, mientras que los Spencer se ocupaban de conflictos empresariales en los que la mediación legal resultaba obligatoria.

Cogí el teléfono al segundo pitido.

—¿Sarah?

—Buenos días, Michael. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Sí. Tengo a un cliente interesado en vender unas acciones de su empresa pero he estado revisando todas las cuentas y no existe ningún riesgo para la operación, por lo que no necesita consejo legal sino más bien

asesoramiento profesional, y tú eres mejor que tu padre en esto. ¿Puedes encargarte del tema?

—Claro —dije, sin poder contener una sonrisa orgullosa—. ¿Está ahí?

—Sí.

—Mándamelo al despacho. Yo me encargo.

—Gracias, Sarah. Le haré llegar la documentación a Edward. Por cierto, te enviaré también una carpeta a la que creo que deberías echar un vistazo.

—¿De qué trata?

—Tú solo échale un vistazo... Luego me dices, ¿de acuerdo?

—Perfecto —respondí con cierta incertidumbre—. De nada, Michael. Gracias a ti.

Colgué el teléfono y permanecí pensativa durante unos instantes. No era propio de él llamar directamente y mucho menos todavía, mantener ese tipo de secretismo. Michael Spencer era uno de aquellos tipos que infundían respeto con solo una mirada. Como mi padre. Estaba segura de que ese era el motivo de que se llevaran tan bien. Se conocieron en la facultad y desde entonces no habían vuelto a separarse. Eran metódicos y muy perseverantes y cada uno en lo suyo era, sencillamente, el mejor.

Yo había crecido con la familia Spencer. Mientras que mis padres solían quedar para cenar, cenas que acostumbraban a alargarse hasta entrada la madrugada, Eric y yo crecimos jugando con Michael hijo, al que todos llamábamos Mike, y Alexander, su hermano pequeño. A Mike le perdimos la pista al comenzar el instituto. Era seis años mayor que yo y cuando dejó atrás la educación primaria, dejó también de considerarse lo suficientemente niño como para seguir jugando con Alex, Eric y también conmigo. Fue un golpe duro para mí. Desde entonces, lo único que supe es que en la facultad se enamoró de una compañera, se casó con ella al graduarse y se mudó a California, donde siguió ejerciendo el Derecho.

Alex, en cambio, siguió los pasos de su padre, convirtiéndose en un gran abogado también, cuyo despacho estaba situado exactamente dos pisos por encima del mío.

—Sarah. —La voz de Edward me sacó de mi ensimismamiento. Entró en mi despacho y se acercó a mi mesa—. Aquí tienes la carpeta de Spencer. Su secretaria acaba de bajarla.

Justo cuando iba a darse la vuelta un hombre apareció frente a mi puerta. Por un momento me quedé sin habla. Debía de rozar la cuarentena y todo en él infundía armonía y elegancia. De facciones cuadradas, pelo oscuro y espalda ancha, el hombre me contemplaba sonriente desde la puerta. Edward se apresuró a salir y nos dejó a solas. Me puse en pie y rodeé la mesa para acercarme a él antes de tenderle la mano.

—Buenos días. Mi nombre es Sarah Vaus. Me han dicho que busca asesoramiento para una venta de acciones. ¿Es así?

Mostró una sonrisa que por unos segundos me noqueó. Era realmente atractivo y correspondió a mi saludo estrechando su mano con la mía antes de presentarse.

—Un placer, señorita Vaus. Mi nombre es Anthony Taylor y sí, me gustaría que me asesorara con una venta de acciones antes de cometer cualquier estupidez. Se rumorea que es usted la mejor en toda la ciudad.

Casi me atraganté al escuchar sus palabras. Y no fue por el cumplido; no era la primera vez que me lo decían aunque era plenamente consciente de que no era verdad. Fue la forma en la que lo dijo, la manera en la que sus labios se curvaron, sus líneas de expresión se pronunciaron y su voz se rasgó. Hice acopio de toda mi profesionalidad y me mantuve erguida y segura, como si no me impresionaran tan sencillas palabras, mientras que en mi interior despertaba un aleteo inquieto. Tenía unas facciones masculinas, delineadas y curtidas por la edad. No recordaba haberme fijado antes en un hombre que rápidamente pudiera sacarme diez años, a simple vista. Entre la elegante gabardina y el traje, una bufanda perfectamente colocada salía de su cuello para perderse entre el oscuro ropaje, confiriéndole una imagen de pura sofisticación.

—Bien, acompáñeme, por favor —dije al fin.

Me siguió hacia un lateral del despacho en el que tenía situados dos sillones blancos, cada uno a un lado de una pequeña mesita. Llevé el dossier conmigo y le indiqué con un gesto que tomara asiento, antes de hacerlo yo en el otro. Me gustaba sentir que ostentaba una cierta posición de poder y me sentía bien cuando esta no era cuestionada. Durante algunos años, hasta que mi nombre comenzó a ganar cierto reconocimiento en el sector, había tenido que enfrentarme en algunas ocasiones a situaciones evidentemente discriminatorias, ya no solo por el hecho de ser joven sino principalmente por el mero hecho de ser mujer. Por ese mismo motivo luché con todo mi empeño para ser todavía mejor y para poder actuar en mi propio nombre sin que mi padre tuviera que estar presente para dar validez a mi figura. Me había costado sudor y lágrimas, sobre todo de impotencia, pero al final lo había logrado, haciendo que mi nombre se convirtiera en un referente y un símbolo de seguridad, profesionalidad y garantía.

Escuché las pretensiones de mi nuevo cliente sin interrumpirle. No obstante, antes de dar cualquier paso, le avisé de que me gustaría revisar los documentos con tiempo puesto que, aunque confiaba plenamente en el criterio de Michael Spencer, no iba a dar ningún paso sin saber de lo que estábamos hablando realmente.

—¿Cuándo le iría bien que me acercara para poder conocer su opinión?

Abrí la agenda que había llevado conmigo, junto con los documentos, y fingí interesarme en ella cuando lo cierto es que la conocía de memoria. Sonreí para mis adentros, escondiendo la realidad de mis pensamientos; le hubiera podido citar al día siguiente sin ningún problema. De hecho, me hubiera gustado hacerlo. Su fragancia en mi despacho olía mucho mejor.

—¿Qué le parece dentro de un par de días? —dije en cambio.

Entornó la mirada y sonrió sin hacerlo, una mueca curiosa. El aleteo dio entonces lugar a una animada danza, con repiqueteo de tacones incluidos. En mi estómago estaba teniendo lugar una fiesta a la que por lo visto, no había sido invitada.

—Perfecto.

—Podría recibirle... —hice una pausa dramática, alargando el momento y dándome un poco más de protagonismo— sobre las once. ¿Le va bien?

—Aquí estaré, no lo dude.

Me puse en pie y él hizo lo mismo. Anduve hacia la puerta de mi despacho contoneándome tanto como la rodilla me consintió hacerlo sin avergonzarme y le esperé. Con un ademán le invité a salir con educación para seguirle después y acompañarle hasta los ascensores. Me permití el pequeño lujo de recrearme en la visión de su espalda cuando se colocó frente a mí mientras trataba de averiguar qué clase de bicho me había picado para estar comportándome de ese modo. Pero la realidad iba mucho más allá y es que ese hombre era pura testosterona. Pero bueno, ¿en qué narices estaba pensando? Traté de desviar esas ideas mientras llegaba el ascensor. Vale que llevaba demasiado tiempo sin estar con un hombre lo que por lo visto, me estaba afectando más de la cuenta, pero ese no era el mejor momento, ni tampoco el lugar adecuado.

Un ligero pitido nos alertó y las puertas metálicas se abrieron frente a nosotros. Mi cliente fue a dar un paso cuando se giró por última vez y con aquella particular expresión, volvió a sonreír antes de sacar una mano del bolsillo en el que la había escondido y tenderme una tarjeta blanca con el elegante y sobrio logotipo de su empresa.

—Aquí tiene mi número personal. En él estoy siempre localizable... Para lo que sea. —Y esa última afirmación la hizo con un tono muy distinto al que había usado a lo largo de la corta reunión que habíamos mantenido en el interior de mi despacho. Se me cerró la garganta y dejé de capturar oxígeno por un instante en el que además, mis piernas se convirtieron en pura gelatina. Perfecto. Lo que me faltaba.

Asentí con la cabeza y ni corta ni perezosa, la cogí. Sin remordimientos ni vaciles. Agradecí el gesto con una mueca en la que intenté concentrarme para no dejar que el rubor la desvirtuara y le observé desaparecer frente a mí cuando las puertas se cerraron de nuevo. En ese

momento, todavía con su fragancia flotando en el ambiente, di media vuelta y regresé al despacho con una sonrisa boba en los labios mientras jugueteaba con la tarjeta entre los dedos.

—Sarah. —Alcé la cabeza y dirigí la vista hacia la mesa de Edward, situada junto a la puerta de mi despacho. Nuestros ojos se cruzaron y me pareció distinguir algo distinto en los suyos, algo que no solía mostrar cada vez que se ruborizaba en mi presencia y con ello, alimentaba un poquito mi autoestima. Tal vez sonara cruel, pero sentir que podía despertar semejantes sentimientos en alguien —aunque se tratara de Edward— cuando hacía tiempo que unas manos no recorrían mi cuerpo, me hacía sentir bien. Sin embargo, crucé los dedos para que no se percatara de mis repentinas y descontroladas emociones, pues no me gustaría que mi propio ayudante me juzgara de un modo totalmente erróneo—. Había otra carpeta junto a la que te he traído antes —dijo entonces, zanjando mis pensamientos.

—¿Por qué no me la has dado?

—Porque no me había dado tiempo de echarle un vistazo —dijo, de nuevo con un matiz distinto en su voz.

—¿Qué contiene?

—Será mejor que lo veas tú misma.

Me la tendió por encima del escritorio y reconocí el logotipo de una conocida inmobiliaria de la ciudad.

—¿Y esto?

—Échale un vistazo.

Su secretismo me extrañó. Le miré por última vez y me adentré en el despacho. Me acomodé en la silla y entonces la abrí.

La primera imagen me contrajo el estómago. Ante mis ojos aparecieron unos folios repletos de imágenes de un apartamento que solo podía describirse como precioso. Era luminoso, con paredes de obra vista y estancia diáfana. Los grandes ventanales estaban cubiertos con cortinas en tonos claros. En un lateral, bajo uno de estos, un par de sofás blancos frente a

una chimenea. Seguí pasando las páginas. La cocina, con mobiliario blanco, me dejó sin habla. Seguí pasándolas de forma precipitada, tratando de hacerme una primera idea. Estaba decorado con un gusto exquisito.

Llegué a la última y entonces comprendí de qué se trataba: estaba en alquiler. Junto a la oferta, un *post-it* con la inconfundible letra de Michael Spencer en el que solo se leía: “llámame si te ha gustado”.

No tardé ni un segundo en coger el teléfono y marcar su número por la línea interna.

—¿Qué te ha parecido? —respondió a modo de saludo, supuse que al identificar mi número en la pantalla.

—¿El cliente o lo que tengo ahora mismo en las manos?

—¿Tú qué crees?

—Michael...

—Antes de que digas nada, déjame explicártelo. Este apartamento es de un cliente, de los de confianza. Los inquilinos que tenía hasta ahora acababan de mudarse y va a ponerlo de nuevo en alquiler. Sin embargo, he pensado que quizá te gustaría verlo antes... Sarah, sé que voy a meterme donde no debo pero déjame preguntarte algo —hizo una leve pausa—. ¿Te has planteado hasta cuándo quieres seguir compartiendo piso? Sé que te encanta vivir en Brooklyn con las chicas... pero este año vas a cumplir los treinta y me gustaría hacerte un regalo especial.

Permanecí en silencio sin saber qué añadir.

—Sarah, he hablado con él y está dispuesto a dejártelo a un precio irrisorio; te aseguro que no encontrarás nada igual en todo Manhattan. Por lo menos, no para un apartamento de estas condiciones. Lo tienes en el documento que te he enviado. Además, está muy cerca de aquí, podrías venir andando si quisieras. Por favor, piénsatelo. Considéralo un regalo anticipado. Eres como una hija para mí y mi única niña. Sé que quieres mucho a las chicas, pero llegará un momento en el que tengáis que separaros... —de nuevo una pausa—. Tan solo te pido que te lo pienses, porque no sé si habrá otra oportunidad más adelante para conseguir algo así.

—De acuerdo, Michael —dije con voz trémula—. Deja que lo asimile primero. ¿Qué plazo tengo para darte una respuesta?

—Cuanto antes. Más que nada para que no siga buscando a otros posibles inquilinos. Como te digo, es un favor.

—Está bien. Gracias, Michael... De verdad.

—De nada.

Colgué y sentí que mi estómago se retorció y un nudo cerraba su entrada.

—Edward —llamé desde mi posición. Tardó unos segundos hasta que le vi asomarse por la puerta—. No me pases llamadas durante la próxima hora, por favor.

—De acuerdo.

—Gracias. Cierra la puerta al salir, por favor —dije, sin que sonara autoritario.

Necesitaba concederme un breve espacio para poder asimilar la noticia que me había caído como un jarro de agua fría. Volví a abrir la carpeta y esta vez contemplé todas las fotos con detalle, tomándome todo el tiempo que necesitara para ello. Era realmente precioso; la clase de apartamento en el que toda mujer soñaba vivir. Además, apenas tendría que cambiarle nada, me gustaba tal y como estaba. Tan solo tendría que darle un toque personal, nada más...

Me perdí en aquellas imágenes con tal intensidad que ya ni siquiera quedaba en mi recuerdo el destello del perfume de Anthony, que ahora había quedado relegado para dejar paso al que intuía, se convertiría en mi próximo gran quebradero de cabeza. Durante los últimos meses le había estado dando vueltas a la idea de mudarme. No quería pensarlo pero, de pronto, me veía con treinta años y todavía compartiendo piso con las chicas, como si continuáramos siendo universitarias. No quería separarme de ellas, ni tampoco dejar de verlas, pero en algún momento debíamos tomar la decisión y no seguir postergándola más. Con mi sueldo podía permitirme tener mi propio apartamento, y más todavía en las condiciones que me ofrecía

Michael. Temía preguntarle a cambio de qué le concedían ese favor pero, si algo me había enseñado mi trabajo era que, a veces, lo mejor era no hacer preguntas.

Durante mucho tiempo la vida en este despacho me había parecido demasiado intensa y tener a las chicas cerca, de algún modo siempre me hacía sentir viva. Cuando llegaba a casa, me permitía dejar en el armario los trajes de ejecutiva que debido a la estricta normativa de la empresa estaba obligada a vestir y entonces volvía a ser yo. Sin embargo, durante los últimos años, las cosas habían ido cambiando. Aunque yo todavía estuviera acostumbrándome a esos cambios. Cada vez eran más las horas que pasaba en el despacho y menos las ocasiones en las que podía pasarme por la escuela de danza a entrenar. Sobre todo durante este último año, en el que no había sacado nada bueno de ningún casting ni prueba. Al contrario. Era un fiasco tras otro, derrotas que todavía no estaba dispuesta a asumir. La mayoría de veces, la realidad de mi trabajo me absorbía y todo lo demás dejaba de existir. Llegaba mucho más tarde a casa y también veía menos a las chicas. No me disgustaba, me hacía sentir realizada, pero todavía tenía la inocente idea de que una parte de mí, la única que se había mantenido fiel a su sueño desde la infancia, todavía me definía. Siempre había querido ser bailarina, siempre lo había canalizado todo a través de la danza y ahora que llevaba días sin bailar por culpa de la rodilla... me estaba dando cuenta de que en realidad, el resto de mi vida seguía igual.

Y eso me dolía todavía más.

Volví a mirar las fotos y por un momento me permití cerrar los ojos e imaginarme viviendo ahí. Podía verme a la perfección paseando por ese espacio, leyendo cualquier novela arrellanada en uno de esos sofás, bajo la luz que se filtraba a través de las enormes cortinas. Podía imaginarme también preparando café y dejando que el aroma se adueñara de la estancia. Incluso, podía imaginar cómo quedaría una de las habitaciones si la convirtiera en mi pequeño estudio de danza. El único lugar en el que permitirme seguir siendo yo. La Sarah que jamás se rendiría. La auténtica Sarah.

Sentí la presión en la garganta. No podía negar mis propios

sentimientos... y estos deseaban vivir en ese apartamento. Había vivido en Brooklyn gran parte de mi vida, pero el resto de esta estaba en Manhattan. Y siempre me había imaginado ahí en un futuro.

El rostro de Elle se apoderó de mi mente y sentí un ligero mareo. Lorie estaría bien. Era madura, responsable y aunque con los hombres nadie pudiera hacerla entrar en razón, sabía que lo entendería y que, sobre todo, me apoyaría. Elle, en cambio... Suspiré. Elle me necesitaba. Y yo a ella también... aunque de un modo distinto. Elle era como mi hermana. Mi hermana pequeña. Necesitaba asegurarme de que encauzaba su vida, de que la afrontaba con valentía. Era inteligente y muy buena en lo suyo pero todavía no se había dado cuenta. Y yo, en parte me sentía responsable de ella. Seguía contando conmigo para todo, como si necesitara que alguien le diera algún tipo de permiso o supervisara sus decisiones. Aunque no lo pidiera abiertamente.

Un pequeño arrebato de rabia me arrolló cuando mis ojos se desviaron de nuevo hacia una de las imágenes. Deslice los dedos sobre las finas líneas. No podía condicionar mi decisión a sus sentimientos. Sé que si aceptaba la oferta y me mudaba, Elle lo pasaría fatal. Y yo también lo haría, la echaría muchísimo de menos, a las dos. Pero ella...

Mi respiración se agitó y entonces, una única idea fue la que tomó el control de mis pensamientos. Ella sabría qué hacer. Así pues, cogí el teléfono, marqué su número y esperé a que tuviera unos minutos para poder hablarlo tranquilamente y sobre todo, conocer su punto de vista.

Tras un par de tonos, su voz me llegó desde el otro lado de la línea.

—¿Tienes diez minutos? Necesito hablar contigo.

# **CAPÍTULO 11**

## Lorie.

Miré a mi alrededor. Llevaba un buen rato comprobando los números y encargos de la semana mientras que Kate le hacía unas mechas a una clienta.

—Sí, claro, dime.

—Necesito hablar contigo de algo muy importante.

—¿Conmigo?

—Sí, ¿por qué te extraña?

Tardé unos instantes en responder.

—No... nada, nada. Espera, dame un segundo.

Salí de la recepción y me dirigí hacia el pequeño cuartito que usaba de almacén, en el que había un sillón donde me sentaba a descansar cuando las piernas comenzaban a resentirse después de tantas horas en pie.

—Kate —dije, apartando el teléfono de mi cara—. Voy dentro. Cualquier cosa, avísame.

—Claro —respondió, mirándome a través del espejo sin que sus manos de detuvieran ni un segundo.

Cerré la puerta corredera cuando estuve dentro.

—¿Sucede algo?

—Esto... ¿prometes que no le dirás a Elle nada de lo que voy a contarte?

Algo en mi interior se removió inquieto.

—Te doy mi palabra.

—Lorie... estoy hecha un verdadero lío... —añadió en una especie de sollozo contenido—. Me han ofrecido un apartamento en Manhattan a un

precio tan ridículo que declinar supondría una verdadera estupidez.

Sentí un fuerte pinchazo a la altura del abdomen y tuve que hacer esfuerzos por disimularlo.

—Oh... —pude responder únicamente mientras sentía que mi cerebro funcionaba demasiado deprisa.

—No sé qué hacer...

—No sabía que quisieras mudarte —me atreví a añadir al fin.

—¡No! Yo tampoco... Es decir, no lo estaba buscando. Te lo juro. Ha sido casualidad. El apartamento es de uno de nuestros clientes, un conocido del socio de mi padre —prosiguió—. Sus inquilinos se han marchado y ha llegado a una especie de pacto con él. Me lo ofrece como regalo anticipado por mis treinta.

—Ah...

—Lorie... —suplicó.

—¿Qué?

—Necesito tu ayuda, de verdad.

—Sarah, déjame procesar lo que me estás diciendo... por lo menos durante unos segundos.

—Ya, lo sé... ¡Lo siento! Es que estoy verdaderamente hecha un lío. Todo esto es demasiado precipitado.

—Pero, a ver, ¿tú quieres mudarte?

—Sí... No... Sí... ¡No lo sé!

Se detuvo en seco. Cogí aire y respiré profundo. Apoyé la cabeza en el respaldo, cerré los ojos y me llevé los dedos hacia el puente de la nariz, donde presioné ligeramente.

—¿Desde cuándo llevas pensando en mudarte? —dije al fin, ahora segura de que no era la primera vez que lo hacía.

—Lorie... yo...

—Sarah, dime la verdad. No pasa nada.

—Desde hace tiempo... Es decir, creo que lo que hemos vivido juntas es maravilloso pero... Vamos a cumplir treinta... ¡Treinta, Lorie!

—Joder, no lo repitas más.

—Me refiero a que, no sé, me imaginaba que a esta edad ya tendría mi propio apartamento. Lo he pensado durante mucho tiempo, le he dado vueltas al tema pero hasta hoy, quizá no me lo había planteado de verdad. Lorie... no podremos seguir viviendo juntas siempre. ¿Tú también lo piensas, verdad?

De nuevo, el pinchazo me atravesó. Sentí miedo, verdadero pavor. Pero Sarah me necesitaba y en ese momento ella era lo más importante.

—¿Qué hago? —imploró y supe que estaba al borde de las lágrimas.

—¿Has ido a ver el apartamento?

—No... ¿me acompañarías?

Contuve un suspiro.

—Claro.

—No sabes cuánto te lo agradezco, Lorie —continuó. No me hacía falta tenerla delante para saber que sus palabras eran sinceras—. Por favor... no se lo digas a Elle.

—Descuida.

—Debo dejarte, tengo muchísimo trabajo. Te veo en casa. Eres la mejor, Lorie.

Me despedí de ella con una sensación agridulce. Aquella era la noticia que menos me esperaba y todavía, incluso pasados unos segundos, seguía sin saber muy bien cómo reaccionar. Sarah quería irse. Y si Sarah se iba, todo se vendría abajo. Sentí miedo. Por Elle, por cómo se lo tomaría y también por cómo me afectaría eso a mí. Que no se lo hubiera contado y me

hubiera llamado a mí no era sencillamente porque creía que podía hablar conmigo, era porque a Sarah le aterraba tener que separarse de Elle y lo que esta pudiera sentir al respecto. Lo que había entre las dos era demasiado íntimo, irrompible, y yo, de repente, me sentía en medio de la nada.

Mi respiración se agitó y sentí una pequeña oleada de rabia ante la situación. Dejé que por un momento la envidia me poseyera para luego fustigarme y repetirme que era una mala amiga y que por eso, lo que había entre ellas era mucho más especial que lo que yo pudiera llegar a tener con ninguna de las dos. Ellas no se envidiaban. Se comprendían, se ayudaban y se apoyaban en todo. ¿En qué lugar me dejaba eso a mí?

Sin saber cómo, más por pura necesidad que por cualquier otro motivo, cogí una libreta que había en una de las estanterías y un bolígrafo que encontré por ahí encima y me concentré en escribir todo lo que sentía en ese momento, sin censura de ningún tipo.

Al terminar, sin saber el tiempo que me había llevado, me sentía mucho mejor. Pero no me atreví a leer lo que había escrito porque me avergonzaba de la dirección que habían tomado mis propios pensamientos. Así pues, arranqué el folio de la libreta, ahora con la respiración de nuevo acompañada, y lo hice trizas antes de tirarlo a la basura.

Cogí de nuevo el teléfono móvil, busqué el número de la consulta de la doctora Olsen y llamé, con la esperanza de que pudiera hacerme algún hueco para ese mismo día, por breve que fuera. Necesitaba hablar con ella.

Era la primera vez que dejaba a Kate al cargo de la peluquería, pero la doctora solo tenía un hueco entre dos pacientes a las cuatro y media y me vi en la tesitura de tener que esperar unos días o jugármela y que Kate asumiera el mando durante una hora. Comprobé las reservas y vi que el ajetreo empezaría a las seis y que hasta entonces, solo vendrían dos clientas. Podría encargarse.

—Si necesitas cualquier cosa, llevaré el teléfono en la mano todo el rato, ¿vale? Llámame sin falta.

—No te preocupes, Caroline, estaré bien.

—Gracias, cielo.

Llegué al edificio en el que estaba situada la consulta en unos diez minutos. Apenas tuve que atravesar unas pocas manzanas. Recorrí la calle con las manos en los bolsillos y medio rostro escondido tras una mullida y cálida bufanda. Seguía haciendo muchísimo frío.

Cuando entré el calor me abrazó reconfortante.

—Buenas tardes, Caroline. ¿Estás bien? —dijo sin andarse con demasiados rodeos—. Tu llamada precipitada me ha asustado un poco.

—Hola, doctora Olsen. Estoy bien, descuide... Es solo que necesitaba hablar con usted.

—Claro, siéntate pues. Me sabe mal pero no puedo concederte más de media hora.

—No se preocupe —continué, agradeciéndolo con un gesto de la mano. Me senté en el sillón de siempre tras quitarme el abrigo y lo dejé sobre mis piernas, junto al bolso también—. El caso es que...

No sabía ni por dónde empezar.

—¿Ha pasado algo en el trabajo? —trató de ayudarme.

—No... No, no. Es sobre nostras... Sobre Sarah.

—¿Qué sucede?

—Le han ofrecido un apartamento en Manhattan.

Esta vez no contestó sino que me dejó continuar con la explicación, a la que tuve que poner un poco de orden.

—Por lo visto, hace tiempo que Sarah tiene en mente la idea de mudarse... aunque no nos lo había comentado antes. Y ahora le ha surgido una oportunidad única y está hecha un verdadero lío. Antes me ha llamado y...

—Lorie —me cortó con suavidad—. Eres consciente de que esta

decisión, tarde o temprano, tendréis que tomarla, ¿no?

—¡Sí! Sí, claro... por supuesto.

—¿Entonces?

—Es solo que... ¿por qué me lo ha contado a mí?

—¿Por qué no debería hacerlo? Eres su amiga.

—Ya, bueno... pero... Es que yo no sé cómo ayudarla. Le he prometido que iría con ella a ver el apartamento pero... ¿qué podría hacer yo? Es Sarah, si ella no sabe qué hacer, ¿cómo voy a saberlo yo?

—Lorie, hace tiempo que habías dejado atrás todo ese tipo de pensamientos.

—Sí, ya... ¡lo sé!

Comencé a temblar presa de la excitación y en un gesto nervioso me aferré a la cinta del bolso para concentrar mis dedos en otra tarea y así volver a relajarme.

—¿Por qué no me dices qué te sucede realmente? Por feo, mezquino o egoísta que pueda parecerse.

Giré el rostro. Esconderme de ella era absurdo, me conocía desde hacía años y a pesar de que durante mucho tiempo todo había parecido remitir, las emociones ahora afloraban en mí de un modo que no me resultaba desconocido.

—Es que... me duele que su única preocupación fuera que Elle no se enterara para no hacerle daño. Cuando me lo ha dicho, por un momento he sentido vértigo. ¿Acaso piensa realmente que a mí no me duele que nos deje? ¿Tan invisible soy yo para ellas?

Sus ojos me escrutaron durante unos instantes en los que me mantuve en silencio, conteniendo las emociones con notables esfuerzos. Mi respiración volvía a agitarse y tenía el pulso acelerado. Si Sarah se iba, todo cambiaría. Y a pesar de que llevara tiempo siendo consciente de que este día iba a llegar... Verme de repente frente al abismo me hizo sentir miedo e

inseguridad.

—Caroline, ¿no se te ha ocurrido pensar que quizá te haya llamado a ti porque necesitaba hablar contigo y no con Danielle? Eres madura, tienes la cabeza sobre los hombros y llevas las riendas de tu vida con admirable sensatez. Quizá Sarah y Elle tengan una relación más íntima, según lo que dices, pero tal vez lo que Sarah necesita ahora es consejo y no emociones. ¿Por qué no te limitas a tratar de entenderla y ayudarla? Solo así le demostrarás realmente quién eres de verdad y por qué os necesitáis tanto la una en la vida de la otra.

Por primera vez desde la llamada de Sarah respiré. Como si hasta ese momento lo hubiera estado haciendo bajo mínimos, tan solo llevando a mis pulmones el oxígeno necesario para continuar consciente. La doctora tenía razón. Sarah me había llamado a mí, me había pedido consejo y me había pedido que la acompañara. A mí. No a Elle.

Yo también formaba parte del equipo.

Tan solo tenía que aprender a recordármelo cuando pareciera haberlo olvidado.

# **CAPÍTULO 12**

## Elle.

Crucé el vestíbulo cuando el olor a palomitas comenzaba a esparcirse por él. Faltaba una hora para que comenzara la primera sesión de la tarde y todos se preparaban en sus respectivos puestos. Giré y me dirigí al pasillo que llevaba a los vestuarios justo cuando alguien me llamó la atención.

—¡Tss, tsss!

Di la vuelta y volví a asomar la cabeza por un lado. A lo lejos, Olly, con la visera de la gorra hacia atrás y el chaleco del uniforme a medio abotonar, me observaba sonriente.

—Ryan Reynolds —dijo, justo antes de lanzar la siguiente pregunta—. ¿Blake Lively o Scarlett Johansson?

Exhalé un visible y sonoro suspiro adoptando una actitud melodramática.

—Por favor... Obviamente Blake Lively. Es feminidad en estado puro. Y su papel en *Gossip Girl* me encantaba. Gana por goleada.

Le vi sonreír por el rabillo del ojo justo antes de dar un nuevo paso y desaparecer por el pasillo hacia los vestuarios. Llevábamos jugando a ese mismo juego desde hacía mucho tiempo, años incluso. Las reglas eran sencillas. Se proponía a un actor o actriz, a dos de sus cónyuges —o bien, al cónyuge actual y aquel con el que hubiera hecho buena pareja a nuestro parecer— y el otro tenía que decidir con quién hacía mejor pareja. Lo más curioso de todo era la gran cantidad de veces que disentíamos. Nuestros gustos no podían ser más dispares en ese sentido.

Me puse el horrible uniforme y guardé en la taquilla la ropa con la que había venido. Me colgué la cinta con la tarjeta de identificación y la llave del cuello y salí de nuevo en dirección a las taquillas antes de que pasaran un par de minutos más y el estúpido de James se encargara de anotarlo como falta por impuntualidad.

—¿Novedades? —preguntó Olly desde detrás de la barra del bar.

—A no ser que quieras contarme algo... ¡Ninguna!

Le escuché reír desde ahí.

—¡Ya te dije que no iba a resultarte tan fácil!

Pasé la tarjeta por el lector, abrí la puerta y me colé en el interior tan solo unos segundos antes de que el reloj digital marcara las cinco de la tarde. Estaba salvada.

Me senté en mi sitio y encendí el ordenador. Mientras la configuración arrancaba, pensé en lo lejos que quedaban aquellos días en los que solía llegar pronto al trabajo y salir más tarde de lo debido. No me importaba, aunque el cómputo de todos aquellos minutos que al final de mes solía hacer de más nunca se viera reflejado en mi nómina. No era un trabajo en el que me imaginara dentro de algunos años, pero me sentía cómoda y cuando mi jefe —el anterior a James— me pedía cualquier favor, siempre estaba encantada de echarle una mano con lo que fuera. Al fin y al cabo, él siempre respondía de igual modo cuando eras tú el que necesitabas cualquier cosa.

Sin embargo, cuando James ocupó su puesto actual todo comenzó a cambiar. Cambiaron las normas, los ánimos y también los trabajadores. La gente comenzó a hartarse y a desaparecer con la primera oportunidad que les surgía, aunque esa no fuera definitiva. Lo malo era que, por lo visto, todavía no había llegado la mía. Sí, tenía un empleo a media jornada en una conocida empresa de publicidad y adoraba ese trabajo. Me encantaba; allí me sentía realizada y me pasaban las horas en un suspiro. Pero con ese sueldo no podía cubrir todos los gastos, y mucho menos todavía si pretendía cenar fuera alguna noche a lo largo del mes.

Traté de recordar en qué momento comencé a detestar este trabajo en el cine y lo único que saqué en claro era el hecho de que si seguía ahí, era solo por culpa de los gastos que estrangulaban a mi cuenta bancaria... y por Olly. Él era el único que le daba un toque de color al sobrio y austero gris aplomado de las paredes. Ni siquiera los pósteres de los mayores estrenos de la historia conseguían darle una imagen de sofisticación. O quizás aquello

solo me lo pareciera a mí.

Vi acercarse a los primeros clientes. Ella, ataviada con un largo abrigo marrón y un elegante sombrero de color beige, caminaba cogida de la mano de un chico joven, de unos veintipocos quizá. Llevaba una gabardina también larga y bajo esta, un traje oscuro que sin duda le hacía parecer más mayor de lo que debía ser.

—Buenas tardes —saludó ella tras detenerse frente al cristal de la taquilla.

—Buenas tardes.

—Dos entradas para la sala dos, por favor.

—Claro.

Tecléé su petición. Mientras tanto, la chica sacó el monedero y me tendió por la rendija un billete. Sin querer parecer cotilla, les observé con disimulo mientras se imprimían las dos entradas.

—Yo pago el cine y tú la cena...Y el postre...

Se fundieron en una peligrosa sonrisa sin llegar a terminar la frase; aquello era el preludio de una noche de sexo que intuía desenfrenado y sucio. Pero en el buen sentido. Acto seguido, el chico se acercó, puso la mano en su nuca y la besó con pasión y poco recato. Estaba sediento de ella. Me atrevería a afirmar que no debían de llevar más que unos pocos días —tal vez meses— saliendo juntos. Esa complicidad inicial, esas sonrisas bulliciosas y ese estado de excitación permanente acababan desapareciendo con el paso del tiempo.

La chica, que no era consciente de que les estaba espiando —o tal vez le daba igual— se giró de nuevo hacia mí y cogió el cambio y las dos entradas que le tendí a través de la ventanilla.

—Que pasen una bonita velada —dije, más por costumbre que por deseo real.

Sonrieron y se adentraron en el vestíbulo, todavía cogidos de la mano.

Tras ellos continuaron llegando clientes y aunque fui atendiéndoles uno por uno, no logré sacarme la imagen de los dos tortolitos de la cabeza durante el resto de la tarde. No sé si me afectó su entrega, el sexo que centelleaba en sus ojos o bien, el tiempo que hacía que nadie me miraba a mí así —o que yo deseaba a alguien con semejante fulgor—. Pero lo cierto es que lograron hacerme sentir inquieta.

—¿Otra vez en las nubes, Wright?

Odiaba su voz y su impertinente modo de dirigirse a mí por el apellido. Y él lo sabía.

—No estaba en las nubes, James. ¿Qué necesitas? —respondí en tono cansino.

—No te pago para que pases la tarde pensando en el modelito que vas a lucir la noche del sábado.

—Nadie está pensando en la noche del sábado, James —respondí, haciendo grandes esfuerzos por contenerme—. ¿Qué pretendes que haga mientras espero a que lleguen más clientes? No puedo abandonar la taquilla.

—Limpia, ordena, no sé, gánate el sueldo.

—James, cuidado con las líneas que traspasas —amenacé antes de que siguiera jugando con fuego y sus palabras adquirieran un tono discriminatorio—. Mi trabajo es atender al cliente. No lo olvides.

—Tu trabajo es el que yo te diga, para eso soy yo el que está al mando.

Cerré los puños con fuerza y los apreté hasta que estos se tornaron blancos. Si despegaba los labios y le respondía todo lo que me gustaría decirle, no haría falta que regresara al trabajo. Era un imbécil, un inepto, un prepotente y un ser despreciable que no tenía ni la más remota idea de estar al cargo de un equipo de trabajo. Ese puesto se lo merecía Olly, tenía que haberlo ocupado él y no James... Pero, por lo visto, ser el sobrino del director te confería ciertas prerrogativas, aunque fueras el ser más abominable e incompetente en toda la faz de la tierra.

Decidí obviar su evidente provocación. Debía estar aburrido y buscaba alguna distracción. Y yo siempre había formado parte de su diversión particular. Pero no iba a concedérsela. Mi orgullo estaba por encima de eso. Así pues, me giré de nuevo y desvié la vista hacia la calle antes de inspirar con fuerza. Las manos habían comenzado a temblarme y no quería darle el placer de saber que, por lo menos en parte, estaba ganando. Me ponía de los nervios. Cogí aire de forma disimulada y lo contuve contando hasta cinco. Luego comencé a expulsarlo, consciente de que seguía a mis espaldas y vi mi salvación cuando otra pareja se acercó hacia la ventanilla.

Me incomodaba que hiciera eso, que se quedara ahí controlando mi trabajo, cómo atendía, como si tuviera que dar su visto bueno. Llevaba diez jodidos años haciendo lo mismo, ¿qué le hacía pensar a esas alturas que no sabía hacerlo? Sin embargo, ese no era el motivo principal, tan solo quería molestarte, demostrar su superioridad y abofetearme la cara con ella.

—No les has ofrecido el servicio de bar.

—Son clientes habituales, James —respondí condescendiente—, saben perfectamente el precio de los menús de palomitas y dónde encontrarlos.

—Pero tu trabajo es recordárselo y ofrecérselo.

Me giré de forma brusca sobre la silla.

—¿Qué es lo que quieres?! —exclamé, esta vez comenzando a perder los estribos.

Apoyado en el marco de la puerta, cruzó los brazos sobre el pecho y mostró su afilada sonrisa. Su rostro, cuando hacía eso, adoptaba un rictus de serpiente. Volví a sentir el temblor de las manos.

—Que hagas tu trabajo si quieres cobrar por él —siseó a modo de amenaza. Lo peor de todo era que se estaba divirtiendo.

Me sentí humillada. Una vez más. Humillada por permitir que alguien me tratara de ese modo, sobre todo cuando estaba haciendo bien mi trabajo. Pero también por darme cuenta de que un maldito crío se permitía el

lujo de despreciarme de ese modo cuando además, ni siquiera podría sacar provecho de ello. No era el trabajo de mi vida, no conseguiría nada ni siquiera aguantando sus constantes ataques y aun así, se lo permitía. Y eso todavía me hacía sentir peor.

Me levanté de golpe y atravesé la puerta furiosa sin decirle nada.

—¿Dónde te crees que vas?! —exclamó sin moverse de su posición.

Me giré hacia él y le dediqué una mirada que dejaba clara mi respuesta. Supuse que esta fue lo suficientemente contundente cuando, a pesar de abandonar mi puesto, no volvió a atacarme. Estaba enfurecida con él, con el mundo y sobre todo conmigo misma. Me encerré en el baño del vestuario y cerré el pestillo. Si alguna de las chicas quería entrar tendría que esperar. Necesitaba unos minutos para mí y lo necesitaba con desesperada urgencia.

# **CAPÍTULO 13**

## Sarah.

Di por terminada la jornada cuando el dolor de cabeza comenzó a resultarme tan insoportable como imposible de obviar. Me recosté en el respaldo y alcé la mirada hasta perder la vista en el techo. Inspiré de forma pausada y luego expiré unas cuantas veces.

Miré el reloj de pulsera, eran casi las siete y llevaba once horas trabajando, salvo por el breve instante en el que bajé a comer algo antes de seguir inmersa en todo el arsenal de tareas pendientes.

—¿Sarah?

Miré hacia la puerta. Como siempre, Edward aguardaba ahí, complaciente.

—Dios, Edward, hace rato que deberías haberte marchado.

—No importa... —dijo, llevándose una mano hacia la nuca. Se había arremangado ligeramente los puños de la camisa y lucía un elegante reloj en la muñeca que ahora tenía a la vista—. Estaba poniendo en orden unos documentos —mintió, aunque no quise rebatir su excusa. Eran ya demasiadas las ocasiones en las que si yo me quedaba más horas, él también solía hacerlo a no ser que le obligara expresamente a abandonar su mesa. Y jamás pedía que se le pagaran esas horas aunque yo siempre solía encontrar la forma de compensárselo más adelante.

—Vete a casa, anda. Es muy tarde.

—¿Estás segura?

—Sí. De hecho, yo también me voy. Ya no puedo más.

—¿Estás bien?

—Sí... —Me puse en pie, metí la silla hacia dentro y apagué el ordenador. Anduve a paso lento hacia el pequeño armario que tenía en un extremo y del interior saqué una bolsa de tela en la que tenía todo lo

necesario para pasar por la academia de baile.

Cuando salí del despacho Edward ya se estaba poniendo la americana. Su mesa, como siempre, lucía impoluta y ordenada de forma estricta y rigurosa. Sonreí sin poder evitarlo.

—¿Puedo bajar contigo?

—Claro, vamos. Como sigas acumulando horas al final tendré que darte una semana entera libre.

—No me importa, Sarah, de verdad.

Recorrimos el uno al lado del otro el amplio y largo corredor.

—¿Qué harás hoy? —dije para sacar algún tema que no tuviera nada que ver con el trabajo.

—¿Hoy? —Le vi titubear—. Pues... supongo que llegaré a casa, me cambiaré y saldré a correr. ¿Y tú? Vas a pasarte por la academia, ¿no? —respondió, señalando con la cabeza hacia la bolsa que llevaba en una mano mientras tiraba del cuello de la camisa para encajar bien la americana y que todo quedara en su sitio.

—Sí... Hace días que no puedo ir. Entre el dolor de rodilla y que estoy trabajando muchas más horas últimamente me ha resultado imposible acercarme y te juro que lo necesito.

Pulsó el botón del ascensor cuando nos detuvimos frente a una de las grandes puertas metálicas y me apoyé contra la pared. Me dolían las piernas por culpa de los tacones pero ni siquiera eso iba a hacerme desistir.

—Me gustaría verte bailar un día.

Eso sí que no me lo esperaba.

Giró el rostro tratando de evitar que yo descubriera su turbación y sonreí. Tal vez pudiera sonar egoísta, pero Edward conseguía subirme el ánimo sin ser siquiera consciente de ello. Se sentía atraído por mí desde el primer día y su admirable contención y capacidad para separar lo que sentía por mí de su trabajo era algo que no dejaba de sorprenderme día tras día, pues

estaba segura de que yo no lo hubiera resistido de haber estado en su posición y habría acabado cometiendo una solemne estupidez o bien, dejando mi trabajo. En cambio, él no. Jamás se había propasado. De hecho, estaba segura de que esta era la primera vez que daba un paso más largo de la cuenta y ni siquiera eso me molestó.

—Hace tiempo que no actúo en ninguna función con público.

—Es una lástima...

La puerta metálica se abrió, alargó un brazo en un gesto caballeroso y me cedió el paso con educación para entrar tras de mí.

—¿Te gusta realmente la danza?

Me contempló antes de responder.

—¿Y a quién no?

—A mucha gente —solté una pequeña carcajada.

—Sería absurdo que no me gustara... En fin, un montón de mujeres en maillot, medias y haciendo alarde de una elasticidad y sensualidad insólita... Muy mal tendría que estar para que no me gustara.

Lo miré de hito en hito. Fue entonces cuando me di cuenta de que ni siquiera él era consciente de lo que acababa de decir en voz alta. De pronto, su rostro pasó por todos los colores posibles y su rictus se fue deformando hasta el punto en el que ya no sabía cómo recobrar la compostura.

—Oh... Lo siento, Sarah... No quería decir esto... Tú... El baile... me refería a que... ¡Demonios, lo siento! Eres mi jefa, no debí...

No pude aguantar más y esta vez estallé en una sonora carcajada. Me entraron ganas incluso de abrazarle y asegurarle que no me había molestado y si no fuera por lo inadecuado que eso podría llegar a resultar, juro que lo hubiera hecho.

—Edward, déjalo ya —dije, mientras él seguía disculpándose una y otra vez—. De veras, no pasa nada.

—Sarah... yo...

—Te digo que lo dejes, ¿vale?

Se mordió el labio y enarcó una ceja en una mueca que hizo aflorar toda mi ternura. Tal vez si tuviera unos años más... Deseché ese pensamiento tan rápido como acudió a mi cabeza, seguimos andando y cruzamos la gran puerta de cristal del edificio. Nos detuvimos un momento en el exterior, instante que aproveché para enrollarme la bufanda al cuello ya que el cambio de temperatura era notable.

—Nos vemos mañana, Edward. Que vaya bien la carrera.

Se despidió únicamente con un gesto de cabeza, todavía avergonzado. Sin embargo, cuando se encontraba ya a unos pocos metros de distancia, me giré y dejándome llevar por una pequeña y malvada parte de mí, volví a llamar su atención.

—¡Edward! —Esperé a que se girara—. Iba a invitarte a uno de los entrenos si realmente te gustaba la danza pero después de esto...

De nuevo, un tono carmín invadió su rostro y no pude ahogar una carcajada.

—¡Es broma! —seguí sin poder dejar de reír hasta que empecé a sentirme un poco mezquina—. Si te gusta... puedes venir algún día. Y ahora te lo digo con total sinceridad.

Me hizo que sí con la cabeza y volvió a girarse antes de dejarme ver que seguía igual de turbado. Mañana iba a evitarme durante todo el día, estaba segura. Me lo tenía merecido.

A lo lejos divisé uno de los coches de la empresa que teníamos a disposición tanto mi padre como Eric y yo, así como también los Spencer, y me acerqué a él. Abrí la puerta trasera y me colé en el interior.

—Buenas tardes, señorita Vaus. ¿A la academia o a casa?

—A la academia, por favor.

Robert pisó el acelerador e inició el recorrido que ya conocía de memoria. Era un buen chófer y siempre me había sentido cómoda en su compañía. Por ello, hablé con mi padre y conseguí que me lo asignaran a mí

personalmente.

Robert era de origen afroamericano y debía medir por lo menos un metro noventa. Su gran corpulencia intimidaba, pero yo sabía que en realidad era un hombre dulce y bonachón.

—Rob.

—Dígame.

—¿Tú crees que es mezquino meterte con tu ayudante?

Me miró a través del espejo retrovisor durante una décima de segundo antes de volver a fijar la vista en la calzada.

—¿Ha sido despectiva con él?

—¡No! Yo jamás haría eso.

—¿Entonces?

—Tan solo jugaba con él. Bromeaba... ya sabes.

—En ese caso, no veo por qué debería de sentirse mal —respondió con una sonrisa en los labios.

Robert debía de tener unos treinta y cinco años y desde que empezó a trabajar para nosotros, siempre se había mostrado educado y cortés. Conmigo era con la única persona con la que se permitía dejarse un poco y ser más él mismo. Y con el tiempo, descubrí que ese hombre era un diamante en bruto.

—¿Y si te dijera que le he sacado los colores?

—No debería usted aprovecharse de sus sentimientos...

—No lo he hecho —añadí, sin poder dejar de sonreír cada vez que recordaba el rostro de Edward teñido de un tono carmesí—. Es solo que... Es tan bueno siempre que verle por primera vez en esa encrucijada me ha resultado realmente gracioso.

Detuvo el coche en la esquina con Broadway, donde estaba situada la prestigiosa academia de baile en la que llevaba años inscrita. Cogí todas mis cosas y bajé del vehículo. A continuación, volví a asomar la cabeza y llamé la

atención de Robert una vez más.

—¿Podrías estar aquí a las nueve?

—Por supuesto.

—¡Gracias!

Recorrí a toda prisa los pocos metros que me separaban de la academia, empujé la puerta y entré. Desde el fondo llegaban las notas de diferentes melodías, procedentes de las distintas salas de baile en las que en ese instante se estaban realizando las clases.

—Buenas tardes, Sarah —saludó Lisa, la de recepción.

—Hola, cielo. ¿Ya están dentro?

—Sí...

—Oh... rayos. Gracias.

Crucé el largo pasillo repleto de cuadros con algunas de las actuaciones realizadas en distintos teatros en los que la escuela había estado implicada. Muchos de los mejores bailarines de fama internacional habían salido de esas aulas y yo todavía era de aquellas que se aferraba a la esperanza de que todavía existía una oportunidad para mí.

Entré en los vestuarios, me cambié de ropa tan rápido como pude y guardé el traje bien colgado en una percha que tenía en el interior de la taquilla. Cogí la toalla, me puse los calentadores y cogí la botella de agua antes de cerrar el pequeño armario con un candado y salir corriendo hacia la clase.

Todos estaban en marcha ejecutando una estudiada coreografía a la perfección. Entré y cerré la puerta sin hacer ruido. Sophie, la coreógrafa y mi instructora, me miró desde la distancia y sin decirme nada, me señaló hacia la barra que había situada en un lateral para que comenzara a calentarse.

Cuando hubieron pasado unos minutos y mis músculos ya estaban preparados, me dirigí hacia mis compañeros y me coloqué detrás para incorporarme.

Había practicado aquella coreografía alguna vez pero ahora llevaba demasiados días sin poder acudir a clase y habían avanzado de forma notable. Salté con ellos, giré cuando lo hacían pero manteniéndome todo el rato unos pasos por detrás. Jadeaba y me sentía exhausta. Alcé la cabeza y me topé con la acusadora mirada de Sophie, nada contenta. Pero no me detuve, sino todo lo contrario. Me concentré en los pasos de los chicos y seguí bailando con ellos al son de la melodía que tronaba a través de los altavoces.

—¡Vaus! —gritó Sophie—. ¡Te estás quedando atrás!

Cogí aire y repetí el movimiento intentando con todas mis fuerzas sincronizar mis pasos con los de todos ellos. Uno, dos, tres, cuatro... Me los sabía y trataba de llevarlos a cabo.

—¡Vaus! —volvió a llamarme—. ¡Al ritmo! ¡Vas fuera de tiempo!

Cerré los ojos, arqueé los brazos y me balanceé. Venía el salto. Giré, tensé el pie hacia atrás, ondeé mi cuerpo y cogí impulso. Una vuelta, dos, tres y...

—¡¡Joder!!

La rodilla me falló y no pude soportar el peso de mi cuerpo tras el último giro. Sophie pausó la música y los altavoces dejaron de sonar. Mis compañeros se detuvieron también y se giraron hacia mí mientras que yo traté de levantarme rápidamente.

—¿Estás bien, Sarah? —dijo Sophie, esta vez llamándome por mi nombre.

—Sí... —mascullé—. Sí, sí... ha sido la rodilla... Lleva unos días resistiéndose... Estoy bien.

Me contemplaba con la preocupación en el rostro. Pero no iba a rendirme. Saqué las manos de mi rodilla e hice el intento de ponerme en pie pero esta volvió a fallar.

—¡¡Maldita sea!!

—Sarah, cielo... —dijo, esta vez agachándose a mi lado—. Será mejor que lo dejes por hoy.

Evité su mirada.

—Ve a cambiarte y haz reposo unos días... Asegúrate de que la rodilla está bien antes de volver, ¿de acuerdo?

Asentí en completo silencio mientras contenía las lágrimas de impotencia y dolor con todas mis fuerzas.

Con su ayuda, me puse en pie y me dirigí hacia el vestuario tras coger mis pertenencias. Una vez dentro, me metí en uno de los cubículos y agradecí que no hubiera nadie más ahí dentro. Mis lágrimas se mezclaron con el agua que caía en cascada y dejé que estas siguieran su curso para después, recuperar la compostura y dejar atrás lo sucedido.

Me masajeeé el pelo y luego llevé las manos hacia la rodilla, donde masajeeé también aprovechando la espuma del gel de ducha. Estaba ligeramente inflamada y había venido en tacones. Todo perfecto.

Cuando salí, antes de cambiarme, envié un mensaje a Robert por si podía venir antes de tiempo. Sin embargo, me desmoroné cuando me respondió que iba a resultarle imposible puesto que se hallaba en la otra punta de la ciudad. Le dije que no importaba y que nos veríamos al día siguiente.

Me senté y barajé las opciones. Podía coger un taxi o bien el transporte público, pero lo cierto es que no me sentía con fuerzas para ninguna de las dos opciones. Y mis dedos, como si lo supieran, recorrieron la agenda del teléfono hasta que se detuvieron frente a un número. La última persona a la que había visto antes de dirigirme hacia la academia.

No lo pensé. Tan solo actué.

—¿Sarah? —Su voz respondió tras el cuarto pitido.

—Edward...

—Sarah, ¿pasa algo? ¿Estás bien? —Su voz denotaba alarma.

—No... bueno, sí... ¿Estás ocupado?

—Iba a salir, pero no importa. Dime.

—Esto... —Me mordí la uña del dedo índice con nerviosismo—. ¿Te

iría muy mal recogerme en la academia?

—Salgo ahora mismo. Mándame la ubicación por *WhatsApp*. —  
Escuché el movimiento apresurado a través del altavoz del teléfono.

—Gracias.

# **CAPÍTULO 14**

## Sarah.

Cuando me hallaba con el secador de pelo en la mano, la puerta del vestuario se abrió y Sophie apareció. Con lentitud, lo dejé sobre la repisa y me giré hacia ella. Me había vuelto a vestir y mientras la veía acercarse, me coloqué los pendientes.

—Sarah... Me temo que tenemos que hablar.

Sin embargo, yo no quería hacerlo. No quería que me dijera lo que ya sabía, lo que más temía desde hacía tiempo. Sophie colocó sus manos sobre las mías, unidas a la altura de mi abdomen, y llevó la otra hacia mi barbilla, antes de mirarme con verdadera adoración. Estaba a punto de derrumbarme y no podía permitírmelo.

—Ven... —La seguí hacia los bancos que había en un lateral del vestuario y nos sentamos la una junto a la otra—. ¿Cómo va tu rodilla?

—Bien... La siento inflamada pero mañana estará bien. Puedo andar... es solo que en algún momento, esta me falla.

—Deberías acudir a un médico para que le echara un vistazo.

—Tal vez... Sí, claro.

—Sarah... mírame —dijo, y me obligué a mantenerle la mirada cuando mi parte más inmadura se negaba a hacerlo—. Sarah, cielo... No sé cómo decirte esto ni por dónde empezar.

—No lo haga.

—Sarah, cariño —prosiguió, haciendo de tripas corazón y con visible dificultad—. Te conozco desde que eras una niña. Te he visto crecer y he visto tus progresos. Y sé que eres una gran bailarina.

—¿Entonces?

—Creo que ha llegado el momento de replantear tu carrera.

—No...

—Sarah, escúchame, por favor. Me cuesta tanto como a ti... —asentí y la dejé hablar—. Has luchado por tu sueño y has dado el máximo de ti misma. Pero, ¿sabes qué? Tú no has nacido para ser la mejor bailarina de Nueva York. Esta... esta en realidad no es tu vida.

Me pincé el labio inferior para evitar que este siguiera temblando y la seguí escuchando sin interrumpirla.

—Mírate, eres una mujer increíble y la mejor en tu trabajo. Esa eres tú, la auténtica Sarah. Todo esto no es más que tu vía de escape... Y creo que ha llegado el momento de que comiences a tomártelo como tal. Tu vida ha cambiado mucho a lo largo de estos últimos años y ya no puedes dedicarle el mismo tiempo que antes le dedicabas... Y no lo haces porque, aunque en algún momento siguieras creyendo en tu sueño, este dejó paso a otro más importante.

Enarqué las cejas ante su última afirmación.

—Dime... ¿Cambiarías todo lo que tienes en *Vaus Spencer & Co* por una vida de incertidumbre, castings, actuaciones y la imposibilidad de estabilidad emocional debido a la entrega que esta vida supone? Y, por favor, sé sincera contigo... y conmigo.

Por un instante me planteé la opción de abandonar mi despacho y sentí un ligero mareo. No me veía dejando atrás toda la estabilidad y seguridad que había ganado en los últimos años, así como tampoco el respeto de mis clientes y de todos mis compañeros. No me veía dejando todo por lo que había entregado la inmensa mayoría de las horas de mi día e incluso, muchas más.

—Ese es tu sueño, Sarah... —siguió, como si pudiera leerme la mente—. Y así debe seguir siendo.

—Pero... no quiero rendirme... —gemí.

—Y no tienes por qué hacerlo.

La miré con desesperación. Necesitaba una salida a la que aferrarme

antes de tener que enfrentarme a la realidad.

—Cariño, me gustaría proponerte algo. Sé que nunca antes te lo habías planteado pero creo que no existe nadie mejor a quien pueda pedirselo. —Sacó un pequeño papel del bolsillo—. Mira, esta es una pequeña academia de Brooklyn conectada a la nuestra. Buscan a una nueva profesora de danza clásica puesto que la actual está esperando su primer bebé. ¿Te gustaría sustituirla?

—¿Dar clases a niños?

—Exacto.

—Yo... nunca me lo había planteado...

—¿Y si lo haces ahora? Podrías seguir unida a la danza... podrías seguir bailando sin la presión con la que lo haces ahora; tan solo por puro placer... como realmente desearías poder hacer. Y podrías enseñarles a esos niños todo lo que sabes. Piénsatelo. Estoy segura de que eres la más indicada para hacerlo.

Mi teléfono comenzó a sonar, interrumpiendo con ello la conversación.

—Lo siento... me esperan.

Sophie se puso en pie y la imité. Me sonrió con dulzura y se encaminó hacia la puerta antes de girarse por última vez.

—Si te lo piensas... llama al número que tienes anotado en el papel. Ya les he hablado de ti así que, en realidad, te están esperando.

Tan solo pude agradecerle el detalle con un gesto pues parecía haber perdido por completo la capacidad de hablar.

El teléfono volvió a sonar y me dirigí hacia mi taquilla, cojeando ligeramente. Era Edward.

—¿Sarah?

—Salgo ahora mismo.

—Está bien, aquí te espero.

# **CAPÍTULO 15**

## Sarah.

Colgué y recogí todas las cosas, las metí en la bolsa de deporte y me puse el abrigo que me cubría hasta casi las rodillas. Por último, volví a subirme a los tacones, inspiré con paciencia y di un primer paso, calibrando mi equilibrio. La pierna tembló pero aguanté, tan solo era cuestión de caminar con mayor lentitud. Mientras recorría el largo y luminoso pasillo en dirección opuesta a la que antes lo había hecho, me di cuenta de que había llamado a Edward, mi asistente, ayudante o lo que fuera que pudiera definir su relación conmigo. Y por más que lo pensara, no lograba dar con una sola razón por la que pudiera haber sentido el repentino impulso de hacer tal cosa.

Al salir, le busqué con la mirada y fui consciente de que no tenía ni la más remota idea de qué coche tenía. Entonces, cuando mi cabeza giró de nuevo hacia la derecha, un joven salió de un Audi negro y llamó mi atención. Llevaba puestos unos tejanos y una sudadera con el logotipo de la Universidad de Brooklyn. Me costó reconocerle sin el habitual traje.

—¿Estás bien? —repitió nada más llegar a su lado, no sin ciertas dificultades—. Sarah, tu pierna...

—Estoy bien, Edward... Aunque ahora estás aquí y no tengo ni idea de por qué te he llamado... Esto se sale de lo estrictamente profesional y... Lo siento de veras. Prometo compensarte con un día libre.

Me contempló como si en mis ojos pudiera hallar la única respuesta a todas las preguntas del universo o quizá, solo la de aquellas que él ansiaba conocer. Esta vez fueron mis mejillas las que se tiñeron de un tono cereza que la noche se encargó de disimular, a pesar de la intensa iluminación que caracterizaba Broadway.

—No es necesario que lo hagas. Me alegra poder ayudarte en algo. — Y supe que lo decía en serio—. ¿Puedo preguntar qué es lo que ha pasado?

—La rodilla... me he hecho daño en uno de los saltos.

—Oh, lo siento. Espero que no te dé la lata durante muchos días.

Estas cosas suelen ser muy aparatosas.

—Lo sé... Además, no me veo llevando uno de estos aburridos trajes sin unos tacones —añadí para restarle un poco de seriedad al tema en su conjunto.

Edward sonrió y me hizo un gesto con la mano. Rodeé el vehículo y en un instinto rápido, fui a sentarme en uno de los asientos traseros, como hacía siempre en el coche de Robert. Sin embargo, reaccioné antes de tiempo y abrí la puerta del copiloto. Me costó más de la cuenta acomodarme en el asiento porque no quería hacer movimientos bruscos con la rodilla y cuando lo hice, coloqué el bolso, la mochila de deporte y el maletín sobre mis muslos.

—Espera, dame algo; irás más cómoda.

Cogió la bolsa de deporte y la colocó con cuidado en el asiento trasero y a continuación hizo lo mismo con el maletín mientras yo me abrochaba el cinturón de seguridad. Miró por el retrovisor antes de incorporarse y tras poner primera, arrancó con suavidad. Los primeros segundos resultaron en gran medida incómodos, por lo que me dediqué a echar un vistazo al interior del vehículo. Era elegante y silencioso, de líneas finas y estéticas; todo lucía impoluto. Se notaba que lo cuidaba con cariño.

—¿Y esa sonrisa? —Se detuvo un instante al ver la mueca de mi rostro—. Siento no haber venido en traje... Me has pillado que iba a salir de casa.

Giré el rostro en su dirección y le dediqué una mueca dulce. ¿Cómo podía despertar en él esa necesidad de complacerme a todas horas? Me sentía tan mal por ello...

—No me reía de eso, Edward. —Alzó las cejas tratando de encontrar entonces otro motivo—. En primer lugar, no tienes que disculparte por nada. En tu tiempo libre puedes vestir como te plazca. Y, por otro lado, me reía porque viendo este coche queda demostrado que te pago un buen sueldo.

Hice un gesto con la mano, señalando de forma envolvente y delatora el vehículo. Giró el rostro en mi dirección tan solo un segundo antes de

volver a dirigirlo hacia la carretera y por primera vez le vi sonreír con sinceridad y orgullo. Sin ruborizarse. Tenía una sonrisa bonita. Le observé con disimulo mientras él mantenía la mirada puesta en la carretera. Podría definir a Edward como un chico realmente guapo, pero la suya era una belleza de aquellas naturales, sin aderezos artificiales de gimnasio. Además, algo en sus facciones le hacía parecer mayor de lo que en realidad era, o quizá fuera porque me había acostumbrado a verle vestido de traje y corbata y eso siempre sumaba unos años de más a cualquier hombre. No obstante, en sudadera y tejanos, seguía pareciéndomelo también.

Llegamos a una calle en la que podías tomar dos direcciones y me hizo un gesto para llamar mi atención.

—Hacia el puente de Brooklyn —dije entonces—. *Cranberry* con *Columbia*.

Pensó unos instantes antes de decir nada más.

—Esa es la esquina desde la que se puede ver gran parte de Manhattan, ¿verdad?

—Sí, y de noche la visión puede dejarte sin habla.

Sus labios se curvaron en una mueca agradable pero no añadió nada más. Siguió concentrado en la carretera y en su cercanía, ahora sin la posición de superioridad que me conferían las paredes de mi despacho, me sentía muy distinta. Incluso cómoda.

—Sarah... —comenzó—. Sé que no soy más que tu ayudante, tu asistente o como sea que quieras llamarlo. Pero me gustaría decirte que me alegra saber que de algún modo, también cuentas conmigo para algo más que para mantener toda tu documentación al día.

—Edward...

—Es verdad... —me cortó mientras yo me preguntaba dónde narices había quedado el chico tímido y distante que cada día aparecía con exagerada puntualidad en la puerta de mi despacho—. Es decir, me gusta mi trabajo... Me encanta; y me gusta ser tu mano derecha. Pero quiero que sepas que si vuelves a necesitarme... Solo tienes que llamarme.

Vale, seguía ahí, en alguna parte de su cuerpo y de su titubeo nervioso, pero era muy distinto al que me tenía acostumbrada.

—Gracias, de verdad. Sé que habría podido volver en taxi pero... no tenía fuerzas.

Detuvo el coche junto a mi edificio, frente a la puerta, y me asombré de lo corto que me había parecido el viaje en esta ocasión.

—¿Quieres disfrutar de las vistas? —añadí señalando hacia la ciudad de los rascacielos que veía a través de la ventanilla.

—Claro.

Nos desabrochamos el cinturón y salimos cada uno por su lado. El frío me golpeó, devolviéndome a la realidad. Me subí la bufanda para cubrirme bien el cuello y crucé los brazos a la altura del pecho, encogiéndome.

—¿Cómo va tu rodilla? —preguntó cuando llegué a su lado.

—Sobreviviré.

Nos acercamos hacia la valla que había al fondo, nos detuvimos frente a ella y Edward escondió las manos en el interior de las mangas después de tratar de calentarlas con el aliento, creando una bonita bola de vaho que destacó bajo la luz de la farola.

—Tenías razón. Es increíble.

Sonreí porque realmente lo era y nos perdimos en la maravillosa estampa durante unos instantes.

—Edward.

—¿Sí?

Seguimos con la mirada perdida en el horizonte.

—¿Soñabas con este empleo?

—¿Con trabajar en *Vaus Spencer & Co*?

—No... Con tu puesto.

Tardó en responder.

—No me lo he planteado así. Me surgió la oportunidad y la aproveché. Me siento realizado —prosiguió, sin mirarme en ningún momento. Creo que era la primera vez que manteníamos una conversación tan larga que no tuviera nada que ver con ninguno de los asuntos que ocupaban nuestra jornada—. Mi trabajo es valorado y tengo la suerte de estar al cargo de una de las mujeres con mayor proyección de la ciudad. —Le miré de reojo sin poder evitar una ligera sensación de orgullo en el interior de mi pecho, que se hinchó vanidoso—. No sé si este era mi sueño o no, pero me gusta hacer lo que hago. Es más de lo que había imaginado.

Tardé unos instantes en volver a hablar.

—¿Tenías algún sueño de pequeño?

Esta vez sí que capté su atención. Giró su cuerpo, se apoyó de costado en la valla y me contempló durante unos instantes.

—Sarah, a pesar del contrato de confidencialidad que firmé al comenzar a trabajar contigo, referido en su totalidad a todos los expedientes que pasan por mis manos, te aseguro que sé guardar un secreto —hizo una pequeña pausa—. ¿Hay algo de lo que necesites hablar?

Evité su mirada y seguí con los ojos puestos en los enormes rascacielos que de noche, se perdían en la infinita inmensidad, entre las nubes.

—No creo que pueda seguir bailando —dije al fin, antes de exhalar un suspiro que difuminó mi visión durante unos segundos por culpa del vaho. No sabía por qué pero necesitaba sacarlo de dentro y por extraño que pudiera resultarme, en el fondo sentía que podía hablar con él—. Te vas a reír... —proseguí, disimulando mi frustración tras una falsa y comedida sonrisa—. Me he pasado toda la vida soñando con convertirme en bailarina profesional... aunque, en el fondo, hace años que sé que no iba a lograrlo jamás. Sin embargo, es tan diferente pensar en una posibilidad cuando no tienes la certeza de que esta queda totalmente descartada... En mi interior sabía que no

pasaría, que no llegaría donde soñaba llegar. Pero ahora, mis temores se materializan y no sé si estoy preparada para enfrentarme a ellos.

Me detuve antes de que mi voz se rompiera en un sollozo. Odiaba que Edward fuera el que estuviera siendo testigo de un momento tan delicado para mí en el que me sentía vulnerable, tan lejos de la mujer segura que recorría los pasillos de la empresa y que no se amilanaba frente a nada ni nadie. Sin embargo, Edward me observaba paciente, sin interrumpirme, comprensivo. Y a pesar del dolor que irradiaba de mi pecho, me sentí aliviada.

Apretó la mandíbula sin dejar de mirarme, buscando las palabras adecuadas.

—¿Temes que alguien pueda recriminarte algo?

Elevé el mentón y me concentré en sus ojos. No esperaba una respuesta como aquella. Ni siquiera me lo había planteado. Mi mayor temor era yo misma y la sensación de haber fracasado, de no haberlo dado todo.

Negué con la cabeza.

—En ese caso, solo deberías pensar que has aceptado la vida que realmente querías. Por el amor de dios, ¡mira todo lo que has conseguido! — Le observé admirada por su capacidad para comprender. No sabría decir si era cosa de la noche o si eran los trajes los que le robaban parte de su habilidad comunicativa pero lo cierto es que el Edward que tenía delante era muy distinto al joven que cada día llegaba a mi despacho, con una sonrisa ruborizada de forma permanente. Y me gustaba la complicidad que desprendían sus movimientos, sus palabras y sobre todo, su forma de observarme y de tratar de comprenderme—. Sarah, eres una mujer admirable. De veras. Eres la mejor en lo tuyo, no tiemblas ante los imprevistos y manejas a los clientes con una profesionalidad abrumadora. Sé que la danza es parte de tu vida, y estoy seguro de que te has dedicado en cuerpo y alma, igual que lo haces cada día en tu despacho. Pero el destino es sabio y quizás ahora te cierre una puerta para abrirte otra más adelante.

Me dejó literalmente sin habla.

—Sarah... —Dio un paso y se aproximó un poco más a mí, sin llegar a cruzar la línea invisible que delimitaba mi espacio personal—. Concédete unos días para asimilarlo. Es bueno. Verás que el tiempo se encargará de permitir que todas las piezas vayan encajando hasta que al final, terminarás el puzle y todo habrá tenido sentido.

—Gracias por todo, Edward... De verdad. No sé qué decir.

Lo dije completamente en serio.

—No hay de qué.

Me fijé por primera vez en la rigidez de su cuerpo.

—Dios mío, estás helado.

Sonrió como única respuesta y sus facciones se aniñaron.

—Vamos. Mañana te necesito entero.

Volvió a tensarse y esta vez no fue por culpa del frío. Medité sobre lo que acababa de decir y me di cuenta de cuán susceptible de malinterpretación podía llegar a resultar. Pero, en ocasiones, era mejor no intentar arreglarlo que tratar de hacerlo y estropearlo todavía más. Y esta era una de esas ocasiones.

Pulsó el botón del mando a distancia y el coche emitió un pequeño destello cuando todavía nos estábamos acercando. Abrió la puerta trasera y sacó mis cosas del interior pero no me las tendió sino que me acompañó hasta la puerta y subió las escaleras conmigo, a mi paso, pues la rodilla tampoco me permitía hacerlo a gran velocidad, y menos subida sobre los dichosos tacones. Metí la llave en la cerradura y empujé la puerta para abrirla, me giré y esta vez cogí mis cosas antes de mirarle y dedicarle una última mirada curiosa.

—¿Qué?

—¿De dónde has sacado toda esta caballerosidad?

Rio antes de responder.

—Supongo que el hecho de haber crecido con tres hermanas que me

convertían en su muñeco a su antojo ha debido de influir mucho.

—¿Tienes tres hermanas mayores?

—Sí.

—Vaya... Después de tanto tiempo, al final será verdad que nos conocemos muy poco.

—Eso tiene fácil solución.

Apretó los labios unos instantes, se metió las manos en los bolsillos y comenzó a descender por las escaleras.

—Gracias, Edward.

—No se merecen... Nos vemos mañana.

Se despidió con la mano, subió al coche y le observé desaparecer cauto a través de la calle.

Suspiré un par de veces. Estaba hecha un verdadero lío. Tenía la sensación de que no conocía a Edward, por lo menos no a ese Edward que acababa de fundirse en la oscura distancia. Y teniendo en cuenta que era una de las personas con las que más horas pasaba a lo largo de la semana, ese detalle me hizo sentir realmente mal. Pero, tal y como él había dicho, tenía fácil solución.

Cerré a mis espaldas y anduve lentamente hasta nuestra puerta mientras pensaba en ello. Había sido un día difícil y la sensación de desazón todavía era demasiado intensa como para retorcerme las entrañas a cada paso que daba. No podía evitar sentir que había fracasado, aunque Edward hubiera logrado aligerar un poco el peso de tan desolada sensación.

Al entrar encontré a Caroline tumbada en el sofá viendo la televisión, sin prestarle en realidad demasiada atención.

—Llegas pronto, ¿cómo ha ido la clase?

—No muy bien... Estaba un poco cansada —mentí. Por absurdo que pudiera parecer, todavía no me sentía preparada para decir en voz alta que mis escauceos con la danza estaban llegando a su fin.

—Voy a cambiarme, necesito sacarme estos dichosos tacones cuanto antes.

—Vale. ¿Has cenado?

—No, pero no tengo hambre.

Me lanzó una mirada extraña y analítica, como si tratara de descubrir qué era lo que me afligía.

—¿Estás bien?

—Sí... Descuida.

—¿Es por lo del apartamento?

—No... No. He tenido un día duro —volví a mentir, sintiéndome realmente culpable—. Nada más.

—Ok.

Me metí en el dormitorio y dejé las cosas sobre la mesa un momento. Abrí uno de los cajones y saqué un blíster de antiinflamatorios. Cogí un par, los llevé a mi boca y cogí la pequeña botellita que siempre tenía sobre la mesilla para tragármelos. Me senté unos instantes en el borde de la cama y dejé caer el cuerpo hacia delante, hasta recostar la cabeza sobre mis manos.

No podía seguir bailando.

Por mucho que me gustara, por mucho que lo necesitara, por mucho que lo hubiera escrito en mi lista. Y cuanto antes comenzara a hacerme a la idea, antes desaparecería la sensación de asfixia que estrujaba mis pulmones.

## **CAPÍTULO 16**

## Elle.

Me dirigí hacia el banco que había en medio del vestuario y me senté. Abrí un poco las piernas, apoyé los codos sobre mis rodillas y sostuve la cabeza entre las manos mientras trataba de recuperar el ritmo de mi respiración. ¿Qué estaba haciendo con mi vida? ¿Por qué seguía soportando todo este tormento cuando era evidente que lo detestaba? ¿Por qué no me salían nuevas oportunidades?

Sentí la rabia en mis ojos cuando estos quedaron tapados por una tela transparente y borrosa. Pero me negué a derramar una sola lágrima. Me puse en pie y me dirigí hacia el grifo, lo giré y dejé que el agua fría congelara mis manos. Luego las llevé a mi nuca, a la frente y a las mejillas. Alcé la cara y me contemplé en el espejo. El escarlata reflejo de la ira en mi rostro había desaparecido. Sin embargo, todo lo demás seguía ahí. Incluso la dichosa lista apareció de nuevo en mi cabeza. No había cumplido casi ninguno de mis deseos. Estaba a punto de cumplir treinta años y no tenía absolutamente nada. Ni dinero, ni independencia ni trabajo estable con el que poder afrontar un futuro del que sentirme orgullosa. Seguía con un contrato de prácticas en una empresa de publicidad en la que le sacaba una media de más de cinco años a todos mis compañeros, y lo mismo sucedía en el cine. ¿Estaba segura de que era este mi lugar en el mundo?

Cuando tuve el ritmo de mi respiración controlado de nuevo, cerré el grifo y a continuación, deshice el moño que llevaba y me trencé todo el pelo. Me había acostumbrado a hacerlo cuando me ponía nerviosa, como si ordenar los mechones y recogerlos antes de tensarlos tuviera un efecto apaciguador en mí. Cuando me hube asegurado de que en mi rostro ya no había ningún rastro de las lágrimas que lo habían recorrido, regresé a la puerta, descorrí el pestillo y salí de nuevo, justo antes de inspirar y expirar profundamente por última vez.

Crucé la estancia sin fijarme en ninguno de mis compañeros, ni tampoco en los clientes que por ahí deambulaban. Llegué a la taquilla y a través de la puerta entreabierta vi a James atendiendo a dos personas. Ni

siquiera sabía cómo funcionaba el sistema de reservas. Entré, este se puso en pie y sonrió a los clientes antes de dirigirse a ellos.

—Mi compañera terminará con su reserva, que pasen una bonita velada.

Se apartó y me cedió el paso dándoles la espalda. Su iracunda mirada me atravesó. En sus ojos no había ni un ápice de compasión. Crucé el estrecho cubículo y me vi obligada a pasar muy cerca de él, puesto que no se apartó ni un solo centímetro. Entonces, todavía de espaldas a los clientes, se acercó a mi oído y tuve que contener las ganas de apartarme.

—Si ya has terminado de jugar a las peluqueras, ya puedes volver a sentar tu culo en esa silla y no levantarte hasta haber recuperado los veintidós minutos que has perdido en el baño. ¿Oído?

No le respondí. Tragué con dificultad cuando su aliento me acarició la mejilla y una arcada removié mi estómago. Desapareció como un vendaval, con la intensidad de una tormenta que hubiera arrasado con todo a su paso. Solo que después, no amainó. Mi única opción era capear el temporal.

Levanté la vista hacia los clientes y su mirada de compasión me hizo sentir todavía peor. ¿Qué pensarían de mí? «Pobrecilla, a su edad y todavía aguantando estas cosas... Si hubiera estudiado a tiempo...». ¡¡Tenía estudios!! Tenía una jodida carrera universitaria y sí, estaba a punto de cumplir treinta años y todavía ocupaba un trabajo junto a niños que aún no habían terminado el instituto. ¡¿Y qué?!

En cambio, tan solo pude decir:

—Serán dieciocho con cincuenta, por favor.

Cuando salí del vestuario, ya con mi ropa puesta y todavía más furiosa que antes, crucé el vestíbulo a la velocidad de la luz. Ni siquiera fui consciente de que Olly me llamaba hasta que lo hizo con más fuerza al tercer intento.

—¡¡Danielle!!

Me detuve en seco justo cuando había llegado casi a la puerta principal y me giré sobresaltada.

—Empezaba a pensar que te habías quedado sorda —rio. Pero su mueca cambió de inmediato nada más descubrir mi rostro desencajado—. ¿Estás bien?

—No, Olly. Hoy no he tenido un buen día y lo único que quiero es irme a casa.

—¿Quieres que te acompañe?

—No... —Me puse el gorro antes de asir la maneta de la puerta y empujar hacia el exterior—. Nos vemos mañana, ¿vale?

—Claro.

Dejé que la oscuridad de la noche me engullera. Era lo único que necesitaba. Las farolas emitían una luz tenue, cálida y afable, que daba un toque especial a las calles de Brooklyn. Las aceras estaban cubiertas por una fina capa de nieve y apenas había rastro de más personas deambulando a esas horas en un día laborable. Había salido más tarde de la cuenta y no me gustaba cuando se hacía de noche y tenía que regresar andando. En verano todo era distinto. Había más luz, más personas y mejor ambiente. El invierno, en cambio, era lúgubre y sombrío, un apacible escenario para cualquier maníaco que quisiera dar rienda suelta a su imaginación. Podría haber cogido un taxi, era cierto, pero necesitaba caminar y sobre todo, necesitaba aquellos minutos para pensar. Al fin y al cabo, el cine estaba situado a tan solo unas manzanas del apartamento.

Anduve con la cabeza gacha, fijándome en las huellas que mis pasos dejaban sobre la acera. El crujido de las botas contra el suelo contrastaba con el inquietante silencio que difícilmente imperaba en las calles de Brooklyn. De hecho, creo que era un silencio del que solo podías disfrutar durante el breve periodo de tiempo en el que las calles se cubrían de nieve y de pronto, el interior de las casas se antojaba mucho más atractivo que el exterior.

Al llegar encontré a Lorie tumbada en el sofá, cambiando de un canal a otro sin más.

—¿Qué tal tu día? —preguntó desde ahí.

—Mal. Odio a James, odio el cine y odio todo lo que tenga que ver con él.

Se incorporó y dejó de prestarle atención a la pantalla. Llevaba el pijama y sobre este se había puesto una sudadera de Sarah. No sé qué era lo que tenía toda su ropa que a Lorie y a mí nos encantaba. Los primeros meses refunfuñaba constantemente cuando nos veía con alguna de sus prendas. Sin embargo, con el paso del tiempo acabó por acostumbrarse y dejó de importarle. Eso sí, solo podíamos tomarle prestada la ropa que estaba guardada en el lado izquierdo del armario; todo lo que hubiera en el derecho quedaba reservado a su uso exclusivo. Aceptamos el trato sin pensarlo ni un momento. ¿Para qué vivir con amigas si no podías coger prestada su ropa? Dejé las cosas de cualquier modo sobre la mesa del salón y me acerqué al sofá, donde me acomodé en el otro extremo. Lorie me observaba con atención y me fijé en su rostro. Solía lucir un maquillaje impoluto y una piel cuidada y perfecta. Sin embargo, las ojeras que surcaban sus ojos me llamaron la atención. No era habitual en ella.

—¿Tú estás bien? —pregunté entonces.

—¿Yo? —dudó—. Sí, ¿por qué lo dices?

Permanecí unos instantes sopesando el nivel de veracidad de su respuesta y al final, decidí aceptarla sin más.

—No, nada.

No insistió más.

—¿Qué ha pasado con James?

Suspiré abatida y me dejé caer hacia atrás antes de cubrirme el rostro durante unos segundos con las manos y luego hacer un movimiento tan exagerado como exasperado.

—No puedo con él, Lorie. Te juro que no puedo soportarlo más.

Escuchó sin interrumpirme todas las estupideces y merecidos insultos con los que lo definí a continuación y me dejó desahogarme y contarle todo lo que había pasado esa tarde y que, en definitiva, tan solo se sumaba a una larga lista de cosas que detestaba de ese trabajo, de James y de toda su estirpe, a la que injustamente también maldije.

—¿Por qué no lo dejas?

Estaba segura de que no me habían dicho tantas veces en un lapso de tiempo tan corto que dejase mi empleo en el cine como lo habían hecho a lo largo de los últimos días.

—Necesito el dinero.

—Necesitas dinero, no el cine. Además, es un trabajo como cualquier otro, si con el tiempo no te sale nada mejor, estoy segura de que volverás a encontrar en empleo parecido en cualquier tienda, cafetería o tal vez en otro cine.

—No necesita dejar un empleo temporal y cambiarlo por otro —irrumpió de pronto la voz de Sarah, que nos sorprendió desde el fondo del pasillo.

Las dos nos giramos en su dirección. Sarah se acomodó en el sillón que había junto al sofá con un movimiento más torpe del habitual.

—No sabía que estuvieras en casa.

—Estaba liada con unos documentos. ¿Qué es lo que ha pasado esta vez?

—Lo de siempre.

—¿Hasta cuándo pretendes alargarlo? —soltó de nuevo.

Lorie dejó que fuera Sarah la que ahora llevara la voz cantante. Me giré hacia ella.

—¿A qué te refieres?

—Joder, Elle, cada día con la misma canción. ¿No crees que ya va siendo hora de que tomes medidas?

—¿Y qué sugieres que haga?

—No lo sé. ¡No puedo decidir por ti! —Me pareció más alterada de lo habitual y creo que incluso ella misma se dio cuenta porque el tono que empleó a continuación volvió a suavizarse—. Pero debes empezar a buscar una respuesta.

—¿Y si no qué?

—Y si no nada, Elle. No habrá consecuencias. Nadie te pondrá un pistola en la sien ni te obligará a cambiar de trabajo —prosiguió para mi sorpresa, pues no solía ser tan directa—. Pero llevas semanas, meses... ¡años! —dijo, acompañándolo con un movimiento de brazos—. Llevas demasiado tiempo posponiendo esto y soportando al imbécil de James. ¿Hasta cuándo quieres seguir haciéndolo? ¿Hasta que él se vaya y entre otro? ¿Y luego qué, Elle? ¿Qué pasará después contigo?

No quise responder. ¿Qué quería que le dijera? ¿Que no tenía ni idea de qué era lo que podía hacer con mi vida? Giré la cabeza en dirección a Lorie, en busca de su complicidad. Pero en su expresión vi que pensaba exactamente lo mismo que Sarah.

Pues qué bien.

—¿Sabéis qué? —dije entonces, justo antes de ponerme en pie—. Me voy a la cama. Ya he tenido suficiente por hoy.

Pasé entre el sofá y el sillón en el que seguía Sarah, me detuve frente a la mesa para coger mis cosas y me dirigí hacia mi dormitorio.

—Elle... ¡Elle, espera! —gritó esta, pero no me detuve—. Elle, ¡lo siento!

Cerré la puerta justo a tiempo de escucharla por última vez.

—¡Elle!

# **CAPÍTULO 17**

## Lorie.

Cuando Elle comenzó a hablarme del cine dejé de prestarle atención al televisor para centrarme en ella aunque en el fondo, lo hice sin esperanzas de que quisiera contarme mucho más. Siempre prefería hablar con Sarah. Ellas se entendían mejor y por eso, en cierto modo envidiaba la relación que se había creado entre ambas. Aunque siempre me incluyeran en sus planes y contaran conmigo, yo no me sentía parte de ese vínculo que ellas habían creado, ese tan especial y fuerte.

Pero esa noche, Elle necesitaba hablar y quería hacerlo conmigo, y me sentí realmente feliz por ello. Deseaba poder ayudarla, quería ser un apoyo para ella también. Vale que jamás llegaría a sustituir a Sarah, pero tampoco lo pretendía. Tan solo quería estar ahí, a la altura, para lo que necesitara.

No era la primera vez que le sugería abandonar el cine. Al contrario. Se lo había dicho en numerosas ocasiones, y aunque quizá lo hubiera hecho medio en broma, lo pensaba de verdad. Hacía tiempo que Elle no era feliz, que su vida no le llenaba. Sin embargo, durante las últimas semanas todo había ido a peor. Estaba triste, abatida y se la veía muy perdida en el mundo. Pero no encontraba el modo de sacarle el tema sin hacerle perder los estribos o provocar que se sintiera culpable. Eso era lo que menos deseaba, aunque Sarah lo hubiera logrado en menos de cinco minutos. No obstante, tenía muy presente cuánto dolía la culpabilidad y Elle no merecía sentirse de ese modo. No debía culpabilizarse, tan solo debía coger al toro por los cuernos de una vez por todas y creer en ella misma. ¿Cómo no era capaz de ver el talento y potencial que tenía? Siempre había creído que era feliz con la clase de vida que llevaba, sin preocupaciones, pero durante los últimos días su humor había cambiado. Se ensombrecía por momentos y casi siempre llegaba abatida cuando regresaba del trabajo.

Sin embargo, justo cuando más parte me sentía de la conversación, Sarah tuvo que aparecer. Las dos nos giramos en su dirección y ella se acomodó en el sillón que había junto al sofá en el que estábamos nosotras con

un movimiento lento. Llevaba la oscura melena recogida en un moño tieso, como el de las bailarinas de ballet e incluso así, estaba preciosa. En pijama, zapatillas y con cualquier cosa que quisiera ponerse. Daba lo mismo, todo le quedaba bien. Siempre la había envidiado por ello, de forma sana, claro. Sarah era una de aquellas personas capaces de llenar una estancia, por muy grande que esta fuera, con su sola presencia. Era envolvente, en el mejor de los sentidos. Desprendía un magnetismo imposible de obviar y siempre lograba todos sus propósitos. Era segura, decidida, metódica y organizada. Todas aquellas cualidades de las que yo carecía. Por ello mismo, siempre había sido el punto de unión, la fuerza del grupo. Pero por primera vez, a una pequeña parte de mí le molestó su inesperada presencia. Quería mantener ese momento de intimidad con Elle, quería echarle una mano y sobre todo, necesitaba saber que ella también confiaba en mí como yo lo hacía en ellas. En las dos.

Elle fue girando su cuerpo hasta quedar encarada hacia Sarah y así fue como de pronto, pasé de ser partícipe a mera espectadora. Observaba el partido de tenis girando el rostro de una a la otra desde la grada, mientras ellas se pasaban la pelota sin contar conmigo.

Algo se rompió en mi interior en ese momento. Era consciente de que podía resultar exagerado sentirse así, lo sabía, pero eso no evitaba que siguiera doliéndome. Y no las odiaba. No podía hacerlo. Pero necesitaba sentirme parte de algo. Y a pesar de que Elle pareció intuirlo, de pronto, yo había vuelto a pasar a un segundo plano.

La doctora tenía razón; si no lo hablaba con ellas, las probabilidades de que lo adivinaran se desvanecían de forma estrepitosa. Pero, ¿qué podía decirles?: «Eh, chicas, escuchadme; yo también quiero jugar». Es que lo pensaba y me parecía tan pueril...

Fruncí los labios y decidí centrarme en ellas y dejar de pensar en mí. Solo de ese modo amainaría el repentino dolor que volvía a coger fuerza y que pretendía apoderarse de mí. No debía permitirselo.

Pero entonces, sin saber muy bien cómo, me di cuenta de que la conversación estaba alcanzando un punto que no me gustaba. No iba a acabar bien. Sarah estaba siendo muy dura con Elle. La miré y recordé entonces que

ella tampoco estaba bien. Sarah se enfrentaba seguramente a uno de los dilemas más importantes de sus últimos años y Elle parecía no darse cuenta de que, aunque no lo quisiéramos, debíamos avanzar. Por un instante, me puse en el pellejo de Sarah y traté de imaginar el miedo que debía de sentir. Casi el mismo que podía sentir yo al imaginarla saliendo por la puerta con las maletas hechas. Comprendía su frustración, la comprendía a ella y por un momento, me sentí bien al pensar que ese secreto nos pertenecía solo a las dos.

Elle me miró y no pude evitar mostrar una mueca de compasiva comprensión. Entendía su posición también, pero estaba de acuerdo con lo que Sarah le había dicho, aunque no lo hubiera hecho de la mejor forma.

El portazo retumbó en mi interior y las dos permanecimos unos instantes en silencio antes de que Sarah se girara hacia mí.

—He sido demasiado dura con ella, ¿verdad?

No me atreví a darle una respuesta. Sí, lo pensaba pero, en el fondo, también pensaba que había hecho lo correcto. La diferencia entre nosotras era que ella había tenido las agallas suficientes como para hacerlo. Y la admiraba por ello. Pero también me dolía ver a Elle tan perdida y sabía que a Sarah le pasaba exactamente lo mismo. A pesar de todos los quebraderos de cabeza que ya de por sí debía de tener.

—Tú piensas lo mismo que yo, ¿o soy la única que opina que necesita dar un paso cuanto antes?

Tragué saliva antes de responder, concediéndome unos segundos para madurar bien mi respuesta, como siempre me había recomendado la doctora.

—Yo también lo creo. Lleva demasiado tiempo en el limbo y necesita volver a la tierra... Pero mientras no sea ella la que esté convencida de que así es, ni tú ni yo podemos hacer nada más que apoyarla. Sea cual sea la decisión que tome.

Me pareció distinguir cierto orgullo y acuerdo en sus ojos y me gustó que así fuera. Mi opinión era igual de válida que las suyas.

—Joder... Me he pasado —dijo entonces, antes de hundir la cabeza

entre las manos. Respiró profundo y volvió a levantarla pasados unos minutos—. Estoy muy nerviosa y he perdido los estribos cuando más me necesitaba. ¿Crees que debería ir a disculparme?

—No —respondí plenamente convencida de que era lo mejor, dadas las circunstancias—. Ya sabes cómo es. Elle explota rápido, pero siempre piensa las cosas después. Dale un tiempo. Si la atosigamos será mucho peor.

—Supongo que tienes razón. Definitivamente, hoy no es el mejor día. —Hizo una leve pausa—. Gracias por no contarle lo del apartamento —añadió en un tono más bajito para asegurarse de que no había posibilidades de que Elle nos escuchara.

—De nada... —me detuve unos segundos—. ¿Estás bien?

Elevó el mentón y sus ojos recorrieron mi rostro antes de responder. Por primera vez en mucho tiempo la vi realmente agotada. Y Sarah era como una bolsa siempre repleta de energía y positivismo.

—Es que... tengo la sensación de que mi vida se desmorona por segundos y que los muros más altos, los que hasta ahora me mantenían protegida, empiezan a caer y la maleza asoma tras ellos.

Pensé en la bonita metáfora que acababa de crear y me dieron ganas de decirle que seguía siendo igual de repelente que lo fue en el colegio, en el instituto y en la facultad. Pero aunque dijera esas cosas, siempre conseguía que de algún modo, en sus labios quedaran bien.

—Pues entonces, saca el arco, prepara una mochila con todo lo necesario y enfréntate a los peligros de la selva con valentía —respondí, siguiendo con su ejemplo.

Dudó antes de dejar mostrar una pequeña sonrisa.

—Lorie... ¿Tú has tenido alguna vez la sensación de haber fracasado en algo en lo que habías depositado grandes esperanzas?

Traté de comprender lo que intentaba decirme pero, por mucho que lo intenté, no logré dar con una explicación lógica. ¿Había depositado grandes esperanzas en el apartamento? ¿En vivir siempre con nosotras? ¿O es que

había algo más que no me había contado?

—¿Hablas de lo de mudarte a Manhattan? —añadí bajito.

Sus ojos se cruzaron con los míos de forma fugaz antes de que los desviara hacia otro punto de la pared. Todas teníamos derecho a tener nuestros demonios y por lo visto, esa noche los nuestros se habían confabulado para danzar alrededor del fuego mientras las llamas amenazaban con alcanzarnos a las tres.

Justo en ese momento, mientras esperaba su respuesta, el timbre de casa sonó y las dos nos miramos extrañadas. No esperábamos a nadie.

Se levantó y se dirigió hacia el interfono con actitud precavida.

—¿Quién es? —aguardó a la respuesta—. Claro, sube Olliver.

Mi estómago se contrajo con brusquedad al escuchar su nombre y mi pulso se aceleró. Con disimulo, me eché un vistazo por encima. Llevaba unas pintas horribles pero no me daba tiempo para cambiarme en lo que él pudiera tardar en aparecer, por lo que ni siquiera lo intenté. Mientras Sarah aguardaba junto a la puerta, me llevé una mano hacia la cabeza y aparté el flequillo de mi frente para despejarla. Me froté los ojos un poco para despertarlos del sopor y me incorporé sobre el sofá.

La puerta se abrió antes de que Olly llamara al timbre y Sarah le dejó pasar.

—Ey, Olliver.

—Buenas noches, mi bailarina favorita.

—Eres un zalamero —respondió ella, aunque no escondió una sonrisa. Mi estómago rugió en silencio—. ¿Qué te trae por aquí?

—Sé que es tarde pero, ¿está Elle?

—Sí... pero mucho me temo que hoy no está teniendo su mejor día. Está encerrada en su dormitorio.

—¿Puedo pasar? —preguntó educado. Mi garganta se cerró.

—Claro. Caroline está en el salón.

Olly alzó la mirada por primera vez y me vio.

—Ey, Lorie. ¿Cómo estás?

—Bien... —Algo se me atoró en la garganta.

Atravesó el recibidor y llegó al salón. Como siempre solía hacer, dejó el casco sobre la mesa y el abrigo en uno de los respaldos de las sillas que la rodeaban.

—¿Puedo? —Señaló uno de los sillones.

—Por supuesto —añadió Sarah. Le seguí con la mirada mientras se aproximaba, sintiendo el bombeo de mi sangre en la sien. Era curioso cómo cambiaba cuando Elle no estaba delante, pues no solía mostrarse tan recatado como lo hacía ahora—. ¿Desde cuándo pides permiso para sentarte? —preguntó Sarah, leyéndome el pensamiento—. ¿Quieres tomar algo?

—¿Tenéis cervezas?

—Te traigo una.

Sarah se dirigió hacia la cocina y regresó con dos latas antes de tenderle una a él y otra a mí.

—¿Y tú no tomas nada? —pregunté.

—No me apetece demasiado.

Olly y yo abrimos sendas latas y de repente se hizo el silencio cuando las dos nos quedamos mirándolo. Al haber venido en moto su melena lucía con menos volumen del habitual. Un mechón desenfadado y de un tono castaño clarito le caía sobre la frente.

—¿Y bien? —dijo Sarah al fin.

—Oh, sí... claro. ¿Está dormida?

—No creo.

—Lo más probable es que esté tumbada en la cama con el iPod a todo

volumen. Suele hacerlo cuando necesita dejar de pensar y organizar su propio caos —continuó.

—Es que estoy preocupado por ella. Su situación con James empeora cada día que pasa. ¿Creéis que debería ir a verla?

Sentí un ligero pinchazo en el estómago. Su preocupación era palpable y real y por injusto que resultara, me arañó por dentro.

—Si quieres mi opinión... yo de ti esperaría. Hoy es mejor que la dejemos en paz. Pero puedes pasar si quieres y probar suerte —insistió y Olly negó con la cabeza—. Han discutido de nuevo, ¿verdad? —siguió.

—Sí. James no para de atosigarla y si sigue así, no tardará en hacerla explotar. Elle es como un jodido grano de maíz en un microondas esperando a convertirse en palomita. Nunca puedes prever el momento exacto en el que eso sucederá, aunque tengas la certeza de que acabará pasando.

Sarah sonrió y yo fingí hacerlo también, aunque no me hizo la misma gracia. La conocía de un modo tan personal...

—Pues, ¿sabes qué te digo? —continuó ella—. Que espero que lo haga pronto. ¿Qué? No me miréis así —inquirió ante la perplejidad de nuestros rostros—. Si llega a su tope, tomará una decisión de la que no se arrepentirá más adelante. En cambio, si lo hace con dudas, no será bueno ni para ella ni para nadie.

—En eso te doy toda la razón.

—Me alegra saberlo, Olliver.

—¿Sabes que puedes llamarme Olly, no?

Ahora más relajado, se acomodó contra el respaldo del sillón y le dio un sorbo a la lata de cerveza, dedicándole una sonrisa ladina a Sarah. ¿Es que siempre tenía que hacer eso? Me estremecí de forma casi imperceptible al ver asomar la blanca dentadura a través de la comisura de sus labios justo antes de llevarse la lata hacia ellos.

—¿Sabes que no va a llegar ese día, no? —respondió ella con el mismo desparpajo.

—¿Pero por qué?

—Porque he dicho que no va a llegar ese día.

—¿Es que a ti nadie puede hacerte cambiar de opinión?

—Hacen falta muchos como tú para que una mujer como ya caiga rendida.

—¿Es un reto, bailarina?

Se me cerró la garganta.

—Yo no soy el reto de nadie —respondió mientras se ponía en pie, antes de acercar su rostro al de Olly, provocando que mis manos se aferraran con fuerza sobre mis muslos hasta dejar unas marcas en ellos—. ¿Es que no puedes dejar de coquetear ni un solo segundo?

—Contigo, nunca —añadió socarrón, dándole un nuevo sorbo a la lata. Aquello no me venía de nuevo; mantenían ese mismo juego desde el primer día que se conocieron, aunque sus intenciones reales distaran mucho de las que parecían poseer sus palabras. Jugaban, se chinchaban y cuando tenían suficiente, seguían a lo suyo. Olly siempre había afirmado que le gustaba la integridad de Sarah y que por eso, chincharla se había convertido en una de sus mayores aficiones y a ella, le gustaba la forma que él tenía de romper un poco con la formalidad que imperaba en gran parte de su día. Lejos de eso, no había nada más.

—Cuando dejes de hacerlo, dejaré de llamarte por tu nombre, Olliver.

Le guiñó un ojo y rodeó el sillón, de nuevo con más torpeza de la que solían poseer sus movimientos, normalmente tan femeninos como felinos.

—¿Adónde vas? —pregunté.

—Estoy agotada... Mañana madrugo y todavía tengo que revisar un par de contratos.

—Descansa un poco, bailarina —dijo él, levantando un poco más la voz para que ella le escuchara, pues seguíamos manteniendo un tono bajito para no molestar a Elle.

—Y tú deja de beber si tienes que conducir, macarra.

—Eh, ¡ese mote es nuevo! —añadió en su dirección sin dejar de sonreír.

Nos quedamos solos cuando la puerta del dormitorio de Sarah se cerró después de que ella entrara en él.

Olly miró la lata que sostenía en la mano, sonrió distraído y entonces, sus ojos se postraron en mí, provocando que se me secaran los labios.

—A veces me pregunto si habrá roto un plato alguna vez.

—¿Quién, Sarah? La verdad es que no —respondí. Era la primera vez que nos quedábamos completamente a solas. Me afané en desviar ese pensamiento de mi mente antes de que me jugara una mala pasada—. Eso sí, ponle una botella de vino delante y sabrás lo que es tener que comprar una caja nueva de copas de cristal a la mañana siguiente.

Olly sonrió y un escalofrío me recorrió la columna.

—Eso tengo que verlo.

—No es la primera vez que sales de fiesta con nosotras...

—Tienes razón, pero nunca la he visto con una copa de más. Debe de ser muy gracioso verla sin toda la pared de formalidad y educación que siempre antepone.

—Tiempo al tiempo, pues.

Permanecimos en silencio durante unos segundos que no tardaron en tornarse ciertamente incómodos. Mi mente trabajaba a toda velocidad tratando de encontrar un nuevo tema de conversación. Sin embargo, fue él el que se adelantó.

—¿Tú también crees que es mejor dejar que Danielle explote? Vosotras la conocéis mucho mejor... Pero no quiero que sufra.

Se me helaron las manos. Como siempre, Elle volvía a interponerse. En todo. Para Olly, ella siempre era lo primero. Lo que no lograba comprender era cómo mi cerebro no era capaz de asimilar de una maldita vez

por todas que eso seguiría siendo siempre así. Era su mejor amiga y después de tanto tiempo, las cosas no iban a cambiar.

—Creo que Sarah tiene razón, para variar. Si Elle toma una decisión cuando llegue al tope, lo hará convencida. Mientras tanto, se trata de que dejemos que el tiempo vaya haciendo su trabajo.

—No me gusta verla así —prosiguió, deslizando el dedo corazón sobre el borde de la lata en círculos, con la vista puesta en ese punto aunque sin mirarlo realmente.

Apreté la mandíbula y fruncí los labios.

—A nosotras tampoco... Pero nadie puede tomar una decisión así por ella. Y tú lo sabes tan bien como nosotras.

Volvimos a quedarnos en silencio hasta que pasados unos instantes, dejó la lata sobre la mesa y se puso en pie.

—Siento haberos molestado. Es muy tarde... será mejor que me vaya.

Me levanté también mientras luchaba con el inocente deseo que crecía en mi interior y que pedía a gritos que se quedara conmigo un poco más. Tan solo unos minutos.

—Ya sabes que en esta casa nunca molestas.

Le contemplé mientras se ponía el abrigo y le vi coger el casco antes de dirigirse hacia el recibidor.

—Gracias por la cerveza. Que descanses tú también, Lorie.

—Lo mismo digo.

Cerró tras de sí y permanecí unos instantes inmóvil en ese mismo punto, mientras trataba de recomponerme y de volver a llevar todas mis emociones al maldito baúl del que no deberían haber escapado. Su olor todavía impregnaba la estancia y su sonrisa aún lucía radiante en mi mente.

Estaba realmente jodida.



# **CAPÍTULO 18**

## Elle.

Los días fueron pasando y aquella perenne sensación de desazón que me producía mi día a día no desaparecía, sino todo lo contrario. Parecía haberse afincado en mí. Sin saber cómo había sucedido, había llegado a un punto de mi vida en el que la ansiedad era dueña y señora de mi rutina. Cada día me costaba más afrontar las jornadas de trabajo y las horas se volvían más y más eternas. Pluriempleada y sin oficio ni beneficio real, mi vida consistía únicamente en dejar pasar las horas mientras invertía todo mi tiempo en algo que no deseaba para mí. Pero aquella era la vida que me había tocado, o por lo menos, eso era lo que había creído hasta el momento.

Contemplar Manhattan desde la distancia, al otro lado del río Este, siempre había tenido ese efecto en mí. Me ayudaba a darme cuenta de que los sueños eran posibles, siempre y cuando los creyeras posibles. Sin embargo, ¿cómo cumplir un sueño cuya existencia desconocías? ¿Cuáles eran mis verdaderos anhelos?

Desde la noche de fin de año sentía que nada había vuelto a ser lo mismo para mí. Las chicas tenían razón. Todos tenían razón. Esa maldita lista había hecho aflorar todos aquellos miedos que hacía tiempo que no sentía y que ahora, sabía que habían permanecido ahí, latentes y a la espera de exigir su turno.

Miré el reloj y le di un largo sorbo al café que sostenía con ambas manos. Había vuelto a nevar por la noche y la imagen de Nueva York a esas horas era exuberante. Sarah siempre decía que no era bueno tomarse un café inmediatamente antes de salir a correr. Pero no me importaba demasiado, de todos modos, necesitaba aquellos minutos para mí.

Me bajé un poco más el gorro y volví a llevar las manos hacia el vaso de cartón. Pensé en la conversación que había mantenido con Olly unos días atrás y también en lo que Sarah me dijo el viernes por la noche. Quizá tuvieran razón y en realidad mi futuro dependiera únicamente de mí, de lo que yo deseara, de lo que yo ansiaba ser. No la culpé por mostrarse firme

conmigo. Todos necesitábamos que el capitán del barco pusiera orden a la tripulación en ciertas ocasiones.

Cuando a la mañana siguiente desperté y vi que me esperaba con un tazón repleto de *Froot Loops* y la cafetera lista para llenar de energía mi mañana, sonreí y lo dejamos correr. Estábamos más alteradas de la cuenta y quizá hicimos una montaña de un grano de arena.

Dejé un instante el vaso de cartón a mi lado, sobre el banco, y saqué del bolsillo interior de la chaqueta el teléfono móvil. Observé de nuevo la imagen de Nueva York, la única parte de Manhattan que alcanzaba a ver desde ese extremo de Brooklyn. La contemplé, me fijé en las luces que el sol matinal proyectaba sobre los edificios y cerré un ojo, más por vicio que por necesidad. Alcé el teléfono y encuadré la imagen en la pantalla, hasta centrarla justo en los puntos que deseaba capturar. Esperé, jugueteé con el zoom y me puse en pie. Justo en ese instante un pájaro alzó el vuelo muy cerca de mí. De forma instintiva, pulsé el botón de la pantalla unas tres o cuatro veces seguidas. Volví a sentarme y accedí a la galería. La imagen, tal y como la había visualizado, apareció frente a mí. Nueva York aparecía al fondo, difuminado y delineado por la luz que solo las primeras horas del día eran capaces de irradiar. En un extremo, el ave, con las alas extendidas, en dirección a la gran ciudad, como si aquel fuera su sino. Ni siquiera miré las otras imágenes, aquella era perfecta. Me sentí como si yo misma fuera ese pájaro que ansiaba dejarlo todo atrás y tratar de empezar en un mundo más grande, más radiante y distinto.

Esa mañana la tenía libre y por contradictorio que pudiera parecer, me gustaba madrugar los fines de semana. La sensación de ponerte en pie cuando todavía era oscuro, salir a la calle y acompañar esos tímidos y primeros rayos de sol, actuaba en mí como el más potente de los combustibles. Llevé la mano hacia un lado y cogí el vaso de cartón. Me acabé el café de un solo trago antes de que este perdiera la temperatura, me recosté en el respaldo y alcé el mentón. Mis ojos se perdieron en el azul del cielo, eterno e impasible. No había ni una sola nube, como si la nieve hubiera acabado con todo. Unas pisadas rápidas me alertaron y giré la cabeza. Un par de corredores, una pareja de mediana edad, se aproximaban hacia esa zona del paseo. Corrían a una velocidad moderada y constante, uniforme y

coreografiada, como si hubieran entrenado el paso. Les vi desaparecer pasados unos instantes, tan rápidamente como habían aparecido. Y así era como todo parecía desaparecer de mí, tan deprisa como aquellos diez últimos años en los que ahora tenía la incómoda sensación de haber estado perdiendo el tiempo.

Tras algunos minutos decidí que seguir hundida no acabaría resolviendo nada en absoluto. Sarah tenía razón. Así pues, resuelta a aprovechar aquella mañana que tenía libre, me puse en pie, me dirigí hacia la valla que impedía que pudieras caer al agua y tiré el vaso de cartón en la basura más cercana. Elevé una de las piernas, apoyé el pie sobre la barandilla y dediqué un par de minutos a estirar los músculos. El frío se notaba y si empezaba a correr sin preparar a mi cuerpo para ello, acabaría arrepintiéndome.

Inicié la carrera después de taparme la mitad del rostro con el pañuelo con que cubría mi cuello. Los primeros pasos fueron lentos, estaba desentrenada y entumecida, pero ese día necesitaba quemar energía. Dediqué unos primeros minutos a controlar mi respiración hasta que esta se amoldó a mis pasos y al esfuerzo. Cuando todo mi cuerpo se hubo acompasado, aceleré el ritmo. Mis pies comenzaron a correr más deprisa por aquel paseo que bordeaba el río.

Sin darme cuenta había cruzado media ciudad y ahora me encontraba frente al museo de Brooklyn, a unas tres millas más o menos de casa. Me detuve por primera vez, me llevé ambas manos a los costados y perdí unos largos segundos recuperando el aliento.

En los instantes que vinieron a continuación me dediqué únicamente a respirar. Llené mis pulmones de oxígeno y traté de liberarlos de la presión que estos albergaban y que a veces, se traducía en un intenso pinchazo que me perforaba desde dentro, a la altura de las costillas. Volví a sentirlo, pero esta vez era fruto del esfuerzo. No había hablado abiertamente de ello con Sarah y Caroline, pero lo cierto era que a lo largo de aquellos últimos meses, los episodios de ansiedad eran cada vez más frecuentes. Sentía que dejaba de poder conmigo misma, como si mi cuerpo obedeciera a algo superior. Entonces, el temblor de manos aparecía y la respiración se me agitaba. Las

primeras veces me asusté. Durante unos días dejé incluso de tomar café, temerosa de que justamente eso fuera lo que hubiera causado ese inesperado estado de nervios. Sin embargo, un día volvió a aparecer, justo después de que James me llamara a su despacho para otra de sus estupideces. Ni siquiera podía recordar cuál.

Me bajé el pañuelo y dejé que la gélida brisa me golpeará el rostro. Pero no lo hizo. Sentí una caricia agradable y dolorosa al mismo tiempo, una de aquellas que tanto necesitas en ciertas ocasiones. Aspiré con fuerza y me empapé del aroma de una ciudad que conocía a la perfección, una ciudad que significaba hogar y prisión al mismo tiempo. Y, de pronto, me sorprendió ese último pensamiento en concreto. ¿Desde cuándo consideraba que vivía enjaulada? ¿Cuándo fue la última vez que me sentí libre?

Una notificación me alertó en ese instante. Saqué el teléfono y miré la pantalla mientras trataba de recuperar el aliento. Era un aviso de nueva factura. Esta vez del coche. Sentí la descarga en el pecho y tuve la sensación de que se me cortaba la respiración. De nuevo, en apenas unos segundos, el inesperado temblor en las manos. Las observé como si pretendiera encontrar en ellas el motivo de mi repentino ataque. Pero ahí no había nada más que mi teléfono, que me afané en guardar en el bolsillo. Los gastos me comían. Con cada año, con cada mes que pasaba, nuevas obligaciones me ligaban a mis dos actuales trabajos, uno de los cuales detestaba con toda mi alma. Y ya no sabía cómo frenarlo. Era como si hubiera acelerado al máximo y de repente no encontrara el pedal del freno. No entendía por qué ahora me afectaba tanto. Por qué justamente ahora. Pero lo cierto era que desde la noche de fin de año, no había podido apartar ese pensamiento de mi mente. Aunque disimulara y tratara de concentrarme en otras cosas. Y que las chicas no dejaran de atosigarme con el tema tampoco ayudaba.

Comencé a correr de nuevo cuando sentí que apenas podía respirar. Debía detener la ansiedad antes de que esta se tornara más fuerte que yo. Sin embargo, me asustaba seguir contemplando mi vida de forma pasiva y no lograr mis propias metas, mis sueños. Odiaba ver que iba a cumplir los treinta sin haber logrado ni uno solo de los objetivos que había deseado para mí. O, por lo menos, de aquellos por los que valía la pena luchar. Y por último, me aterrorizaba saber que, a pesar de ser consciente de todo ello, no encontraba

el modo de detenerme, tomar una decisión y afrontar las consecuencias de un cambio que deseaba con todas mis fuerzas.

# **CAPÍTULO 19**

## Elle.

Llegué a casa cuando creí que estaba a punto de desfallecer. A esas horas, justo cuando el sol comenzaba a iluminar con fuerza el horizonte, la calle todavía estaba tranquila. Me gustaba ver la nieve sobre las barandillas, cubriendo algunas macetas y revelando unas tímidas y discretas huellas sobre los peldaños.

Abrí la puerta y sentí el calor de mi hogar esparciéndose por todo mi cuerpo, devolviéndolo lentamente a la única realidad a la que este pertenecía. Cerré a mis espaldas, dejé las llaves sobre un cuenco que había en el mueble del recibidor y entré. Un intenso aroma a café recién hecho llegó hasta mí, así como también el sonido de la tostadora y el tintineo de la porcelana de las tazas chocando entre sí mientras alguien preparaba una mesa para tres.

Anduve hacia el interior. También olía a chocolate y mi estómago ya no pudo resistirlo más. Incluso el temblor de mis manos remitió, como si el mero hecho de sentirme en casa fuera suficiente para acabar con todo lo demás.

—¿Qué celebramos de buena mañana?

—Que es domingo y no tengo resaca —respondió Sarah, con aquel look despeinado y al mismo tiempo elegante.

—Pues qué suerte la tuya... —gritó Caroline desde el salón. Giré la cabeza en su dirección. Estaba tumbada en el sofá, tapada de los pies a la cabeza con una manta y con el rostro hundido bajo un almohadón.

—¿Qué le pasa?

—Por lo visto ayer bebió más de la cuenta. ¿Verdad, Lorie? —preguntó, elevando adrede el tono de voz más de la cuenta.

—Ooohhhh... ¡joder! —Se retorció, ejerciendo fuerza sobre el almohadón con el que mantenía oculto su rostro—. ¿Es que no sabéis lo molestas que pueden resultar vuestras voces por la mañana?

Sarah y yo reímos ante el palpable malestar de Caroline. De las tres, siempre había sido ella la que peor afrontaba una mañana de resaca, tal vez porque nosotras llevábamos más años de entreno. El pitido de la tostadora nos alertó de que el desayuno estaba listo y Sarah se giró para servirlo en un plato.

—Eso te pasa por salir con crías de veinte años —la reprendí carcajeándome.

—Quería estrechar lazos con Kate —musitó.

—Por cierto, ¿quedan cereales? —pregunté, incapaz de meterme una rebanada de pan en el estómago a esas horas.

—Sí.

—Genial. Dame dos minutos. Me doy una ducha y desayuno contigo.

—¿Has salido a correr? —dijo, tras echarme un rápido vistazo de arriba abajo, como si reparara por primera vez en ese detalle.

—Lo necesitaba.

—Bien hecho. Te esperamos.

Dejé toda la ropa en el suelo, sobre las zapatillas de deporte, y me metí en la ducha. El primer chorro de agua caliente sobre mi cabeza casi me robó un gemido. Resbaló por mi espalda, por el pecho, hasta hacerlo por toda mi piel. Fue tan agradable como sanador. Se hizo el silencio. O quizás, únicamente se hizo en mi cabeza. Era como si todos mis pensamientos se hubieran evaporado junto al agua y me limité a deleitarme con el placer que algo tan natural y cotidiano como una ducha después de una carrera forzada podía provocar.

Al regresar al salón, ataviada con un mullido jersey que me cubría hasta medio muslo, de cuello vuelto ancho y suave y unas sencillas mallas negras, me encontré con que aquellas dos seguían casi igual que antes. Caroline continuaba escondida bajo la manta y el almohadón y Sarah la contemplaba desde la mesa, sentada en una silla, desternillándose de risa

mientras desmenuzaba una tostada y se la iba comiendo.

—¿Qué os pasa?

Cogí la cafetera que había justo en medio y llené mi taza hasta arriba. Me recosté en el respaldo, subí los pies sobre la silla que solía ocupar Caroline y adopté exactamente la misma postura que Sarah, con ambas manos aferradas a la taza. Éramos dos contra una.

Pasados unos segundos Caroline movió uno de los brazos lentamente y con él apartó el almohadón. Una melena enmarañada apareció bajo el mismo, ocultando tras ella un rostro ojeroso y demacrado.

—¿Es que no podéis dejarme tranquila ni siquiera un jodido domingo? —Abrió los ojos con costoso esfuerzo y nos miró de forma intermitente—. Espero que te hayas puesto mascarilla en el pelo —añadió, tras echar un rápido vistazo a mi melena, todavía húmeda.

—Sabes que siempre lo hago.

—Más te vale. ¿Qué hay en la mesa? Desde aquí no veo nada —inquirió con un tono ronco y muy poco femenino. Había vuelto a fumarse algún cigarrillo.

—Tortitas, tostadas, cereales, leche y café.

—¿Café?

—Muuuuucho café.

—De acuerdo. Vosotras ganáis.

Con evidentes esfuerzos, se puso en pie y se acercó a la mesa. Aparté los pies de su silla y la contemplé sin poder dejar de sonreír. Estaba hecha un verdadero desastre.

No pude evitarlo. Mientras llenaba su taza hasta casi hacerla rebosar, alargué el brazo por encima de la mesa y cogí mi teléfono móvil. Hice ver que lo trasteaba sin que Caroline se percatara y cuando tuve la cámara preparada, alcé la mirada y busqué la de Sarah, que me conocía como si ella misma me hubiera dado la vida. Sonreí y no hizo falta que le diera indicación

alguna. Contemplé su sonrisa y di la señal.

—¡¡Ahora!!

Las dos nos pusimos en pie y nos colocamos cada una a un lado de Lorie, que no pudo esperar nada parecido. Alargué el brazo con la cámara interior seleccionada y nos encuadré en la pantalla.

—Oh, no... ¡No, tías! ¡¡Parad!!

Pasamos cada una un brazo por encima de sus hombros, juntamos nuestros rostros al suyo y pulsé el botón un par de veces seguidas inmortalizando el momento. A continuación, con el quejido incesante de Lorie junto a mi oído, le di un beso en la mejilla sin poder dejar de sonreír y me separé, justo al mismo tiempo que Sarah hacía exactamente lo mismo.

—Sois dos ángeles infernales, ¡las dos!

Su repentino ataque todavía nos provocó más carcajadas.

—Borra las fotos, Elle —sentenció.

—¡Ni hablar!

—No estoy de broma. ¡¡Te digo que las borres!!

—¿Acaso has perdido el juicio? —busqué en la galería de imágenes la última foto y la seleccioné. Era escandalosamente divertida, sobre todo el rostro de Lorie. Estaba segura de que nos lo iba a hacer pagar muy caro. Pero en mis manos tenía la prueba del delito. De todas aquellas veces que juró que no volvería a salir sin nosotras y mucho menos, beber hasta asegurarse una resaca estratosférica. Giré el dispositivo y les mostré la imagen sin poder dejar de reír—. Esto vale millones, Lorie, y algún día me darás la razón.

—Acuérdate de esa foto cuando me pidas un retoque de mechas... o peor aún, cuando tengas que sanearte las puntas.

—¡Oh! —exclamé, casi convencida de que esta vez no lo decía en broma. Había cosas con las que no se jugaba—. No lo dirás en serio...

—¿Prefieres tentar a la suerte? —me retó, con una mirada difuminada tras una mancha de máscara de pestañas y *eyeliner*

emborronado—. Borra la foto ahora mismo y no habrá consecuencias.

Como si nada, alzó la taza y la llevó hacia sus labios antes de darle un calmado sorbo que todavía me inquietó más. ¿Qué estaba pasando por su mente? ¿Hablaban en serio? Miré a Sarah, que mantenía una mueca tan sorprendida como lo debía de ser la mía. Nos sostuvimos unos instantes la mirada y a continuación, desviamos de nuevo la cabeza hacia la otra.

—¿Lo dices en serio...? —Volví a preguntar, esta vez en un susurro. Había muchas cosas con las que podía jugármela, pero el cuidado de mi pelo no era precisamente una de ellas. Desde aquella vez en la que una peluquera se desquitó de una ruptura con un corte que fue el origen de mofas indiscriminadas durante todo un curso en el instituto, nunca había vuelto a poner mi melena en peligro.

Lorie alzó el mentón y nos observó a las dos, aparentemente impertérrita. Miró primero a Sarah, sin apartar la taza que sostenía con un pulso sorprendentemente estable frente a su rostro. Luego se giró hacia mí. Entonces, cuando creí que esta vez se había enfadado de verdad, su rostro comenzó a cambiar y una sonora carcajada brotó de su garganta.

—Teníais que haberos visto las caras... Sobre todo tú —añadió, con los ojos achinados por culpa de la risa.

Tras unos segundos de absoluta perplejidad, Sarah y yo nos contagiábamos al fin de su humor, aliviadas de que en realidad no se hubiera enfadado con nosotras.

—¿Trabajas hoy? —preguntó Sarah al cabo de un rato, mientras untaba mantequilla en otra tostada.

—Sí... como casi cada domingo. ¿Qué haréis vosotras? —quise saber, mientras un leve pinchazo de envidia me atravesaba el estómago.

—A mí me gustaría salir a dar una vuelta por Central Park e ir al *Maddy's* a por una taza de chocolate caliente con nata y canela.

—¿Vas a ir sin mí? —exclamé, sintiendo un pinchazo todavía más

profundo—. Dios, cómo detesto este estúpido trabajo... ¡siempre me lo pierdo todo!

Sarah y Lorie se miraron y luego la primera giró el rostro y me dedicó una mueca de compasión que no me gustó demasiado. No quería que sintieran pena por mí, ni tampoco volver a revivir la conversación de la otra noche. Pero ante mis ojos estaban desfilando a una velocidad vertiginosa los mejores años de mi vida y yo estaba perdiendo la oportunidad de participar en la inmensa mayoría de los momentos que estos me ofrecían.

—Vamos, Elle, es algo temporal...

Demasiado tarde. Por lo visto, íbamos a volver a hablar del tema.

—No... No lo es. Llevo demasiado tiempo ahí metida.

Dejé la cuchara dentro del bol de forma brusca. El temblor volvía a mis manos y no quería que se percataran de ello. ¿Cómo algo tan sencillo como dar un paseo podía provocarme tal sensación de asfixia? Deseaba poder pasarme el domingo tumbada en el sofá, como Lorie, o salir a dar un paseo sin más preocupaciones que las de escoger el modelito que llevaría al día siguiente al despacho, como lo hacía Sarah. Me puse en pie de forma brusca, provocando que la silla se desplazara hacia atrás y me disculpé antes de iniciar el paso hacia mi dormitorio.

—Elle... eh, ¡Elle!

Cerré la puerta a mis espaldas, me apoyé en ella, elevé la mirada hacia el techo y cerré los ojos antes de inspirar con parsimonia mientras contaba mentalmente hasta diez. Había iniciado la segunda cuenta cuando escuché tres leves toques a mis espaldas, contra la hoja de madera de la puerta en la que todavía seguía apoyada. No quería hablar con Sarah, sabía que era ella, pero no quería volver a mantener aquella conversación para la que en realidad, no tenía demasiadas explicaciones.

—¿Puedo pasar? —escuché su fina voz al otro lado de la puerta.

Me aparté de donde estaba y me dirigí hacia la cama, justo antes de acomodarme en el borde de la misma.

—Claro, adelante.

Sarah empujó hacia el interior y asomó primero la cabeza antes de colarse por completo en mi dormitorio.

—Todo esto no es por una taza de chocolate en el *Maddy's* y un paseo por Central Park, ¿verdad?

Hice un gesto afirmativo sin atreverme a responder.

—Elle, la otra noche fui muy brusca contigo y no sabes cuánto lo siento —comenzó—. Pero no tienes por qué seguir con algo que no te gusta.

—Hace tiempo que lo detesto. No sé por qué vuelves a salir ahora con eso —dije, tratando de evitar el golpe de realidad.

Se acomodó a mi lado y lanzó un rápido vistazo hacia las paredes, repletas todas ellas de fotos que había ido haciendo a lo largo de los últimos años.

—Porque no te había visto tan afectada como lo has estado durante estos últimos días. ¿Qué te sucede?

—No lo sé...

De nuevo, el incómodo temblor de las manos amenazaba con hacerse con el control. Apreté el puño para evitarlo y traté de esconderlo bajo el ancho y mullido jersey para que Sarah no se diera cuenta.

—¿Por qué no dejas el trabajo en el cine?

Busqué sus ojos y supe que no lo decía en broma. Y aquello todavía me asustaba más.

—Con lo que gano en *Marshall Brothers* no podría asumir todos mis gastos.

—Elle, quiero que me escuches y sobre todo, que entiendas que lo que voy a decirte es por tu bien. Te aprecio, eres como mi propia hermana y no haría nada que pudiera hacerte daño. Lo sabes, ¿verdad?

El nudo de mi garganta se apretó, consciente de que aquello no era

más que el principio. Sabía lo que iba a decirme incluso antes de que lo hiciera, y no quería... no estaba preparada para enfrentarme a ello. Pero únicamente hice un gesto afirmativo.

—Elle... —Se detuvo un instante e inspiró. A continuación, puso su mano sobre mi muslo y volvió a centrar su mirada en mis ojos, como solo lo hacía cuando hablaba de cosas que realmente sentía—. Ese cine no es para ti. Lo era cuando tenías veinte años, muchas ganas de fiesta y apenas responsabilidades. Sé que leíste esa estúpida lista y no sé qué narices encontraste en ella que haya podido afectarte tanto. Pero, ¿sabes? Me alegro de que así haya sido. Hace tiempo que necesitas dar un paso en la dirección que realmente deseas tomar.

Alcé una ceja y no pude evitar mostrar una mueca de sorpresa ante su inesperada declaración.

—Sí, me alegro —confirmó—. ¿Y sabes por qué me alegro? Porque creo que ha llegado el momento de que reacciones y tomes las riendas de tu vida. No puedes pasártela tras un cristal vendiendo entradas de cine a adolescentes con acné y ortodoncia. No porque no sea un trabajo tan digno como cualquier otro, sino porque simplemente, lo detestas. No es para ti.

—Tú tampoco tienes la vida que soñabas tener —contraataqué al sentirme acorralada—. Querías ser bailarina y sigues metida en tu lujoso despacho llevando la gestión de cientos de empresas bajo el amparo y protección de tu padre, dedicando todas las horas de tu jornada a un trabajo que, al igual que yo, tampoco formaba parte de tus planes de futuro.

Me había pasado y lo sabía. Mi lengua actuó afilada y directa y supe que había dado en el punto más débil tan solo con mirarla a los ojos.

—Lo... lo siento. Lo siento de veras. No quería decir eso —me afané a rectificar antes de que fuera demasiado tarde.

Sin embargo, ella se puso en pie, sin proferir en desagradables gritos ni malas palabras que, en realidad, merecía.

—Tienes razón —añadió, con aquel talante y elegancia que solo ella era capaz de mostrar, incluso cuando el dolor era evidente en su mirada. A

cada segundo que esta se clavaba en mí, yo me hundía todavía un poco más—. No he debido meterme en tus asuntos.

Dicho esto, recorrió en silencio los cuatro o cinco pasos que la separaban de la puerta y desapareció tras ella, volviendo a dejarme sola en el interior de aquel dormitorio cuyas paredes ahora me aprisionaban sin clemencia.

# **CAPÍTULO 20**

## Elle.

Cuando crucé la puerta principal del cine eran las cuatro. Llevaba las manos escondidas en los bolsillos y mi rostro era incapaz de mostrar una sola sonrisa. Había pasado el resto de la mañana encerrada en mi dormitorio. Ni siquiera salí a comer con las chicas. Me moría de vergüenza y me carcomía por dentro la forma en la que había permitido que mis problemas tomaran el control y explotaran con Sarah. A cada segundo que pasaba tan solo sentía más y más pesar. Tenía que disculparme con ella, pero me sentía incapaz de mirarle a los ojos después de todo.

Crucé el pasillo que había en uno de los laterales y me dirigí hacia la puerta del vestuario justo cuando Olly salía del de los chicos.

—¡Elle! No recordaba que hoy hiciéramos el mismo turno.

—Ya ves, mi vida es una verdadera montaña rusa de emociones —dije cortante.

—Vaya... —exclamó, acompañándolo con un gesto de las manos—. Creo que alguien no está de muy buen humor.

Esta vez fui más rápida que mis pensamientos y logré detener a tiempo las palabras que estaban a punto de brotar de mis labios y que no habrían conseguido nada más que un nuevo disgusto. Tomé aire con parsimonia, expiré desviando la mirada para no cruzarme directamente con sus ojos y luego, cuando creí que estaba lo suficiente serena, me giré hacia él sin soltar la maneta de la puerta del vestuario, a la que me mantenía aferrada con demasiada fuerza.

—Olly... hoy no, ¿vale?

—Está bien. ¿Puedo hacer algo por ti?

Le miré y volví a sentirme mezquina. Le estaba haciendo pagar por algo que no tenía la culpa y a pesar de ello, sentía que no podía controlarme.

—No... No, no te preocupes —dije al fin—. Tan solo dejemos las

bromas para otro momento, ¿ok?

—Claro —afirmó sin más. Se pasó una mano por la melena y frunció los labios, como si no tuviera muy claro qué hacer a continuación—. Por cierto, me tomaré el descanso sobre las ocho. Si te apetece compartirlo y desahogarte... estaré en la cafetería de al lado.

Asentí con una sonrisa forzada y sentí que una pequeña parte de mí, diminuta, se resquebrajaba. Tenía que acabar con todo eso antes de que pudiera conmigo.

Salí del vestuario con aquel uniforme al que cada vez guardaba menos aprecio y me dirigí de forma automática hacia la taquilla, sin prestar atención a ninguno de los compañeros con los que me crucé en el camino. Recordaba los primeros años en aquel cine. Había pasado demasiado tiempo desde entonces. Todo era nuevo para mí. Era mi segundo trabajo después de haber estado repartiendo el correo durante unos meses en los que acabé agotada pero en plena forma gracias a las distancias que a diario recorría en bici. Mis compañeros me recibieron con alegría y pronto estrechamos lazos entre nosotros. Fue una época que recordaba con gran cariño y que siempre lograba sacarme una sonrisa. Salíamos después de acabar nuestra jornada, veíamos las películas de estreno y compartíamos muchos más secretos que los que podían tener lugar en el gran establecimiento. Sin embargo, con el paso de los meses y también de los años, todos habían ido desapareciendo. Al terminar los estudios, lentamente habían ido encontrando trabajo en diferentes empresas, algunos como becarios y otros con contratos temporales que les ofrecían grandes oportunidades terminada la primera etapa de formación. Hasta que Olly y yo nos convertimos en los más veteranos. Yo también terminé mis estudios universitarios, pero no tuve la misma suerte. Además, seguía sin saber a qué quería dedicarme. Bueno, en parte sí lo tenía claro, pero la fotografía era un hobby y debía obligarme a verlo como tal. Como lo había hecho hasta la fecha.

Al igual que hacían todos a mi alrededor yo también quería independizarme. Quería tomar las riendas de mi vida y salir adelante, lejos de la protección de mis padres. Les quería con toda mi alma, pero necesitaba

volar. Mi suerte fue que Lorie y Sarah se sintieran igual.

Ahora, tras diez años de convivencia, experiencias y recuerdos, volvía a sentirme igual de perdida que entonces. Parecía que todos alzaban el vuelo tras un lento y paulatino despegue y yo, sin embargo, todavía no había encendido los motores.

—Buenas tardes. Dos entradas para la sala tres, por favor.

Aquella voz me sacó de mi ensimismamiento. Alcé la cabeza y me encontré con el rostro ilusionado de dos chicos que a duras penas debían rozar la veintena, con camisetas estampadas con el logotipo del estreno más esperado del mes.

Miré a mi alrededor, sin ser consciente de cómo ni cuándo había llegado hasta mi cubículo, ni de en qué momento había encendido el ordenador y había levantado la pequeña persiana de la ventanilla, ni tampoco de cuántas entradas llevaba vendidas.

—¿Me ha oído? —preguntó desconcertado al no obtener respuesta por mi parte.

—Sí... Sí, claro.

Moví rápidamente las manos y tecleé la petición para proceder a la venta mientras sentía que me hallaba sumida en alguna especie de shock momentáneo.

—¿Asientos centrales?

—Sí.

—Perfecto. —Hice una nueva pausa mientras acababa de seleccionar los asientos y de nuevo, volví a dirigirme a ellos—. Serán dieciocho con cincuenta, por favor.

El chico me tendió el dinero. A continuación, cogí el cambio junto con las entradas y con una falsa y más que ensayada sonrisa, perfeccionada tras años en aquella misma ventanilla, se lo entregué.

Les vi desaparecer a través del cristal y me dediqué a perder unos

instantes en contemplar la calle, sin más. Todavía seguía haciendo muchísimo frío. El humo salía de las alcantarillas y la gente caminaba sin prestar atención al resto de transeúntes, ataviados con gorros de lana, bufandas de gran tamaño y guantes.

—Wright, cuando puedas ve a mi despacho, quiero hablar contigo.

No necesité darme la vuelta para saber de quién se trataba. Otra vez James. Siempre James. Cerré los ojos y conté hasta tres con los labios apretados antes de responder.

—Ahora mismo iré.

Escuché sus pasos desvanecerse en la distancia, mientras de nuevo, el temblor de mis manos regresaba, así como también la sensación de asfixia. Miré el reloj para comprobar que solo eran las siete y media. Parecía un día tranquilo, por eso. Sentía el pulso disparado en la garganta y una amarga sensación de impotencia que cada vez que aparecía, lo hacía con más fuerza.

A pesar de que deseé con todas mis fuerzas que nuevos clientes aparecieran para alargar el momento, la suerte no quiso ponerse de mi parte. Comprobé que Nathalie estuviera en la otra taquilla, bajé la pequeña persiana y me encaminé hacia el despacho.

Algo cambió en mi interior justo cuando apenas cinco o seis pasos me separaban de la puerta de James. Fue como si sintiera el suave *click* de mi cabeza, un botón que activó —o desactivó— parte de algo que había permanecido latente en mi interior.

Empujé la puerta sin ni siquiera llamar antes. James esperaba al otro lado de aquella pequeña mesa, encajada casi a la fuerza en el todavía más diminuto despacho. ¿Cómo podía darse esos aires de grandeza?

—Tú dirás.

—Hola, en todo caso —puntualizó con hosquedad.

Le dirigí una mirada poco agradable, de las que eran capaces de hablar por ellas mismas, pero no respondí a su abierta provocación sino que aguardé de pie a que dijera de una vez por todas lo que quería.

—¿Estás bien?

Su primera pregunta me pilló desprevenida, pues de todas las posibles era la que menos esperaba sin lugar a dudas.

—¿Me has hecho dejar mi puesto para saber si estoy bien?  
—respondí, sorprendida de mi propia arrogancia.

Hizo una mueca de fastidio que luego convirtió en un gesto de desprecio e irritante superioridad.

—No. De hecho, llevo días observándote.

—Ajá.

Lo que me faltaba. Hizo una leve pausa y su sonrisa, torcida y amarillenta por culpa del tabaco, todavía se pronunció más.

—Tu rendimiento ha bajado y pareces totalmente ausente. Los clientes se han quejado de que pareces un robot y de que no muestras una sonrisa cuando les atiendes.

—Eso no es verdad —repliqué, con la mandíbula apretada.

Una vez más, comencé a sentir aquel cosquilleo en la punta de los dedos al que comenzaba a acostumbrarme, justo antes de que estos comenzaran a temblar. Metí las manos en los bolsillos y adopté una postura de aparente indiferencia.

—Sabes que sí lo es.

—Y si así fuera, ¿qué más da? Les vendo las entradas y les cobro correctamente. Mi sonrisa no va incluida en el precio.

Mi recién estrenada desfachatez le molestó. Lo supe con solo mirarle a la cara, al percatarme del apenas imperceptible movimiento de sus cejas.

—Está bien. Puesto que reconoces que estoy en lo cierto y que tu actitud no es la más propicia, desde ahora pasas a ocupar un puesto en el bar. Venderás palomitas, limpiarás las máquinas y servirás refrescos. Y lo harás con una sonrisa —remarcó con odio y regocijo.

Fruncí los labios y apreté todavía más los puños hasta estar segura de que estos palidecían.

—No puedes rebajarme de categoría. Es un tema legal.

—¿Y qué vas a hacer para evitarlo?

Y ahí, justo cuando creí que iba a salir todo de mí, todo lo que detestaba y lo que no deseaba para mi futuro, me rendí. De pronto, me vinieron a la mente todas las cosas que no podría hacer si perdía el trabajo, todas las facturas y obligaciones a las que tenía que hacer frente.

—Dile a Johanna que venga, ella ocupará tu puesto desde ahora. Puedes ir directamente al bar.

Me dolía la mandíbula de lo apretada que la tenía y también comencé a sentir el punzante dolor que mis uñas provocaron en el interior de la palma de mis manos, donde se clavaban inclementes. Me giré al borde de las lágrimas y crucé la puerta por la que había entrado. Llegué al pasillo casi sin poder respirar y lejos del alcance de su vista, me apoyé durante unos instantes en la pared para asegurarme de que no perdía el equilibrio. Las imágenes que se sucedían una tras otra en mi cabeza alcanzaron un ritmo vertiginoso, como un carrusel. Todo el rato las mismas. Veía mi vida pasar, todos los deseos que tenía para mí y también esa estúpida lista que lo había cambiado todo.

Absolutamente todo.

Y entonces, tuve la respuesta.

No estaba dispuesta a tolerar que me pisoteara. No iba a aguantar que pasara por encima de mí, y mucho menos de mi dignidad. Su afán de protagonismo y poder no iban a poder conmigo, y menos cuando no era más que un trabajador con unos dólares extra más que yo en su nómina por llevar un centro que ni siquiera le pertenecía. No. Se había acabado.

Necesitaba que mi vida cambiara.

Así pues, cogí aire y sin concederme ni un solo segundo más, di media vuelta y regresé de nuevo al despacho del que había salido hacía apenas unos instantes.

—No voy a permitirlo.

Alzó el mentón con suficiencia y volvió a mostrar aquella desagradable sonrisa que tanto me repugnaba.

—Lo harás. Dirígete ahora mismo al bar o...

—¿O qué, James?

Alargó el momento unos segundos más de la cuenta, quizá calibrando la decisión que estaba a punto de tomar. Para mi sorpresa, se puso en pie. Apoyó ambas manos sobre la mesa y me contempló airoso desde la supremacía que creía que le otorgaba esa posición.

—O estás despedida —dijo al fin, con los dientes apretados.

Para mi absoluta sorpresa, cuando escuché esas tres palabras sentí una renovada sensación en mi interior, una libertad desconocida y anhelada durante demasiado tiempo. No le debía nada. Había cumplido con mi trabajo y lo había hecho como era debido. No había cometido faltas injustificadas y no había robado ni un solo centavo. Sencillamente quería llevar las riendas de mi propia vida. Y nadie tenía derecho a pisotearme por ello. Aunque hubiera necesitado casi diez años para darme cuenta de lo importante que era dar el paso... y sobre todo, hacerlo convencida.

Me acerqué, ahora sin ningún tipo de miedo y me planté frente a él, quedando separados únicamente por la mesa. Mi actitud desafiante le sorprendió, a pesar de los evidentes intentos por disimularlo.

—En ese caso, espero que mañana tengas listos los papeles. Y por tu bien, más vale que no aparezca en ellos la palabra “procedente” —puntalicé con lentitud, para asegurarme de que entendía qué era concretamente aquello a lo que me estaba refiriendo—. Voy a cobrar el finiquito y la indemnización pertinente por el trabajo que he llevado a cabo en este cine durante todos estos años. De lo contrario, te juro que me encargaré de que todas las irregularidades que cometes aquí dentro lleguen a oídos de un abogado. No me importa esperar; te doy mi palabra de que no tengo prisa. Si mañana no tengo los papeles preparados sobre esta mesa, con el siguiente que hablarás será con mi abogado.

—¿Un abogado...? ¿Tú? —me fulminó con los ojos inyectados en odio.

—Ponme a prueba, si lo prefieres.

Le sostuve la mirada durante unos segundos en un silencioso pulso del que salí claramente vencedora. En ese instante, un cosquilleo intenso comenzó a recorrer mis venas, ahora muy distinto al que había estado experimentando a lo largo de las últimas cuatro semanas. Era euforia y brotaba por mi sangre llenándola de una vida y energía totalmente desconocida. El corazón me iba a mil pulsaciones por segundo y casi todas ellas se concentraban en mi garganta, en las manos y en la sien. Era felicidad y libertad al mismo tiempo, la respuesta de mi cuerpo al paso que tantos años me había costado dar.

Sin esperar una respuesta, di media vuelta y desaparecí rauda y veloz por el corredor, hasta encerrarme en el vestuario. Me miré al espejo y me di cuenta del brillo de mis ojos y del sonrosado tono de mis mejillas. No le debía nada a nadie. No había hecho nada malo. Había defendido mi trabajo y sobre todo, había dado el paso que tanto necesitaba.

Me cambié de ropa a toda velocidad y metí el uniforme en una bolsa. Lo lavaría y lo devolvería al día siguiente, cuando regresara para firmar todos los papeles. Cuando estuve lista, cerré mi taquilla con llave y salí de nuevo. El destino quiso que no me cruzara con ninguno de mis compañeros y lo agradecí, pues tenía un único objetivo en mente. Miré el reloj, eran las ocho y cinco. Todavía tenía tiempo.

Salí al exterior y la gélida brisa me acarició el rostro, esta vez con suavidad. Sin perder ni un solo minuto, inicié el paso y me dirigí hacia la cafetería que había a tan solo unos metros. Me detuve frente a la puerta, pero los cristales estaban empañados y desde ahí no podía ver nada. Así pues, abrí y desde mi posición escruté todo el establecimiento en busca de la única persona a la que necesitaba ver en ese momento. Y su sonrisa, en el momento en que nuestros ojos se cruzaron, fue el mejor de los regalos.

Recorrí gran parte del abarrotado establecimiento y me dirigí hacia la mesa del fondo, en la que Olly disfrutaba de un café con chocolate y canela y

un *bagel* con mantequilla.

—¡Ey! —dijo únicamente a modo de saludo—. Parece que tu humor ha cambiado. Pensaba que no me acompañarías al final. ¿Quieres que pida algo para ti?

Sonreí y tuve que contener las ganas de soltarle de sopetón todo lo que acababa de suceder en el despacho. Pero logré reprimirme, quería contarle todos y cada uno de los detalles sin dejarme ni uno solo. Dejé el bolso un momento sobre la mesa y me saqué la bufanda y el abrigo.

—Eh... —exclamó sorprendido al ver mi atuendo—. ¿Dónde está tu uniforme? No salimos hasta las diez y me...

Detuvo en seco la explicación cuando logró atar cabos de lo que en realidad suponía mi sonrisa.

—Dime que no lo has hecho... —dijo, en un tono más bajito.

De pronto, una súbita oleada de miedo me poseyó. ¿Y si me había equivocado? ¿Y si ya no había vuelta atrás?

Me senté en la silla que había justo enfrente y apoyé las manos sobre la mesa sin saber muy bien qué hacer con ellas.

—Elle... eso es... —Su silencio se me antojó eterno—. ¡¡Maravilloso!!

Alcé la vista con los ojos abiertos como platos y me fijé en su expresión. Era sincera. Se alegraba realmente por mí. De nuevo, en todo aquel atolladero de sentimientos contradictorios que parecían querer abrirse hueco de forma precipitada en mi interior, una súbita oleada de felicidad me invadió y supe que había tomado la decisión correcta.

—Pero... ¿Qué ha pasado? ¿Cómo ha sucedido? ¿Qué le has dicho?

Olly encadenaba una pregunta tras otra, sin concederme apenas margen de respuesta y mientras lo hacía, yo no podía dejar de pensar que, de algún modo, mi nueva vida, lejos de ese cine, lejos de la incertidumbre del pasado, acababa de empezar.

**CONTINUARÁ.**

## En la próxima entrega...

La vida de las chicas se ha precipitado en cuestión de pocas semanas. Ninguna de ellas esperaba que una simple lista escrita a los veinte años pudiera haber afectado de ese modo a todo lo que hasta ese momento configuraba su estable mundo.

Elle deberá enfrentarse ahora a la realidad. Ha dejado el trabajo y necesita concentrarse y buscar una alternativa con proyección de futuro. Pero, ¿será tan fácil como quizá esperaba? ¿Pensó bien la decisión antes de tomarla? ¿Los treinta son un buen momento para empezar de cero, o será tarde para ella?

Por otro lado, Sarah se encuentra en una encrucijada. La oferta de Michael Spencer ha pasado a convertirse en su mayor quebradero de cabeza y aunque todavía no se había planteado con firmeza la necesidad de mudarse a un apartamento y separarse de las chicas, los planes para ella han cambiado. Ahora, el tiempo apremia y debe tomar una decisión cuanto antes. Todo ello, además, se verá complicado con la repentina e inesperada lesión de la rodilla. Sin embargo, la propuesta de Sophie es tentadora y Sarah deberá decidir también si quiere dejar de ser alumna para convertirse en maestra y vivir la danza desde una nueva perspectiva.

Por último, Lorie no lo tiene precisamente fácil. Su carta, escrita diez años atrás, ha abierto puertas que deberían haber permanecido cerradas. Sus temores e inseguridades han regresado y amenazan con volverla loca mientras que sus sentimientos por Olly no hacen más que complicar la situación... y disparar sus celos.

¿Qué pasará con las chicas ahora que sus vidas han dado un brusco giro?

Próximamente...

LADRONAS  
*de* NUEVA  
York

*Libro 2*

Vuestras opiniones son muy importantes para mí.

**Todo vuestro apoyo cuenta.**

Podéis hacérmelas llegar a través de Amazon, para que otros lectores puedan conocer también qué os ha parecido la historia. No os llevará más de un par de minutos y os lo agradeceré de todo corazón.

Gracias por darle una oportunidad.

**Facebook**

[www.facebook.com/estefaniayepesescritora](http://www.facebook.com/estefaniayepesescritora)

**Twitter / Instagram**

@nia\_yepes

[www.estefaniayepes.com](http://www.estefaniayepes.com)